
UC-NRLF
$B 279 723
Digitized by Google


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

OBRAS

DE

D. JOSÉ CADALSO.

TOMO III.

MADRID:

IMPRENTA DE D. MATEO REPULLÉS.

1818.

OCIOS
DE MI JUVENTUD,
Ó
POESÍAS LÍRICAS.

Movido de un justo agradecimiento por la favorable aceptacion con que el público honró la crítica de los falsos sábios, que hice con nombre de los *Eruditos á la violeta*, compuse, y le ofrecí el suplemento; y no siendo menor el favor con que le recibió, debe tambien ser mi gratitud en este caso igual á la que le manifesté en el otro. Pero como la crítica es materia tan delicada, que, ó suele degenerar en sátira, cosa opuesta á mi modo de pensar, ó suele ser una fria repeticion de lo ya dicho; cosa igualmente desagradable

á los leyentes, he creido mas acertado el publicar algunos manuscritos mios sobre varios ramos de literatura, empezando por la Poesía.

Estos primeros quadernillos son por la mayor parte del género ménos útil de la Poesía, pero del mas agradable. Los intitulo *Ócios de mi juventud*, quedándome algun escrúpulo de que su verdadero título debiera ser, *Alivio de mis penas*: porque los hice todos en ocasion de acometerme alguna pesadumbre, tal vez efecto de mis muchas desgracias, tal vez efecto de mis pocos años, y tal vez de la combinacion de ambas causas.

En las materias amorosas he procurado escribir con la modestia de los Argensolas y Garcilaso, y no con la

libertad de algunos otros poetas, que se hallan impresos y reimpresos.

En el único asunto heróico, que he tratado, puedo asegurar que la adulacion no me ha dictado un verso: no ha seguido mi pluma otra voz que la de mi corazon.

En los versos en que se toca por incidencia la gloria de mi nacion, he procurado hablar con todo el zelo que profeso á mi patria, y con toda la justicia que la hace la historia: mayores ingenios lo executen con toda la pompa que ella se merece. Los españoles lo agradecerán, y los extrangeros lo aplaudirán; pues el espíritu de patriotismo que reyna hoy en todos los paises de Europa, hace que los hombres juiciosos de cada uno estimen á los que

se declaran patriotas respectivamente en los suyos. Quanto dixo Virgilio en alabanza de la gente romana, ponderando lo árduo que fué formar aquella nacion gloriosa, atribuyéndola el derecho de destruir á quantas se resistiesen á su poder, y de perdonar á quantas implorasen su gracia, y profetizando una duracion sin límite; ha sido justamente repetido en cada nacion con mas ó ménos verdad, pero con igual razon política, qual es el estímulo de los vivientes con los nombres de los muertos.

No creo que merezca ménos mi patria, ni lo creerá su mayor enemigo, si lee nuestros anales, no solo en la parte impresa por los españoles, sino en la que dexáron escrita los romanos.

Hasta aquí por lo tocante á mis poesías en particular. De la Poesía en general, sería muy inútil referir su dignidad y mérito. Si en este siglo la han hecho menos apreciable algunos que han usurpado el título de poetas, sin tener la menor calidad para merecer este timbre, queda muy desagraviada la facultad, con retroceder en la historia, y ver la consideracion que obtuvieron en la corte y en la nacion los que manejáron la lira, con la misma mano, y en el mismo tiempo que los negocios mayores de la religion, estado y guerra. Los nombres de Rebolledo, Ercilla, Hurtado de Mendoza, Leon y otros, hacen ver lo compatible que es esta diversion con las ocupaciones mayores.

El erudito patriota que hace á la nacion el servicio de publicar los extractos de nuestros poetas antiguos (1), nos dá una noticia muy exâcta del nacimiento y fortuna de los príncipes de nuestro parnaso ; y su lectura nos muestra evidentemente que los poetas verdaderos, aun en nuestros siglos mas gloriosos, no tuviéron ménos nombre en la república civil que en la literaria.

(1) Don Juan Josef Lopez Sedano en su Parnaso español, ó coleccion de poesías escogidas.

El poeta habla con su obra, remitiéndola á un amigo suyo que reside en Madrid.

Id, versos dichosos,
Id, consuelos mios,
A la excelsa Corte
Del Rey mas benigno.
Desde esta cabaña
Del techo pagizo,
Que fué vuestra cuna,
Y mi dulce asilo,
Llegad hasta donde
El humilde rio
Los cimientos baña
Del Palacio altivo;
Mas no la inocencia
De ser hijos mios,
En llanto engendrados,
Y en pena nacidos,
Os lleve engañados,
Con afan continuo,
Buscando un Mecénas
Entre los validos:
Qué mal entre adornos
De dorados libros

Parecen las hojas
Del libro sencillo,
En que mi tristeza
Grabó mis suspiros.
Tampoco á los sabios
Llegueis atrevidos,
Pidiendo que os pongan
Al lado de Ovidio,
Boscan, Garcilaso,
Marcial y Virgilio,
Argensola, Lope
Y Homero divino.
No entreis tan endebles
En tanto peligro,
Que corren gran riesgo,
En un golfo mismo,
Las barcas pequeñas
Entre los navíos,
Que llevan de Cádiz
A los mares indios
Las armas de Cárlos,
Su fé y su dominio.
Si acaso llegais,
¡O quánto os lo envidio!
Llegad preguntando
Por un buen amigo,

De prendas complete,
Y libre de vicios,
Con dulzura sabio,
Sin arte, benigno.
Por estas señales,
A Ortelio os dirijo;
Ya esté con su padre,
De quien es alivio;
Ya esté como suele,
Allá en su retiro,
Contando en los astros
Las fuerzas y giros,
O ya del teatro,
En el noble circo,
Aplaudiendo gracias,
O tachando vicios;
O ya con su Lisis,
(Que tambien le he visto
Pagar el tributo
De gozo y suspiro
Al sexô amoroso
Con afecto fino):
Llegad á su pecho,
Archivo del mio;
Y decidle; Ortelio,
Con paz recibidnos;

Venimos de parte
Del triste Dalmiro.

Refiere el autor los motivos que tuvo para aplicarse á la Poesía, y la calidad de los asuntos que tratará en sus versos.

Caro lector, qualquiera que tú seas
Que estós mis Ocios juveniles veas,
No pienses encontrar en su lectura
La magestad, la fuerza, y la dulzura
Que llevan los raudales del Parnaso,
Mena, Boscan, Ercilla, Garcilaso,
Castro, Espinel, Leon, Lope y Quevedo:
No ofrezco asuntos que cumplir no puedo.
Sé que el mortal á quien benigno el hado
La morada de Pindo ha destinado,
Halla en su cuna la sagrada rama,
Con que se sube al templo de la fama.
Tanta dicha á los Cielos no he debido:
Baxo tan fausto signo no he nacido.
En falsas cortes, y en malicia fiera
De mi vida pasé la primavera;
Jamás compuse versos hasta el dia
Que me dexó la estrella mas impía

A mi pena y rigor abandonado,
Objeto débil del rigor del hado,
Y con amor y ausencia, mal mas fuerte,
Que quantos he nombrado, y que la muerte.
Entónces, por remedio en mi tristeza,
De Ovidio y Garcilaso la terneza
Leí mil veces, y otros tantos gozos
Templáron mi dolor y mis sollozos.
Huyendo de los hombres y su trato,
Que al hombre bueno siempre ha sido ingrato,
Sentado al pie de un álamo frondoso
En la orilla feliz del Ebro undoso,
¡ Quántas horas pasé con los sentidos
En tan sabrosos metros embebidos!
¡ Ay! ¡ cómo conocí que en su lectura
Derramaban los Cielos mas dulzura,
Que en el divino nectar y ambrosía!
Mi tristeza en consuelos convertia;
Y mis males yo mismo celebraba,
Por la delicia que en su cura hallaba:
Así como se alienta el peregrino,
Quando encuentra con otro en el camino,
Y con gusto el piloto al mar se entrega,
Si otro con él el mismo mar navega;
Como se alivia el llanto, si un amigo
De nuestras desventuras es testigo;

Así los tristes versos que leía
Templaban mi fatal melancolía,
Hasta que en ellos me dispuso el Cielo
De todo mi dolor total consuelo.
Así mi alma al Pindo agradecida
Cultivarle juró toda la vida.
Con pecho humilde y reverente paso
Llegué á la sacra falda del Parnaso;
Y, como en sueños, ví que me llamaban
Desde la sacra cumbre, y me alentaban
Ovidio y Taso, á cuyo docto influxo
Ni númen estos versos me produxo:
Todos de risa son, gustos y amores.
No tocaré materias superiores:
De los supremos dioses y los reyes
La obscura voz y las secretas leyes:
Los arcanos, enigmas y misterios
No digo con osados versos serios;
Antes con mas sencillo y baxo tono
Celebro la cabaña, y dexo el trono.

Ya canto de pastoras y pastores
Las fiestas, el trabajo y los amores:
Ya de un jardin que su fragancia envia
Escribo la labor y simetría;
Ya del campo el trabajo provechoso,
Y el modo de que el toro mas furioso

Sujete al yugo la cerviz altiva,
Y al hombre débil obediente viva:
Ya canto de la abeja y su gobierno,
Y el dulce tono del gilguero tierno.

No mido con inútil osadía
Quánto anda el astro que preside al dia,
Ni celebro vilmente á los varones
Funestos á la paz de las naciones.
Matar los hijos, degollar las madres,
Violar las hijas, afrentar los padres;
Lleven al hombre al templo de la gloria
Al toque del clarin de la victoria:
Pero jamás con versos inhumanos
Héroes he de llamar á los tiranos.

Y dí, lector, ¿acaso nos importa
(Pues la vida es tan frágil y tan corta)
Que Febo dé su vuelta concertada,
Siendo la tierra la que está parada;
O que parado el sol, la tierra suelta
Al rededor de Febo dé la vuelta?
Ni que el piloto audaz y codicioso
Busque nuevos caminos al ansioso
Navío; y que dispute, si es posible,
Hallarlos por el paso inaccesible
Hácia el norte del Asia no cursado,
O si es mejor el paso acostumbrado

Por donde los gigantes Patagones
Admiran los castillos y leones
En las popas de naves españolas
Quando surcan aquellas bravas olas?
No leas con temor. Ni voz, ni idea
Verás en mí que indecorosa sea:
Ni ofenderé al pudor mas recatado.
Podrá decir mis versos sin cuidado
El labio virginal, sin que ofendidos
Dexe mi blando númen sus oidos.

Letrilla sincera.

1.

El rayo severo
Que Jove vibró
Celebrele Homero,
Que no lo haré yo.

2.

La sátira fiera
Que Persio escribió,
Cultive el que quiera,
Que no lo haré yo.

3.

Ercilla con arte
Que él mismo probó,
Celebre á su Marte,
Que no lo haré yo.

4.

Del mar que el Troyano
Llorando aumentó,
Escriba el Mantuano,
Que no lo haré yo.

5.

Pero del Dios ciego
Que Venus parió,
Callen todos luego,
Que bastaré yo.

Al mismo asunto en metro diferente, declarando su amor á Filis.

No canto de Numancia, ni Sagunto
El alto nombre y la envidiable gloria,
Que ninguna nacion tiene en su historia.
No elijo por asunto
El noble ardor del portugués famoso,
Que con el trage de infeliz villano
Puso freno afrentoso
Al grande orgullo del poder romano.
Ni de Pelayo canto las acciones
Con que domó las bárbaras naciones
A España conducidas,
Y en ella mantenidas
Por codicia africana,
Por venganza inhumana,
Y porque estaba España deliciosa
Sepultada en el luxo desidiosa.
Ni tocaré con númen elevado
La prudencia, virtud, valor y saña
Del valiente estremeño,
Que con glorioso empeño,
Al terreno envidiado
Llevó las armas de la invicta España.

Ni canto á Cárlos Quinto, aquel guerrero,
Que prendió de la Francia al Soberano,
Venció al frances, y castigó al germano,
Y al africano fiero.
Ni al noble hermano de Felipe Augusto,
Que en el mar de Lepanto,
Con grande estrago y susto
Puso cadena al Turco, al Orbe espanto.
Ni de Alvaro Bazan, de quien ingleses,
Y turcos y franceses
Conservarán impresa la memoria,
Contando en cada accion una victoria.
Ni el brio mas que humano
Del Cid Diaz, soberbio castellano,
Que con su lealtad, fuerza, y prudencia,
Deteniendo la rueda á la fortuna,
Las armas de su Rey puso en Valencia
Sobre la media luna,
Ni las hazañas y virtudes raras
De Córdobas, Navarros y Pescáras,
Carpios, Verdugos, Vargas, Mondragones,
Con la turba inmortal de otros varones,
Nobles abuelos nuestros, y soldados
En España nacidos,
En Italia y en Flandes conocidos,
Y por el Orbe entero respetados,

• • •

Sin que la envidia de la gente extraña
Pueda negar su gloria á nuestra España.
No fué á mi musa dado,
Con el horrendo son del bronce herido,
Cantar como sagrado
El guerrero rigor, grato al oido
Del que entre sangre, robo, rapto y furia
A la infeliz humanidad injuria.

Mi lira canta la ternura sola:
Apolo me la dió, Venus templóla;
Y aun ella preludió mi dulce acento
Que al zéfiro paraba por el viento,
A las aves sacaba de sus nidos,
Al hombre enagenaba sus sentidos:
A sus sonoras voces
Se amansaban los brutos mas feroces,
Y las mismas deidades elevadas
Quedaban con sus ecos encantadas.
Con tal impulso tu favor no imploro,
Familia docta del castálio coro.
Divinas nueve hermanas,
No os pido aquellas fuerzas soberanas,
Con que Homero cantó del griego armado,
Y del cielo en dos bandos separado,
Las iras y el rencor. Musas, no os pido
El númen escogido

...

Con que cantó Virgilio al pio Eneas,
Por entre incendios y horrorosas teas,
Sacando padre, dioses, hijo, esposa
De Troya lastimosa
Venciendo vientos, mares y enemigos,
Hasta fundar á Roma.
Diverso vuelo toma
Mi pluma, que al amor he dedicado,
Porque en metro mezclado
De gusto, y de tristeza,
Celebro de mi Filis la belleza;
Y temiendo del hado los vayvenes,
Canto su amor, y lloro sus desdenes.

Fruto que deseo sacar de mis Poesías.

Horacio con sus versos aspiraba
De la inmortalidad á la alta cumbre:
En ellos fabricaba
Mansion para su nombre, y discurria
Que al tiempo venceria,
Y que la muchedumbre
De dias, y de meses y de edades
De las posteridades,
Seria con su nombre comparada,
Lo que es la tierra de hombres habitada,

Respecto de los astros que miramos,
Y de los que ignoramos
En esa inmensa esfera.

Pero mi musa ménos altanera,
Sin aspirar á que sus poesías
Sean doctos objetos,
Allá en lexanos dias,
Quando vivan los hijos de mis nietos,
Solamente desea
Que en estas hojas mi consuelo vea,
En el mar de la suerte en que navego,
Qual pasagero ciego
Y tímido, ignorante
Del rumbo de las costas y del viento,
Y del mudable y bárbaro elemento,
Temiendo á cada instante
Hallar segura muerte,
Sin que la aparte mi sollozo blando;
Y no como el piloto osado y fuerte
Que á los quatro elementos va burlando,
Porque las artes sabe
Del viento aleve, y la ligera nave.

Sobre ser la Poesía un estudio frívolo, y convenirme aplicarme á otros mas serios.

Llegóse á mí con el semblante adusto,
Con estirada ceja y cuello erguido
(Capaz de dar un peligroso susto
Al tierno pecho del rapaz Cupido)
Un animal de los que llaman sabios,
Y de este modo abrió sus secos labios:

No cantes mas de amor. Desde este dia,
Has de olvidar hasta su necio nombre.
Aplícate á la gran filosofía:
Sea tu libro el corazon del hombre.
Fuése, dexando mi alma sorprehendida
De la llegada, arenga y despedida.

¡A Dios, Fílis, á Dios! No mas amores,
No mas requiebros, gustos y dulzuras:
No mas decirte alhagos, darte flores:
No mas mezclar los zelos con ternuras:
No mas cantar por monte, selva ó prado,
Tu dulce nombre al eco enamorado.

No mas llevarte flores escogidas,
Ni de mis palomitas los hijuelos,
Ni leche de mis vacas mas queridas,
Ni pedirte, ni darte ya mas zelos;

Ni mas jurarte mi constancia pura,
Por Venus, por mi fé, por tu hermosura.
No mas pedirte que tu blanca diestra
En mi sombrero ponga el fino lazo,
Que en sus colores tu firmeza muestra,
Que allí le colocó tu airoso brazo.
No mas entre los dos un alvedrío,
Tuyo mi corazon, el tuyo mio.
Filósofo he de ser; y tú que oiste
Mis versos amorosos algun dia,
Oye sentencias con estilo triste,
O lúgubres acentos, Filis mia.
Y di si aquel que requebrarte sabe,
Sabe tambien hablar en tono grave.

Sonetos de una gravedad inaguantable, excepto los finales de cada uno.

Sobre el poder del tiempo.

Todo lo muda el tiempo, Filis mia,
Todo cede al rigor de sus guadañas:
Ya transforma los valles en montañas:
Ya pone un campo donde un mar habia.
El muda en noche opaca el claro dia:
En fábulas pueriles las hazañas:
Alcázares soberbios en cabañas:
Y el juvenil ardor en vejez fria.
Doma el tiempo al caballo desbocado:
Detiene al mar y viento enfurecido:
Postra el Leon, y rinde al bravo toro.
Sola una cosa al tiempo denodado
Ni cederá, ni cede, ni há cedido,
Y es el constante amor con que te adoro.

De la timidez natural á los hombres.

¡A quánto susto el cielo te condena,
O género mortal, flaco y cuitado?
Se espantan unos en el mar salado,
Y tiemblan otros quando Jove truena.

Otros, si el eco del leon resuena;
Otros, quando el magnate está irritado;
Otros, quando en la cárcel han pasado
Dias y noches tristes con cadena.

Yo solo discurrí no temblaria
Al trueno, ni al leon, ni al poderoso,
Ni á la prision, ni á todo el orbe entero.

Mas se engañó mi débil fantasía:
El rostro de mi Filis desdeñoso
Me cubre de terror: temblando muero.

Sobre el anhelo con que cada uno trabaja para lograr su objeto.

Pierde tras el laurel su noble aliento
El héroe joven en la atroz milicia;
Sepúltase en el mar por su avaricia
El necio, que engañáron mar y viento.
Hace prisión su lúgubre aposento
El sabio por saber, y por codicia
El que al duro metal de la malicia
Fió su corazon y su contento.
Por su cosecha sufre el sol ardiente
El labrador, y pasa noche y dia
El cazador de su familia ausente.
Yo tambien llevaré con alegría
Quantos sustos el orbe me presente,
Solo por agradarte, Filis mia.

A la Fortuna.

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,
Ciega deidad, al delicioso encanto
Del son del torno de tu instable rueda?

Si de algun triste el doloroso llanto
Aparta al sabio de la atroz ruina,
¡Qué poco dura el saludable espanto!

La mayor parte con vigor camina
Al aëreo templo de la diosa fama,
Y despreciar exemplos determina.

Enciende la ambicion su horrenda llama;
Toca el clarin la gloria; el mundo suena;
Y nuevas redes tu locura trama.

El alma débil de furor se llena:
Segunda vez se entrega á tu mudanza,
Que los gustos mas gratos envenena.

Tambien guiòme un tiempo la esperanza,
Monstruo á quien abortó tu devaneo,
Y culpé tu rigor y tu tardanza.

¡Oh, quántas veces se inflamó el deseo
En este pecho jóven é inocente,
Que ya por fin desengañado veo!

¡Quál crecia el incendio! ¡Qué imprudente
Propuse levantar al firmamento
Mi nombre, del ocaso hasta el oriente!

El militar estruendo, el duro acento
Del xefe que las tropas disponia,
El ronco son del bélico instrumento,
La clin del animal que Betis cria,
El brillo que el dorado Tajo presta
Al fiero de Cantabria, patria mia,
La pólvora á las madres tan funesta,
Con estrépito horrendo en los cañones,
Que tantas vidas y sollozos cuesta;
Y de la horrenda guerra las acciones,
Parecíanme gloria soberanas,
Dignas de los que habitan las mansiones
Del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
Solo debian entonar loores
A las almas feroces é inhumanas.
Llenábase mi pecho de furores
Al leer de Curcio y de Solís la historia,
De Alexandro y Cortés aduladores:
Envidiaba á los dos la fiera gloria
De ver en Motezuma y en Darío
Caprichos de la suerte y la victoria.
Un héroe sabio, y un monarca pio
Parecíanme indignos de su cuna,
Su libro indigno del estudio mio.
Con gusto vi la bélica fortuna
Del soberbio Breton, al Lusitano

Dar contra España audacia no oportuna;
Y las melenas del leon hispano
Coronarse con lises ; y á su saña
Rendir Almeida el alto muro ufano.
Y al ver de Marte por la dura España
Rodar el carro con horrible estruendo,
Y alzar la muerte su infeliz guadaña,
Iba yo en mi memoria recorriendo
Historias dignas de dolor y espanto,
Y mi alma con sus nombres complaciendo,
De Numancia , Sagunto y de Lepanto,
De México , de Cozco y de Pavía,
De San Quintin , de Almansa y Camposanto,
De Roncesvalle, y tanto crudo dia
Que en nuestros fastos con orgullo se halla,
Y lee la juventud con alegría.
Deseaba llegase la batalla
En que las tropas que la Lipe ordena,
Húyesen de Lisboa á la muralla,
O rindiesen el cuello á la cadena,
Para venir de Atocha al templo santo
Que de himnos victoriosos siempre suena;
Y do ven las naciones con espanto
Banderas , y estandartes y tambores
Con nuestro gozo , y con ageno llanto.
Pero dias mas gratos y mejores

Iba trayendo el tiempo á los mortales,
Enfrenando de Marte los rigores;
Y Cárlos, lastimado de los males
Que el mundo en tantos años padecia,
Le quiso repartir bienes iguales:
Y así como Neptuno volvió el dia,
Quietud, y sol al triste mar turbado,
Por iras de la diosa, que quería
Anonadar la gente, á quien el hado
Prometia el imperio de la tierra;
Así tambien al mundo encarnizado
En una larga y horrorosa guerra
Cárlos dió paz; y el mundo gozar pudo
Los muchos bienes que su nombre encierra.
El soldado, colgando el fuerte escudo
En el nativo hogar, al padre anciano,
Con tono extraño y ademan forzudo,
Contó los lances de la guerra, ufano
De que su simple voz oida sea
Por cariñosa madre, tierno hermano,
Zagales toscos de la misma aldea,
Y la zagala jóven y gallarda
Con quien unir su corazon desea,
Y á quien el dia deseado tarda.
Ya de otro cahos la naturaleza
Sale segunda vez; no se acobarda

El marinero ya con la fiereza
Del mar, ni el labrador ya se detiene
En romper de la tierra la dureza.

Cada arte y ciencia nueva vez previene
A quien la trate aplausos y consuelo:
A los mortales la quietud ya viene;

Y la voz de los pueblos llega al Cielo
Con júbilos, con gozo y alegría:
El cielo esparce su bondad al suelo;

Y yo, sintiendo el deseado dia,
Viendo en él mi esperanza fenecida,
Pues la guerra tu gracia me ofrecia,

Vine á la Corte, donde nueva vida,
Nuevas lides ofrece, y nueva pena
Con colores de gustos bien fingida.

Allí arrastré la rígida cadena
Tan dura, que aun despues de rescatado
En mis oidos su ruido suena.

Si, fortuna, yo vi (¡quán espantado
Hasta ver que lo mismo siempre ha sido!)
Ví lo que nunca hubiera yo soñado;

Y por tus sacerdotes conducido
Tus ritos ví, tus víctimas y templo,
Jóven audaz y nada apercibido.

Guióme de otros muchos el exemplo,
Cuya vida juzgaba yo calmada,

Y ahora esclavitud triste contemplo:

Ya con rodilla ante el altar doblada
Movió mi débil mano el incensario
Por culto de una estatua inanimada.

La cara del amigo y del contrario
Mil veces ví con arte equivocarse,
La del cobarde y la del temerario.

En fin, ví con dolor adulterarse
Virtud, honor, bondad; y con pasiones
Del mas horrible género mezclarse.

Me engañaste hasta aquí. ¡Quántas razones
Tirana me pusiste, deseando
Llevarme mas allá! ¡Quántas me pones

Con rostro afable, y con acento blando,
Aun despues del desprecio con que veo
Al que vas abatiendo ú ensalzando!

Lo sabes; y que yo solo deseo
Huir de ti, porque jamas consigas
De mi pecho formar nuevo trofeo,
Por mas que me acaricies ó persigas.

Al Pintor que me ha de retratar.

ANACREONTICA.

Discípulo de Apeles,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro,
No me pongas ceñudo
Con iracundos ojos,
En la diestra el estoque,
De Toledo famoso;
Y en la siniestra el freno
De algun bélico monstruo,
Ardiente como el rayo,
Ligero como el soplo:
Ni en el pecho la insignia
Que en los siglos gloriosos
Alentaba á los nuestros,
Aterraba á los Moros:
Ni cubras este cuerpo
Con militar adorno,
Metal de nuestras Indias,
Color azul y roxo:
Ni tampoco me pongas
Con vanidad de docto

Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles locos,
Que honores solicitan
En los siglos remotos.
A mí, que solo aspiro
A vivir con reposo
De nuestra frágil vida
Estos instantes cortos,
La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro,
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.
Cíñeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto,
Con pámpano beodo.
El cabello esparcido,
Cubriéndome los hombros,
Y descubierto al ayre
El pecho bondadoso.
En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De xerezano nectar,
O de manchego mosto.

• • •

En la siniestra un tirso,
Que es bacanal adorno,
Y en postura de bayle
El cuerpo chico y gordo;
O bien junto á mi Filis,
Con semblante amoroso,
Y en cadenas floridas
Prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
De este sencillo modo,
Y no de otra manera,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro.

A la peligrosa enfermedad de Filis.

ANACREONTICA.

Si el cielo está sin luces,
El campo está sin flores,
Los páxaros no cantan,
Los arroyos no corren,
No saltan los corderos,
No baylan los pastores,
Los troncos no dan frutos,
Los ecos no responden.

• • •

Es que enfermó mi Filis,
Y está suspenso el orbe.

A un héroe, advirtiendo que aprecie á los poetas, porque ellos transmiten á la posteridad las hazañas de los hombres grandes.

Los lauros que en la lid habeis ganado,
A Marte no ofrezcais agradecido:
Vuestro nombre, y el triunfo conseguido
Quedará en pocos años sepultado
En el eterno olvido.
Mas si con esas victoriosas manos
Os despojais del ramo de la gloria,
Y á Febo dedicais vuestra victoria,
Las musas á los siglos mas lejanos
Llevarán la memoria.

ANACREONTICA.

Dime, dime, muchacho,
¿Quántas veces te he dicho,
Que me des del añejo
Quando te pida vino?
Anoche, en vez de darme
Del viejo bueno rancio,

Me diste malo y nuevo,
Y pagué tu descuido.
Apénas me llenaste
Doce veces el vidrio,
Con que suelo contento
Brindar á mis amigos,
Quando caí de espaldas
Perdidos los sentidos,
Haciendo de mí mofa
Las chicas y los chicos:
Y sin duda quedára
En el suelo tendido,
A no tocarme Febo
Con sus rayos divinos,
Quando de su carrera
Llegaba al medio fixo.
Dame, dame del viejo,
A ver si con su brio
Y la luna que sale,
Me sucede lo mismo.
Y si tal sucediere,
Muchacho te permito;
Que en adelante traigas,
Quando yo pida vino,
Del nuevo, ó bien del viejo,
Del blanco, ó bien del tinto.

PASATIEMPOS.

Sacó Fabio su libro de memorias,
En que todos los dias apuntaba
De su importante vida las acciones,
A la posteridad noticias gratas:
Leyó de la semana antecedente
La cuenta que escribió con pluma exácta.
¡Lúnes me enamoré: Mártes lo dixe:
El Miércoles me diéron esperanzas:
Juéves me amáron: Viérnes fastidiéme;
El Sábado dí zelos, ví mudanzas:
El Domingo inclinéme ácia otra parte...
¡Miren una semana bien gastada!

ANACREONTICA.

A un amigo sobre el consuelo que da la Poesía.

Mi dulcísimo amigo,
A ti y á mi quitarnos
Los versos con que alegres
Esta vida pasamos,
Era quitar la yerba
Al fresco y verde prado,

El curso al arroyuelo,
Y á las aves el canto;
Y porque algunos necios
Desprecian al Parnaso,
Al Dios que nos inspira
¿Hemos de ser ingratos?
¿Acaso su desprecio
Equivale al regalo
Con que suelen las musas
Venir á consolarnos?
¿Qué triunfos, qué victorias
Ensalzan al soldado,
Qué empleo al ambicioso,
Qué moneda al avaro,
Como al ardiente pecho
Del Poeta inspirado,
Quando lleno se siente
Del Dios del Pindo sabio?
De amor y de fortuna,
Que al corazon humano
Dan sustos á la vida,
Dan á la muerte estragos;
La musa nos defiende,
Apolo nos da amparo.
Quando Filis me ofende
Poniendo un ceño ingrato,

Y quando tu Dorisa
Te da un instante amargo,
¿Quál cosa de este mundo
Pudiera libertarnos
De darnos cruda muerte,
O de vivir penando,
Sino aquel desahogo
Que en la musa encontramos;
Sino aquella dulzura
Con que ella suele hablarnos?
Entónces en un verso
Dexamos mil enfados,
Y volvemos gozosos
En busca de otros tantos.
Pues de la ciega diosa
Los vayvenes aciagos,
Quando castiga al bueno,
Quando premia al malvado,
¿Cómo puede sufrirlos
Un corazon humano,
Sino como nosotros
Solemos tolerarlos?
Despreciando sus premios,
Su cólera burlando,
Y todo sin mas armas,
Que la pluma en la mano.

ANACREONTICA.

¿Quién es aquel que baxa
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa,
De pámpanos y yedra
La cabeza ceñida,
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,
Que al son de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco,
El padre de las viñas:
Pues no, que es el poeta,
Autor de esta letrilla.

ANACREONTICA.

Devolviendo á dos amigos las coplas que ellos le habian enviado, y compuesto en una partida de campo.

Estos alegres metros
Devuelvo á vuestras manos,
Amigos de mi vida,
De Venus y de Baco,
Con mil amargas quejas
De no haber presenciado
Los gustos de la mesa,
Los placeres del campo,
Y de que ausente y triste
No pude acompañaros,
Ya tomando la lira,
Ya tomando los vasos.
Y aunque sé que en los versos
Me venceriais ambos,
Os venciera bebiendo,
Y quedára vengado.

Carta de Florinda á su padre el Conde Don Julian despues de su desgracia.

Señor, (pues ya no debe
Apellidarte padre aquesta triste,
A quien el astro aleve
Arrebató el honor que tú le diste)
Te envio con mi carta mi quebranto:
Mezcla tú mis renglones con tu llanto.
¡Ay! trémula mi mano
Borra los caractéres que escribia,
Porque el dolor tirano
Agita con temblor la pluma mia:
Mi mano en infortunio tan deshecho
Imita lo agitado de mi pecho.

Conozco por mi aliento,
Antes que aquesta carta ha de acabarse,
Tendrá nuevo tormento
Mi corazon en no poder vengarse:
Florinda morirá, sin que en Rodrigo
Vengues mi honor, castigues tu enemigo.

Quando tan fuerte sea
Mi pecho, que á sus males no se rinda,
Quando mi padre vea
Su honor entre desdoros de Florinda;

Muerto te quedarás, ¡ó padre amado!
Y nuestro honor marchito, y no vengado.
Mas aunque no resista
Mi fuerza á la ignominia de expresarla,
Ni tu infelice vista
A la dura desdicha de mirarla;
A la posteridad estos renglones
Acaso servirán como lecciones.
Al jóven Don Rodrigo
Hermosa parecí: llamóme hermosa;
¡Ay! sobrado te digo
En frase tan sencilla y azarosa!
El era Rey y jóven, y era amante;
Y yo muger, hermosa é ignorante.
¡Con qué tiernas miradas
Me declaró el amor que me tenia!
¡Qué voces disfrazadas
Con estudiado estilo proferia!
Sus ojos y su boca se ligaban
Contra mi corazon, y del triunfaban.
Mi corazon, ageno
De lo que amor se llama entre los necios,
Se tuvo tan sereno,
Que por alhagos tiernos dió desprecios;
Pero de amor la inexplicable llama
A veces en el fuego mas se inflama.

¡Qué fiestas no intentaba
Para lograr sus fines suntuosas!
La corte se admiraba,
Ignorando las causas asombrosas:
Yo sola no ignoraba de estas fiestas
La causa y consecuencias: ¡qué funestas!
Mil veces al torneo
El mismo Don Rodrigo se veia
Las alas del deseo
Mezclar con las del trage que vestia:
El trage, la divisa y la librea
Los fines me explicaban de su idea.
Mil otras se postraba
A su triste vasalla el Soberano:
Rendido me juraba
Pondria sus dominios en mi mano:
Alguna vez mas baxo se abatia,
Diciendo que á mis pies todo pondria.
Las cargas del reynado,
Tan duras de llevar, y tan precisas,
Dexaba descuidado
En manos, ó malvadas, ó indecisas.
¿Quál podria mandar un reyno entero,
Quien era de otro reyno prisionero?
Por fin los maliciosos,
A costa de desvelos y cuidados,

Supiéron los dudosos
Motivos por él mismo declarados.
Comenzáron sus necios artificios
A preparar mayores precipicios.

Algunos, ignorando
Que el pecho femenino mas entero
Suele rendirse blando
De la soberbia al tono lisonjero,
Quisiéron deslumbrar el pecho mio
Con ideas de mando y poderío.

Decian: que Grandeza,
Palacio, España toda, el mundo entero
A mis pies su cabeza
Al punto rendiria con esmero;
Y que aceptase el lauro prodigioso
De ser Reyna del Rey mas poderoso.

A todos resistia
Tu hija combatida de mil modos:
Solo se defendia
Mi honor, que se oponia contra todos:
Contra el amor, en artes abundante,
Solo el honor consigue ser triunfante.

Triunfé: pero Cupido,
Viéndose de mi triunfo avergonzado,
Y viéndose vencido,
A todos los delitos arrestado,

A la astucia juntó ya la demencia,
Engaños, amenazas y violencia.
Un dia (¡con qué agüeros
Me lo predixo el cielo! ¡con qué susto!)
Con aspectos severos
Nublado el sol no vió al Rey injusto:
Un negro gavilan ví que seguia
A una tierna paloma que le huia.
Yo ví que á una cordera
Un lobo devoraba ensangrentado;
Yo ví su saña fiera
Al pie de mi palacio desgraciado:
¡Necia de mí, que con agüeros tales
No me temí los mas atroces males!
En ese mismo dia
Rodrigo me llamó, y así me dixo:
Tu noble valentía
Venció por fin á mi fervor prolixo:
Admiro tu virtud, y la venero,
Yo mismo envidio un pecho tan entero.
Florinda, ya se acaba
De mi persecucion el necio empeño;
Aun mi alma se alaba
De humillarse á la fuerza de tu ceño:
Vive felice sin temor ni susto,
Ya no aspiro á mas gusto que tu gusto.

Mis lágrimas siguiéron
Del gozo á la sorpresa de mi oido,
Como seguir se viéron
Al susto en otro tiempo conocido;
Y mi alma con tan nuevas mutaciones
Lloraba, y aplaudia sus blasones.

Al fin agradecida
A sus plantas postréme presurosa:
Juréle que en la vida
Olvidaria accion tan generosa,
Y que la sangre toda de mi gente
Verteria en su obsequio reverente.

Iba mi entendimiento
Con lágrimas y voces á explicarse
En su agradecimiento;
Quando mi corazon sentí turbarse,
Y con el nuevo gozo enagenada
Caí entre sus brazos desmayada.

¡Mas cielo! mi hermosura
Sin duda nuevo lustre en mi tristeza,
Y su osada locura
Nuevas fuerzas tomó de mi flaqueza;
Y mi alma entre las sombras de la muerte
Dexó de ser, como en la vida, fuerte.

Volví del accidente:
¡Oxalá que á la vida no volviera!

Y Rodrigo insolente
Mirábame con complacencia fiera,
Diciendo: ¿ves, Florinda, como el Cielo
Favoreció mi ardor y mi desvelo?
Lo que tú has resistido
Con tan ciego teson y tiranía,
El Cielo ha permitido
En un instante: ya te he hecho mia.
Lo que ha empezado el Cielo prosigamos
En dulce union el tiempo que vivamos.
Al oirle, y mirarme,
Rompí los nudos que su brazo hacia;
Y fiera al arrancarme,
Cobré la voz, y al tiempo que él huia,
Dixe: ¡Ay de tí, Rodrigo! tus maldades
Han de llorar las míseras edades.
¡Qué necia! ¡quál sonaba
Mi voz por el palacio del delito!
¡Qué triste publicaba
El crímen de Rodrigo y mi conflicto!
Venganza, sí, venganza repetia,
Y al Cielo y á la tierra la pedia.
Viendo que tierra y Cielo
Sordos estaban siempre á mis oidos,
Solo pedí consuelo
A mis tristes potencias y sentidos:

¡Excesos son de la venganza insanos!
Quise matar al Rey con estas manos.
Pensé yo convidarle
A mi jardin, con fácil fingimiento
Mi pecho presentarle,
Como cambiando en gusto su tormento:
Decirle que podia sin recelo
Contar con mi terneza su desvelo:
Y al tiempo que él, demente,
Con la amorosa llama deslumbrado,
Se llegase impaciente
Al pecho á quien creia conquistado,
Con un puñal lavar en su torpeza
La mancha derramada en mi flaqueza.
Mas sin duda los Reyes
Son de tan superior naturaleza,
Que las humanas leyes
Humillan el rigor y fortaleza;
Y solo puede castigar coronas
Quien maneja los astros y las zonas.
Ya me falta el aliento
Para la grave empresa meditada:
Un impulso violento
Me detiene la mano levantada;
Y en tan dudoso, obscuro y cruel abismo
Vuelvo el puñal contra mi pecho mismo.

• • •

Y al punto (¡quién creyera
Que faltára á Florinda valentia!)
Que lo emprendo severa,
Tiembla cobarde aquesta diestra mia:
Y así á mi padre en mi desdicha apelo
Por muerte, por honor y por consuelo.

El poder del oro en el mundo. Diálogo entre Cupido y el Poeta.

Poeta. Tu imperio ya se acaba:
Guarda, niño, las flechas en la aljaba.
Cupido. Pues y los corazones,
¿Cómo han de conquistarse?
Poeta. Con doblones,

Sencillas ponderaciones de un pastor á su pastora.

De este modo ponderaba
Un inocente pastor
A la ninfa á quien amaba
La eficacia de su amor.
¿Ves quántas flores al prado
La Primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Mas veces te quiero yo.

¿Ves quánta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves al salir de la Aurora
Quánta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves la nieve derretida
Quánto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves quánta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Mas veces te quiero yo.
¿Ves quántas gracias la mano
De las deidades te dió?
Pues mira, dueño tirano,
Mas veces te quiero yo.

A los dias del Excelentísimo señor Conde de Ricla.

Salid, ninfas del Ebro:
A mis voces juntad vuestra armonía:

Cantad al que celebro
En su dichoso y deseado dia;
Salid, ninfas, cantando,
Y el eco suene con acento blando.
Una tropa ligera
De sátiros y faunos, y silvanos,
Impaciente os espera,
Venida de los montes mas lejanos,
Para formar su danza;
Y lloran tristes ya vuestra tardanza.
Las aves lo supiéron,
(Sin duda de algun númen inspiradas)
Y mas prontas uniéron
Sus voces por los cielos concertadas:
Y con voz mas sonora
Mas presto despertáron á la Aurora.
Apénas del Oriente
Abrió las puertas la rosada Aurora,
Quando el prado y la fuente
Vistió la mano de la diosa Flora,
Regando el verde suelo
Con el sonoro y líquido arroyuelo.
Pisad, ninfas del prado,
Con libre pie la rosa y azucena;
Y del pelo dorado
Caigan las perlas en la orilla amena,

Porque aderno mas bello
A vuestra sien dará vuestro cabello.

¡ Egregio Villalpando!
Así cantaba yo con baxo acento
Y lira humilde, quando
Sentí en mis venas un ardor violento,
Qual suele de repente
De Etna brotar un ígneo torrente:
Y asi como se extiende
Por campo, valle, prado, selva y monte
La llama, y mas se enciende,
Y parece abrasado el orizonte;
Así sentíme luego
Todo encendido en un sagrado fuego.

No pisa mas osada
La Trípode que anuncia lo futuro,
La Pítica inspirada,
A quien Febo abre el libro siempre obscuro,
Donde están estampados
Los divinos secretos de los hados.

Ni se le heriza el pelo,
Ni la voz se le turba en la garganta,
Ni mira osado al cielo,
Ni lleno ya de fuerza se levanta
Con el ardor y asombro
Que mi alma siente, quando yo te nombro.

Ni del vulgo profano
La turba ofrece reverente oido
Al tono mas que húmano,
Que el Sacerdote Pio ha proferido;
Con mas sagrado espanto,
Que el mundo oye, si tu nombre canto.

Ya veo que del rio,
Cuyo nombre ha tomado España entera,
Al fuerte acento mio,
Sale el anciano dios con faz severa,
Y tridente en la mano,
Igual al de Neptuno soberano.

Ya aparta del cabello
Los juncos, y las conchas y corales;
Y por el duro cuello
Lo esparce en largas trenzas desiguales,
Con la nervuda diestra,
Y la ancha frente y sus arrugas muestra.

Con la siniestra aplica
A su gran boca un caracol horrendo,
Que sus voces duplica,
Causando al eco un nunca oido estruendo:
Siete veces le toca,
Y siete tiembla la cercana roca.

Y mirándome adusto
(Sintiendo que un mortal alcance á tanto,

Que conmueva á su gusto
A las mismas deidades con su canto)
De envidia y rabia lleno,
Vuelve á sus ondas por su verde seno.
Detiene su corriente
El Ebro, y se sosiega la onda pura:
Y hácia el golfo de oriente
Su curso, como suele, no apresura;
Y Neptuno irritado
Echa ménos el feudo acostumbrado.
Ya del tranquilo rio
Las ninfas y tritones van saliendo:
Estos con grande brio
Las importunas olas van abriendo,
Porque salgan gustosas
Las ninfas en sus conchas primorosas.
Zagalas y pastores,
Que esperais en la orilla su llegada,
Decid, ¿si otras mayores
Bellezas vió jamás vuestra morada?
Decid, verdes orillas,
¿Si nunca visteis tales maravillas?
Apénas han salido
Del agua, quando dan dulces acentos
Al eco suspendido,
Y su gozo se esparce por los vientos.

Decid, aves canóras,
¿Si nunca oisteis voces tan sonoras?
Ya la mansa corriente,
A la orilla feliz bien envidiada
Las lleva blandamente;
Y los tritones sienten su llegada;
Y sacando hácia fuera
Los brazos, cada qual la suya espera.
Uno, que mas desea
La vuelta de su amada ninfa, dice:
Vuelve, mi Galatea,
Vuelve al constante amor de este infelice:
Así la Cipria Diosa
Te haga cada dia mas hermosa.
Esto mismo repite
Cada qual á la suya con terneza;
Y sabroso convite
La prepara en señal de su fineza
De peces y de frutas,
Que el rio cria dentro de sus grutas.
Pero ellas no se cuidan
De tanto anhelo y de dulzura tanta,
Viendo que las convidan
A herir el suelo con ligera planta
Pastores mas hermosos,
Y sátiros y faunos bullicisos.

Témplanse los panderos,
Y flautas y zampoñas pastoriles,
Con los suaves gilgueros,
Y zagales con voces juveniles;
Y con sus blancas manos
Tocan las ninfas sones mas que humanos.
La mas bella levanta
Al alto olimpo tu eminente cuna;
Y con brio te canta
Superior al poder de la fortuna:
Y viva Ricla, viva,
Exclama el coro de la comitiva.
Otra su voz ofrece
A lo benigno de tu noble pecho,
E igualarle parece
A los influxos del empireo techo:
Y el coro junto exclama,
Que Ricla viva con eterna fama.
Otra dice, que fuiste
Al reyno últimamente del gran Cárlos:
Que á los indios pusiste
Baxo su amparo para rescatarlos;
Y el gran coro vocea,
Viva el gran Ricla, venturoso sea.
Otra ninfa te canta,
Venciendo con estrago á los germanos;

Y dice : ¡ quánto espanta
El hierro, si lo esgrimen esas manos!
Y el coro que lo ha oido
Repite: viva quien triunfante ha sido.

Otra dice: tu zelo
Para las armas del hispano Marte;
La bóbeda del cielo
Vuelve mayor su voz para alabarte;
Y el coro escucha atento,
Y dice: viva, con sonoro acento.

A cada ninfa hermosa,
Que cantaba con zelo tus loores,
La comitiva ansiosa
Ofrecia guirnaldas de mil flores,
Y ella se las quitaba,
Y en tu estátua de mármol las dexaba.

Y el tiempo, grave anciano,
Con hoz irresistible y destructora
Se aparece; y ufano,
Mirando á la quadrilla que te adora,
Dice: *éste será el solo*
A quien defienda de mi brazo Apolo.

ANACREONTICA.

Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu estilo humilde,
Y dexa á los Homeros
Cantar á los Aquiles.
Canta tú la cabaña
Con tonos pastoriles;
Y los épicos metros
A Virgilio no envidies.
No esperes en la Córte
Gozar dias felices,
Y vuélvete á la aldea,
Que tu presencia pide.
Ya te aguardan zagales,
Que con flores se visten,
Y adornan sus cabezas
Y cuellos juveniles.
Ya te esperan pastores,
Que deseosos viven
De escuchar tus canciones,
Que con gusto repiten.
Y para que sus voces
A los ecos admiren,

Y repitan tus versos
Los melodiosos cisnes;
Vuelve, mi dulce lira,
Vuelve á tu tono humilde,
Y dexa á los Homeros
Cantar á los Aquiles.

A las bodas de Lesbia.

ANACREONTICA.

Apaga, Cupido,
Tu ligera llama,
Si enciende Himenéo
Sus antorchas sacras.
Respeta de Lesbia
La mano ligada
A la de su dueño
Con tiernas guirnaldas.
Virtud y modestia,
Honor y constancia,
Por medio del templo
La llevan al ara.
Tus armas son pocas
Para arrebatarla
De la tropa fuerte,
Que ya la acompaña.

Y si tus intentos
A tanto llegáran;
Vencido, abatido,
Burlado quedáras
Y nuevo trofeo
Sería tu aljaba
Del triunfo seguro
Que honor alcanzára.
No mas me presentes,
Con lisonjas falsas,
Mudables cimientos
Para mi esperanza;
Que de sus virtudes,
A la luz sagrada;
Huyen las ideas
Culpables y vanas,
Como en noche obscura
Entre las montañas
El miedo al viajante
Pinta sombras varias,
Hasta que del carro
De Febo las llamas,
Esparciendo luces,
Disipan fantasmas.

ANACREONTICA.

Unos sabios gritaban
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jove
En las celestes mesas,
Convidados los dioses,
Suspensos los luceros,
Y admirados los hombres;
Y yo dixe á mis Filis,
Déxales que den voces:
El nombre nada importa,
Y del sabor, responde,
Que será el que tú dexas,
Quando los labios pones
En la copa en que bebes
Los béticos licores,
Quando contigo bebo,
Quando conmigo comes;
Y déxales que griten
Sobre el sabor y nombre
Del licor que ofrecia
Ganimédes á Jove.

CUENTO.

En el obscuro bolsillo
De un miserable avariento
Reynaba un sumo descanso,
Duraba un largo silencio.
Ni Sol ni Luna podian
Enviar sus luces dentro,
Pará dar un corto alivio
A los tristes prisioneros.
Ya de esto habrá colegido
El lector, como discreto,
Y sino, como atrevido,
(Que suele valer lo mesmo,
Y mil veces confundirse
Discrecion y atrevimiento):
Ya habrá, digo, discurrido,
Como digo de mi cuento,
Que los tristes habitantes
De aquel castillo tremendo
No veian los teatros,
Las máscaras, los paseos,
Los banquetes, las visitas,
Las tertulias y los juegos;
Ni tampoco iban á hablarles

Aquellos hombres molestos,
De estos que hay, que por hablar,
Irán á hablar con los muertos.
Solamente en él entraban,
Siempre de noche y con tiento,
Del dueño de la prision
Los largos y frios dedos:
Contábalos uno á uno
Cien veces, y aun otras ciento.
Pues, señor, entre los tales
Tristísimos prisioneros,
Los habia muy alegres,
(O filósofos, ó necios,
Pues solo en estas dos clases
Se ven penas con sosiego);
Y por no saber qué hacerse,
Se estaban entreteniendo
En contar las travesuras,
Que los malvados hiciéron
Quando andaban por el mundo
Campando por su respeto.
Oyólos un ratoncillo,
Vecino de mi aposento,
Que en él suele comer libros,
Porque no halla pan ni queso;
Y todo me lo contó,

Prometiéndole el secreto,
Porque el raton y yo somos
Amigos y compañeros,
Y pasamos nuestras hambres
El y yo contando cuentos.
Asi dice que decian:
Oygalo el sabio, y discreto...
Pero no quiero decirlo,
Porque se oyéran enredos,
Culpas, delitos y fraudes,
Osadías y portentos,
Que prueban lo que es el hombre,
Y lo que puede el dinero.

LETRILLAS PUERILES.

De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Vereisme morir.

Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,
Que fué el primer dia
Del florido Abril;
Y chicas y chicos
Me suelen decir:

...

¿Por qué nó te casan,
Mariquilla? Di.
De amores me muero, &c.
Ya sé, madre mia,
Que allá en el jardin,
Estando á mis solas,
Despacio me ví
En el espejito
Que me dió en Madrid
Las ferias pasadas
Mi primo Luis:
De amores me muero, &c.
Miréme, y miréme
Cien veces y mil,
Y dixe llorando:
¡Ay pobre de mí!
¿Por qué se malogran
Mi dulce reir
Y tiernas miradas?
¡Ay niña infeliz!
De amores me muero, &c.
Y luego en mi pecho
Una voz oí,
Qual cosa de encanto,
Que empezó á decir:
La niña soltera

¿De qué ha de servir?
La vieja casada
Aun es mas feliz.
De amores me muero, &c.

Si por ese mundo
No quisiereis ir
Buscándome un novio,
Dexádmelo á mí,
Que yo hallaré tantos
Que pueda elegir,
Y de nuestra calle
Yo no he de salir.
De amores me muero, &c.

Al lado vive uno
Como un serafin,
Que la misma misa
Que yo suele oir:
Si voy sola, llega
Muy cerca de mí;
Y se pone lejos,
Si tambien venís:
De amores me muero, &c.

Me mira, le miro:
Si me vió, le ví
Ponerse mas rojo
Que el mismo carmin;

Y si esto le pasa
Al pobre, decid,
¿Qué quereis, mi madre,
Que me pase á mí?
De amores me muero, &c.

En frente vive otro,
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir;
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver donde llego
Me suele seguir:
De amores me muero, &c.

Otro hay que pasea
Con ayre gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil,
Y á nuestra criada
La suele decir:
¡Bonita es tu ama!
¿Te habla de mí?

De amores me muero,
Mi madre acudid,
Si no llegais pronto,
Vereisme morir.

Letrillas satíricas imitando el estilo de Góngora y Quevedo.

Que dé la viuda un gemido
Por la muerte del marido,
Ya lo veo:
Pero que ella no se ria,
Si otro se ofrece en el dia,
No lo creo.
Que Cloris me diga á mí
Solo he de quererte á tí,
Ya lo veo:
Pero que siquiera á ciento
No haga el mismo cumplimiento,
No lo creo.
Que los maridos zelosos
Sean mas guardias que esposos,
Ya lo veo:
Pero que estén las malvadas
Por mas guardias mas guardadas,
No lo creo.
Que al ver de la boda el trage
La doncella el rostro baxe,
Ya lo veo:
Pero que al mismo momento

No levante el pensamiento,
No lo creo.
Que Celia tome el marido
Por sus padres escogido,
Ya lo veo:
Pero que en el mismo instante
Ella no escoja el amante,
No lo creo.
Que se ponga con primor
Flora en el pecho una flor,
Ya lo veo:
Pero que astucia no sea
Para que otra flor se vea,
No lo creo.
Que en el templo de Cupido
El incienso es permitido,
Ya lo veo:
Pero que el incienso baste
Sin que algun oro se gaste,
No lo creo.
Que el marido á su muger
Permita todo placer,
Ya lo veo:
Pero que tan ciego sea,
Que lo que vemos no vea,
No lo creo.

Que al marido de su madre
Todo niño llame padre,
Ya lo veo:
Pero que él por mas cariño
Pueda llamar hijo al niño,
No lo creo.
Que Quevedo criticó
Con mas sátira que yo,
Ya lo veo:
Pero que mi musa calle,
Porque mas materia no halle,
No lo creo.

OTRAS.

Qué un sabio de mal humor
Llame locura al amor,
Ya lo veo:
Pero que no se enloquezca
Quando otro humor prevalezca,
No lo creo.
Que una doncella guardada
Esté del mundo apartada,
Ya lo veo:
Pero que no muera ella

Por salir de ser doncella,

No lo creo.

Que un filósofo muy grave
Diga que de amor no sabe,

Ya lo veo:

Pero que no mienta el sabio
Con el pecho y con el labio;

No lo creo.

Que una moza admita un viejo
Por marido ó por cortejo,

Ya lo veo:

Mas que el viejo en confusiones
No dé por cuernos doblones,

No lo creo.

Que un amante abandonado
Diga que está escarmentado,

Ya lo veo:

Pero que él no se desdiga
Si encuentra grata á su amiga,

No lo creo.

Que una vieja ya se asombre
Hasta del nombre de hombre,

Ya lo veo:

Pero que ella no quisiera
Ser de edad menos severa,

No lo creo.

Que una muger á su amante
Jure ser siempre constante,
Ya lo veo:
Pero que se pase un dia,
Y ella quiera todavia,
No lo creo.
Que de todas las mugeres
No importen los pareceres,
Ya lo veo:
Pero que de la que amamos
El parecer no sigamos,
No lo creo.
Que á la muger, qual cristal,
La quiebre un soplo fatal,
Ya lo veo:
Pero que pueda soldarse
Si una vez llega á quebrarse,
No lo creo.
Que al espejo las coquetas
Estudien mil morisquetas,
Ya lo veo:
Pero que sea el cristal
El objeto principal,
No lo creo.
Que bastante he murmurado

En lo que está criticado,
Ya lo veo:
Pero que mucho no pueda
Criticarse en lo que queda,
No lo creo.
Que la novia moza y linda
Al novio viejo se rinda,
Ya lo veo:
Pero que crea el barbon
Que ella rinde el corazon,
No lo creo.

TRADUCCION DE HORACIO.

Al constante varon de ánimo justo
Jamas imprime susto
El furor de la plebe amotinada;
Ni la cara indignada
Del injusto tirano;
Ni del supremo Júpiter la mano,
Quando irritado contra el mundo truena;
Ni quando el norte suena,
Caudillo de borrascas y de vientos:
Si el orbe se acabara,
Mezclados entre sí los elementos,
El justo pereciera, y no temblara.

DESDENES DE FILIS.

EGLOGA

Entre DALMIRO *y* ORTELIO *, pastores.*

POETA.

Como la tortolilla en su retiro,
Con solitarios llantos y lamentos,
Triste se queja del rigor del hado,
Así en un bosque el infeliz Dalmiro
Sus quejas amorosas daba al viento,
De verse de su ninfa abandonado:
Lejos de su ganado,
De su cabaña ausente,
En su dolor demente,
De todos y de todas se ausentaba;
Lloraba, y sus sollozos duplicaba:
Solo la soledad apetecia,
Porque ella le imitaba
Con tanta natural melancolía.

¿Quántas veces el sol, quántas la luna
Sus concertados giros revolvian,
Y al pie del mismo tronco le encontraban?
El vecino arroyuelo y la laguna

Helarse y deshelarse se veian,
Y mudado á Dalmiro nunca hablaban:
Las aves que pasaban
Hallaban á Dalmiro
En el mismo retiro.
Las mismas voces con el mismo acento
Solia dar á la region del viento:
El eco de sus voces se cansaba,
Porque de su lamento
Lo mismo cada dia duplícaba.

Si alguno sin morir ha padecido
De zelos y desdenes la aspereza,
Sabrá lo que Dalmiro padecia:
Ya estaba á tal estado reducido,
Que ni aun llorar podia su tristeza:
Falto de fuerza estatua parecia:
Morirse se veia;
Y sin duda muriera,
Si algun dios no quisiera
Que en lo sereno de la noche clara
Con su rebaño Ortelio se acercara,
Y conociera á su Dalmiro amado;
Pero no por la cara,
Que esta se habia ya desfigurado.

Ortelio por los ayes conducido
Al triste objeto que en los ayes daba,

Llegó, miró, y prorumpió en lamentos.
Por su antigua amistad enternecido,
Su pecho al de su amigo ya acercaba:
Ya le daba sabrosos alimentos,
Ya varios condimentos
De yerbas y de flores,
Por si con sus odores
Sacarle del letargo conseguia.
En vano con dulzura socorria
En sus brazos al triste moribundo:
Morir con él queria.
¡Ya no hay tales amigos en el mundo!

Dalmiro abrió los ojos lentamente,
Y los fixó sobre su Ortelio amado;
Y al punto que le vió sintió consuelo.
Esfuerzos hizo con su voz doliente
Para contar á Ortelio su cuidado,
Su llanto, su dolor su desconsuelo:
Hasta que quiso el cielo
Que en tal amigo hallara
Consuelo que bastára,
Contándole con queja su quebranto.
En todo el mundo no hay consuelo tanto,
Como contar á su leal amigo
El motivo del llanto,
Sin arte, sin respeto, sin testigo.

Este coloquio entre los dos pastores
Pasó : si lo oye alguna ninfa bella,
¡Quál se envanecerá de su hermosura,
Al ver que al hombre matan los rigores
De la beldad, mas que los de la estrella,
Como prueba esta lúgubre aventura!
En la verde espesura
De este modo se habláron,
Y la historia tratáron:
No se tenga por cuento fabuloso;
Es tan seguro como lastimoso.
Todo pastor de amores escarmiente
Lance tan horroroso,
Y escuche este coloquio atentamente.

ORTELIO.

¡Oh tierno amigo de este pecho mio!
¡Oh Dalmiro, el mejor de los pastores!
Dime la causa de tus graves males.
Te veo moribundo, yerto, frio,
Y perdidos del rostro los colores,
Y tus ojos parados y mortales.
Alientos desiguales
Tu pecho da con pena.
La voz se te enagena:
¡Ay! sácame, te pido, del cuidado:

Si acaso mi amistad has olvidado,
Te pongo empeño superior ahora.
Dime lo que ha pasado,
Te lo pido por Filis tu pastora.

DALMIRO.

¡Ortelio! ¡amado Ortelio! calla, calla:
Aumentas con nombrarla mi quebranto.
Si el verla me causó tanta alegría,
Este tiempo pasó: tan otro se halla,
Que si tú me la acuerdas, en el llanto
Verás el fin de aquesta vida mia.
¡En triste aciago dia
Miré yo su hermosura!
¡Oh quánta desventura
Aquel funesto dia ha producido!
No sé como mi fuerza ha resistido.
¡Oh necia ceguedad de los mortales!
¡Quántas veces ha sido
Un bien principio de increibles males!

ORTELIO.

¿Quién? Filis? la que tanto te queria?
¿La que un amor sin fin te aseguraba

Delante de zagalas y pastores?
¿La que buscaba flores
Por el valle y el prado,
Y un ramo bien ligado
Con cinta del color de la firmeza
Te daba, como prenda de fineza?
¿La que te permitia que llevase
Su falda tu cabeza,
Y la siesta de Agosto así pasase?

DALMIRO.

La misma, sí, la misma: ¿quién c
Que la que fué tan buena se trocára
En exceso de fraude y tiranía?
Mas fácilmente imaginado hubiera
Que el zéfiro borrascas abortára,
Y la luna saliera por el dia.
Mas facil parecía
Vivir el tigre fiero
Con el manso cordero;
Salir los astros por el occidente;
Volver un rio contra su corriente;
Dar los cipreses rosas olorosas;
Y andar el inocente
Seguro por ciudades engañosas.

Lo que le parecia mas posible,
No ha sucedido al infeliz Dalmiro:
Lo que juzgué imposible me sucede.
Es zéfiro como antes apacible;
La Luna por la noche da su giro;
Al tigre la cordera el puesto cede;
Ni el rio retrocede;
Ni ha mudado la Aurora
Su antiguo curso y hora;
Ni del ciprés se acaba la tristeza;
Ni en las ciudades fraude y sutileza.
El órden de las cosas no ha variado
En la Naturaleza;
Y Filis, sola Filis se ha mudado.

ORTELIO.

Y tú, Dalmiro, cuyo altivo pecho
Triunfaba ufano del rigor mas fuerte
Que á veces te ofrecia tu pastora,
¿Ese valor acaso se ha deshecho,
Que tan triste y postrado llego á verte?
¿Para quándo tu fuerza vencedora?
Alienta, pues, ahora,
Y suspende ese llanto:
No merecia tanto
La misma madre del rapaz Cupido:

La misma Venus nunca ha merecido
El dominio de un alma generosa.
El mérito ha perdido
Por ser muger, si le ganó por diosa.

DALMIRO.

Tienes razon... pero valór no tengo:
Ya muero, sí, ya muero: ni un instante
Me queda de una vida tan cansada:
Si algun aliento... alguna voz mantengo,
Solo es para pedirte que á mi amante,
Mal dixe, que á mí ingrata, que á mi amada
Digas que está acabada
De Dalmiro la vida,
Que queda complacida,
Que muero, qual viví, suyo de veras.
Ya siento de mis ansias las postreras.
A Dios, Ortelio, ya me siento yerto
Entre congojas fieras.

POETA.

Esto dixo Dalmiro, y quedó muerto.
Ortelio, del cadáver cuidadoso,
Una tumba erigió, como es debido,
Con ramas de cipreses enlazadas,

...

No de mirto que á Venus es gustoso,
Ni de yedra que es grata al dios Cupido,
Ni de otras yerbas al amor sagradas.
Dexólas coronadas
Con un corto letrero,
(Y nada lisongero,
Como otros epitafios que ha dictado
La adulación) porque este fué grabado
Solo para exemplar de otros amores:
Yo le tengo copiado,
Y así decia: escarmentad pastores.

Engañando está Dalmira
Al pastor que la enamora,
Pero él responde: pastora:
¿Eso es verdad, ó mentira?

GLOSA.

Ella dice: dulce dueño,
Toda es tuya el alma mia,
En tí pienso todo el dia,
Contigo de noche sueño.
Dime, pastor, ¿no te admira
La virtud de quien te adora?
Pero él responde: pastora,
¿Eso es verdad, ó mentira?

Ella dice : si la suerte
Una corona me diera,
¡Quán gozosa la perdiera,
Mi dueño, por no perderte!
Tu pastora solo aspira
A que la ames, qual te adora.
Pero él responde : pastora,
¿Eso es verdad, ó mentira?

INJURIA EL POETA AL AMOR.

Amor, con flores ligas nuestros brazos:
Los mios te ofrecí lleno de penas;
Me echaste tus guirnaldas mas amenas:
Secáronse las flores; vi los lazos,
Y vi que eran cadenas.
Nos guias por la senda placentera
Al templo del placer ciego y propicio:
Yo te seguí; mas viendo el artificio,
El peligro y tropel de tu carrera,
Vi que era un precipicio.
Con dulce copa, al parecer sagrada,
Al hombre brindas de artificio lleno:
Bebí: quemóse con su ardor mi seno:
Con sed insana la dexé apurada,
Y vi que era veneno.
Tu mar ofrece con fingida calma

Bonanza sin escollo, ni contagio:
Yo me embarqué con tal falaz presagio:
Ví cada rumbo que se ofrece al alma,
Y ví que era un naufragio.
El carro de tu madre, ingrata diosa,
Ví que tiraban aves inocentes:
Besáronlas mis labios imprudentes:
El pecho me rasgó la mas hermosa,
Y ví que eran serpientes.
Huye amor de mi pecho ya sereno:
Tus alas mueve á climas diferentes:
Lleva á los corazones imprudentes
Cadenas, precipicios y veneno,
Naufragios y serpientes.

A la Fortuna.

Fortuna, á quien el vulgo llama diosa,
(Y tanto tu inconstancia lo desmiente),
Ni creas que tu ceño me amedrente,
Ni que por ver tu cara mas gustosa
Inmute yo mi frente.
Con ella levantada te he mirado,
Despreciando tus males y tus bienes:
Y quando de triunfar del orbe vienes,
Te venzo; y del laurel que tú has ganado
Corono yo mis sienes.

Al espejo de Filis.

Cristal, como eres liso, puro y llano,
No sabes lo que importa el fingimiento:
A Filis, enseñando su hermosura,
Igualaste lo altivo con lo bello.

Tan niña como amor era mi Filis,
Quando te señaló por consejero,
Contigo consultando los designios
De encadenar á todo el universo.

Si entónces tú sus fuerzas la ocultaras,
Mil daños evitaras á este pecho,
Primer cautivo que en él de ella tuvo
Encanto y cárcel con dorados hierros.

Pero tú claramente la dixiste
Que no igualaba el oro á sus cabellos,
Y que en ellos tenia mil tesoros
Para soborno del entendimiento:

Que no habia en el mundo tales dardos
Como los rayos de sus ojos negros.
Entró en campaña, y con tan fuertes armas
Miró y triunfó de todo el orbe entero.

De los ojos humildes y postrados
El lánguido baxar rendido y tierno
Para templar las iras de un amante
Quando conviene para sus intentos;

El levantar los ojos enojados
Con ayre magestuoso de desprecio,
Para enfrenar de algun osado amante
En su pasion el atrevido afecto:
El inquieto volver con gozo ó susto
Los ojos por la tierra ó por el cielo
Para encontrar errantes por el ayre
Los de un amante facil y ligero:
El pararlos tambien á un solo punto
Para fixar los de un amante inquieto,
Y las demas funciones de los ojos
Tú la enseñaste, y todos padecemos.
Tu escuela la enseñó de las risitas,
Mas ó ménos fingidas, los misterios,
Tapando con gracejo el abanico
Los dientes, que en la risa ya se viéron.
El asomar las lágrimas, si acaso
Han de causar algun terrible efecto,
Y el retirarlas, quando á la tristeza
Conviniese mezclar algun tormento:
Aquel llevar la mano á la cabeza,
Tomando flor ó cinta por pretexto,
Y siendo el enseñar la hermosa mano
El solo fin de tan sutil manejo:
Todos estos sabidos artificios
Con muchos mas que para mi reservo,

Tú solo la enseñaste: mas no sabes
Cómo se vale de la fuerza de ellos.
¡Ay! no la digas mas las perfecciones
Que en su hermosura deposita el cielo,
O pide á las deidades que de bronce
Pongan un corazon en este pecho.

Epitafios para poner sobre las sepulturas de varios amantes.

I.

De una muger que murió de pura constancia.

Solo murió de constante
La que está baxo esta losa:
Acércate, caminante,
Pues no murió tal amante
De enfermedad contagiosa.

II.

Al mismo asunto.

Tan al Fenix parecida
Es la constante muger,

Que si no vuelve á nacer
De su tumba, está perdida
La fineza en el querer.

III.

De un marido zeloso.

Este difunto era esposo,
Y los zelos le matáron;
De exemplar tan horroroso
Los demas escarmentáron,
Pues ya ninguno es zeloso.

IV.

De uno que murió porque no logró casarse con quien queria.

El que está aquí sepultado,
Porque no logró casarse,
Murió de pena acabado:
Otros mueren de acordarse
De que ya los han casado.

V.

De un filósofo que murió desesperado, porque la filosofia no le libertaba del amor.

Porque su filosofia
Contra el amor no bastó,
Este sabio se murió:
Dixo una que esto leia,
¡ No soy filósofa yo !

VI.

De un amante tímido.

Viajante, te has de parar,
Y mirar la sepultura
De uno que supo olvidar:
Que aquel que no se aventura,
Nunca pasará la mar.

VII.

De una vieja que murió de amores.

Una vieja ha fallecido
De amor, y aquí se enterró.
Considere el advertido:
Si enamorada murió,
¿Qué tal habría vivido?

EPÍGRAMAS.

1.º

A un quadro en que se ven Júpiter, Neptuno y Pluton, con sus atributos; y Cupido volando mas arriba.

Ufanos con el gobierno
Del Infierno, cielo y mar
Los tres dioses no han de estar;
Amor con ser niño tierno
A los tres sabe mandar.

2.º

Sobre otro asunto.

En la cabeza le dió
Un palo Juan á Gines,

¿Y rompiósela? al reves,
El palo se le rompió:
Gines era aragones.

Felicio, nuevo amante de Filis.

¿Estás envanecido, ó nuevo amante,
De esa conquista que ántes era mia,
Pensando mantenerte eternamente?
Si discurres que tú la harás constante,
Te engaña tu infelice fantasía,
Como la mia me engañó inocente.
Un rápido corriente,
El mas veloz venado,
El mar mas encrespado
Es ménos imposible que detengas,
Que no que un solo punto te mantengas
En ese corazon que me ha dexado;
Y es bien que te prevengas
A verte, qual me ves, abandonado.
Ni creas juramentos numerosos
Por sus hermosos labios repetidos,
Y por sus bellos ojos confirmados:
En lances los mas tiernos y amorosos
Los recibiéron estos mis oidos,
Entre tan dulces voces encantados.

¡Ay! fuéron quebrantados
Tan altos juramentos,
Y de los elementos
Ninguno me dexó de ser testigo.
Su falso pecho, pues fingió conmigo,
Has de temer, aunque insensato seas,
Que fingirá contigo,
Por mas que entre fortunas hoy te veas.

Versos para varias estampas que representan, los principales amores de la fábula.

Jove introduciéndose en la torre de Dánae convertido en lluvia de oro.

Una vez Jove intentó
Una conquista imposible:
El oro la hizo factible:
Mil Joves conozco yo.

Boda de Vénus con Vulcano, asistiendo Marte con los demas dioses al banquete.

¡Venus alegre y mocita!
¡Vulcano viejo y zeloso!
¡Marte amigo del esposo!
¡Ay, qué boda tan bonita!

El juicio de Páris, que dá la preferencia á Venus sobre Minerva y Juno.

A Venus el premio diste,
Y el buen gusto lo aprobó:
Tambien te lo apruebo yo,
Pues con las diosàs que viste,
Mi Diosa no concurrió.

Eneas encuentra á su esposa Creúsa en los campos Elíseos, habiéndola perdido en la noche que salió de Troya.

Quando me hubiste perdido,
¿Los dioses no me vengaron?
Sí, que al punto pronunciaron:
La muger pierda al marido,
Y obedecídos quedáron.

Medéa despues de haber facilitado á Jason la conquista del Vellocino por medio de sus encantos.

Médéa á Jason decia:
¿Habrá quien mas diestro sea

En mágica hechicería?
Y Jason la respondia:
Yo que te hechicé, Medéa.

Sobre los varios méritos de las mugeres.

Del precio de las mugeres
Son varios los pareceres;
Cada qual defiende el suyo.
Yo que de disputas huyo,
Que nunca gustosas son,
A todos doy la razon,
Y con todas me contento:
Oid hasta el fin del cuento.
Unos gustan de que sea
Su dama hija de la aldea,
De sencillo pecho y trato,
Y que no les dé el mal rato
De artificiosos amores:
Que se salga á coger flores
Por el campo el mes de Mayo,
Con ligero y pobre sayo,
Que de sus abuelas fué....
Y tienen razon á fe.
Otros de mas alto porte
Quieren damas de la corte,

Digitized by Google

Con magestad y nobleza,
Aun mayor que la belleza,
Con adorno y compostura,
Que dé brillo á su hermosura,
Con fausto y ostentacion...
Y á fe que tienen razon.

Unos gustan de sabidas
(Que leidas y escribidas
El vulgo suele llamar),
Y que sepan conversar
Del estado, paz y guerra,
Del ayre, agua, fuego y tierra,
Con la gazeta y café...
Y tienen razon á fe.

Otros son finos amantes
De las que son ignorantes,
Y que entregáron su pecho
Sin saber lo que se han hecho:
Que lloran al preguntar,
¿Qué cosa es enamorar?
¿Y dónde está el corazon?...
Y á fe que tienen razon.

Unos aumentan su llama
Quando es juiciosa la dama,
Circunspecta, séria y grave,
Y que la crítica sabe

Del vos, del tú, y del usté...
Y tienen razon á fe.

Otros, al contrario, quieren
Que las niñas que nacieren,
Nazcan vivas y joviales,
Y se crien tan marciales,
Que, de dos ó tres vayvenes,
Entreguen sin mas desdenes
Las llaves del corazon...
Y á fé que tienen razon.

Traduccion de Catulo.

De mi querida Lesbia
Ha muerto el pajarito,
El que era de mi dueño
La delicia y cariño,
A quien ella queria
Mas que á sus ojos mismos.
Llórenle las bellezas,
Llórenle los cupidos,
Llórenle quantos hombres
Primorosos ha habido:
Porque era tan gracioso,
Y con tan bello instinto
Conocia á su dueño,
Como á su madre el niño.

...

Ya se estaba en su seno,
Ya daba un vuelecito
Al uno y otro lado,
Volviendo al puesto mismo:
Su lealtad y gozo
Mostrando con su pico.
Ahora va el cuitado
Por el triste camino
Por donde nadie vuelve
Despues de haber partido.
¡O mal haya, mal haya
Vuestro rigor impio,
Tinieblas destructoras,
Crueldad del abismo!
Que destruyendo al mundo,
Tambien habeis sabido,
Arrebatar de Lesbia
El pájaro querido.
¡O malvados rigores!
¡O triste pajarillo!
Que causan á mi Lesbia
Duro llanto continuo,
Quitando á sus ojuelos
Aquel hermoso brillo.

De los amores de varios poetas.

ANACREONTICA.

Ovidio amó á Corina,
Como Tibulo á Délia,
A su Cintia Propercio,
Y Catúlo á su Lésbia,
Y á venideros siglos
Dixéron sus ternezas.
Tambien fuéron amantes
Los modernos poetas:
Testigos son los nombres,
Que en las frescas riberas
Del Támesis, del Tiber,
El Tajo, el Ebro y Sena
Llevan alegres nombres
De felices bellezas,
Amadas por los hijos
Del Dios que en Délfos reyna.
Y yo quiero á mi Filis;
Y si ellos me superan
En la dulce armonía,
Mi alma se consuela,

Porque Filis las vence
A todas en belleza;
Y lo que por mí pierdo,
Vengo á ganar por ella.

Retráctase el Poeta de las injurias que dixo al amor en el mismo metro.

Amor, yo te injurié lleno de penas,
Quando Filis me hirió con sus rigores:
Pero ha vuelto á mi pecho sus favores,
Vuélveme á echar tus lazos, ó cadenas,
Hechas de suaves flores.
El precipicio, que pintó mi pena,
Su peligro y tropel me ofrece en vano.
Filis me vuelve á amar; dame tu mano,
Y llévame al placer; su senda amena
Es prado fresco y llano.
El vaso que arrojé quando afligido
Su licor discurrí ser venenoso,
Vuelve á embriagar mi pecho ya gozoso:
Ya le vuelvo á gustar; ¡ay dios Cupido!
Es nectar delicioso.
Los vientos, que en tu mar turban las aguas,
Y yo juzgué ser fieros septentriones,

Ya veo son ligeras mutaciones,
O soplos con que enciendes mas tus fraguas,
Y nuestros corazones.

Las que llamó serpientes mi injusticia,
Y llevan la deidad de la hermosura,
Me han vuelto á deleytar con su blancura:
Palomas son sin hiel y sin malicia,
Y llenas de ternura.

Vengan, amor, tu lazo y tu firmeza:
Llévame al templo; dame tu bebida;
Tu soplo aliente mi alma enternecida,
Y pon de las palomas la terneza
En mi Filis querida.

ANACREONTICA.

Unos pasan, amigo,
Estas noches de Enero
Junto al balcon de Cloris,
Con lluvia, nieve y yelo:
Otros la pica al hombro,
Sobre murallas puestos,
Hambrientos y desnudos,
Pero de gloria llenos:
Otros al campo raso
Las distancias midiendo

Que hay de Venus á Marte,
Que hay de Mercurio á Venus;
Otros en el recinto
Del lúgubre aposento,
De Newton, ó Descartes
Los libros revolviendo:
Otros contando ansiosos
Sus mal habidos pesos,
Atando y desatando
Los antiguos talegos.
Pero acá lo pasamos
Junto al rincon del fuego,
Asando unas castañas,
Ardiendo un tronco entero,
Hablando de las viñas,
Contando alegres cuentos,
Bebiendo grandes copas,
Comiendo buenos quesos;
Y á fe que de este modo
No nos importa un bledo
Quanto enloquece á muchos,
Que serian muy cuerdos,
Si hicieran en la corte
Lo que en la aldea hacemos.

ANACREONTICA.

Pues Baco me ha nombrado
Virey de dos provincias,
Que de todo su imperio
Son las que mas estima:
Pues ya siguen las leyes,
Que mis labios les dicta,
De Xeréz los majuelos,
De Málaga las viñas;
Cobremos los tributos
De las uvas mas ricas,
Y mis alegres sienes
Con pámpanos se ciñan,
Y salgan en mi obsequio
Las cubas mas antiguas;
Y que vengan bien llenas,
Y vuelvan bien vacias.
Canten mis alabanzas
Al son de las botijas,
De jarros y toneles
Con sus voces festivas,
Zagales y zagalas
De toda Andalucía,
Y quantos asistieron
A la ultima vendimia;

Digan viva el Virey
Que Baco les envia;
Y si acaso á su canto
Faltasen las letrillas,
Lo ya dicho cien veces,
Otras ciento repitan,
Y toquen las botellas,
Y suenen las botijas.
Y si logro dormirme
Entre parras sombrías,
Bebiendo, y escuchando
Tan dulce melodía,
¿Qué me importa que mueran,
Qué me importa que vivan
Con pobreza, ó riqueza,
Con susto, ú alegría,
Quantos otros Vireyes
La fortuna destina,
Los unos á la Europa,
Los otros á las Indias?

ANACREONTICA.

Por no sé qué capricho
Filis juró olvidarme:
Pasados pocos dias
Hizo otra vez las paces;

Pero fué tan gustoso
Aquel feliz instante,
Que la digo mil veces:
Filis, vuelve á olvidarme,
Con tal que á pocos dias
Vuelvas á hacer las paces.

ANACREONTICA.

Me admiran en Lucinda
Aquellos ojos negros:
En Aminta los labios,
En Cloris el cabello,
La cintura de Silvia,
De Cintia el alto pecho,
La frente de Amarilis,
De Lisi el blanco cuello,
De Corina la danza,
Y de Nise el acento;
Pero en tí, Filis mia,
Me encantan ojos, pelo,
Labios, cintura, frente,
Nevado cuello y pecho,
Y todo quanto escucho,
Y todo quanto veo.

ANACREONTICA.

Quando vuelvo de lejos,
Hallo á Filis mas linda;
Y quando estoy presente,
Siento dexarla un dia.
Venus, haz un portento
En esta Filis mia,
Y es que me ausente de ella,
Sin perderla de vista.

Traduccion de Horacio.

Léjos, léjos de mí, vulgo profano,
Oidme, gentes, metros nunca oidos,
Que, como sacerdote de las musas,
A las vírgenes canto y á los niños.
Los pueblos temen á sus sacros Reyes,
Y los Reyes tambien tiemblan rendidos
Ante el excelso trono del gran Jove,
A cuyo ceño el Cielo y el abismo
Se mueve obedeciendo, y cuya mano
Aterró á los gigantes atrevidos.

Remitiendo á un Poeta jóven las Poesías de Garcilaso con algunos versos mios.

Si mis ásperos metros yo te envio
Con dulces versos del divino Laso,
No juzgues que el orgullo necio mio
Me finja que le iguale en el Parnaso:
Lo hago sí porque juntas quiero darte,
Con prendas de mi amor, reglas del arte.

Carta escrita desde una aldea de Aragon á Ortelio (1), *que había adivinado la melancolía del Poeta.*

Pastor ingenioso,
Ortelio discreto,
¿Cómo has acertado
La vida que llevo?
¿Qué estrella te dixo
(Pues lees en los cielos)
La vida que paso,
Cargada de tedio?

(1) *Don Vicente García de la Huerta, grande amigo del autor.*

Desde que del hado
Conmigo severo
La mano tirana
Firmó mi decreto,
No he visto la cara
Serena al consuelo,
El Cielo se muestra
Ayrado y tremendo;
Las yerbas sus verdes
Matices perdiéron;
Las aves no forman
Sus dulces conciertos,
Como acostumbraban,
De armoniosos metros.
Del sueño no grato
Quando me despierto,
Solo oigo la ronca
Voz del negro cuervo,
Murciélago triste,
Gavilan siniestro,
O de otros iguales,
Para mal agüero.
Ni sueño gustóso
Cosas de contento:
Solo se aparecen
(Si alguna vez duermo)

Imágenes tristes

De horroroso aspecto;

Si salgo á los campos

A hablar con los ecos,

Los ecos se espantan

De mi devaneo;

Y nunca repiten

De tales lamentos

Las sílabas duras,

Con cuyo desprecio,

Andando en el ayre,

Se las lleva el viento.

Ya de los ganados

Olvido el gobierno;

Se van mis ovejas

Por donde no quieren;

Ni sirve llamarlas,

Porque con desprecio

Al amo insensato

Perdiéron el miedo.

Tal vez á la orilla

De algun arroyuelo,

A llorar mis cuitas,

Acudo indiscreto,

De verle tan libre,

Y verme tan preso;

De verle qual corre
Por el campo fresco,
Y ver qual la suerte
Me tiene sujeto;
Me aparto mas triste,
Y él se va mas bello,
Habiendo tomado
Notable incremento
Con el llanto mio.
¡Oh quieran los cielos,
Que seas tú solo
Quien saque provecho
De esta ausencia mia,
Arroyo discreto!
Si acaso mi flauta
Entona algun metro,
Resuenan tristezas
Que arroja mi pecho.
Si de otros pastores
Las danzas presencio,
Advierto mudanzas;
Y como las temo
Del pecho que sabes,
El bayle aborrezco.
Si llego á la mesa,
Es vano el intento

De probar manjares
Ninguno apetezco.
Los otros pastores,
Que advierten mi tedio,
Me ofrecen en vano
Algun alimento.
Entónces, amigo,
Comer plantas suelo,
O frutas del campo,
O leches ó quesos,
Porque son comidas
De poco aderezo,
Y son naturales,
Como mis afectos.
Del agua mas pura
Alguna vez bebo
De una clara fuente,
Clara como el pecho
Que á beber se inclina;
Y en su puro espejo
De horrores me espanto
Quando considero
Mi cara ¡qué adusta!
Mis ojos ¡qué muertos!
Mi boca, ¡qué triste!
Mis labios ¡qué secos!

Y en tantas mudanzas,
Que padece el cuerpo,
Mi espíritu el mismo,
Y el mismo mi afecto,
Que quando solia
Mirarme sereno
(Ortelio, deliro!)
En aquel espejo,
Tan limpio, tan puro,
Tan claro, tan terso,
En que yo veia,
De placeres lleno,
Alegres mis ojos,
Mi rostro alhagüeño,
Mi boca chistosa,
Mis labios parleros,
Diciendo ternuras,
Y dulces requiebros,
Que oía gustoso
Mi adorado dueño:
Su vuelo tomáran
Las alas del tiempo!
Cupido, las tuyas
No sigan tal vuelo.
Los dias felices
Se pasáron luego,

Apénas sentidos,
Qual soplo ligero
De zéfiro suave,
Que convida al sueño;
Y los tristes dias
Que al presente veo,
Son nortes furiosos,
Cuyo soplo adverso
Arranca las peñas,
Deshace los techos,
Destruye los campos,
Anuncia el invierno,
Destruye el rebaño
De tristes corderos.
En vano acostumbro
Con piadoso zelo
Al ara de Jove,
El padre supremo,
Llevar la pregunta
De si este tormento,
Que así me aniquila,
Ha de ser eterno.
Mas dudas suscita
Su oráculo incierto,
Hasta que en furores
Se convierte el tedio.

• • •

Y pido á los Dioses
Fulminen del cielo
Centellas y rayos
De horroroso estruendo,
Que á negras cenizas
Reduzcan mi pecho.
(Asunto bien facil,
Pues ya lo está haciendo,
De amor y venganza
Unido el incendio.)
Ya pido á la tierra,
Mas blanda que el cielo,
Que abriendo sus bocas
Puertas del averno,
Me trague y sepulte
En su horrendo seno.
Ya desesperado,
De no hallar consuelo,
Al mar yo me arrojo
Con mortal intento:
Sus olas que huyen
De mi ardiente incendio,
Me vuelven á echar
A la orilla luego,
Sin siquiera darme
El corto consuelo,

De que con sus aguas
Se apague mi incendio:
Ya busco á las fieras,
De quienes deseo
Ser víctima triste;
Y quieren los cielos
Se ablanden sus furias,
Y no mi tormento:
Ya suelen los Dioses,
Inmortales dueños
De los corazones,
Templar mis desvelos
Por pocos instantes;
Y en ellos contemplo
La fuerza del hado
Que así lo ha dispuesto:
Que el hombre no puede,
Por débil y necio,
Frustrar de los Dioses
Los altos decretos.
Entónces confuso,
Y de dudas lleno,
Consuelo mis cuitas,
Diciendo á mi Ortelio:
Pastor ingenioso,
Ortelio discreto,

¿Cómo has acertado
La vida que llevo?
Escatro, el pastor
A quien tanto quiero,
Te envia expresiones,
Dignas de su pecho.
Por Jove te juro
(Y debes creerlo,
Porque yo lo digo,
Aun sin juramento)
Que tu amado nombre,
Que el nombre de Ortelio,
Que nombre tan caro
Será mi consuelo,
Miéntras haya estrellas
En el firmamento,
Flores en el campo,
Frutas en los huertos,
Llantos en mis ojos,
Y en mi alma duelos.
A Dios, ¡ó mi amigo!
Otra vez y ciento:
A Dios te repite
Mi corazon necio
En la despedida
De un amado objeto.

MUDANZAS DE LA SUERTE.

Es cosa natural
Trocarse el bien en mal;
Y sucede tambien
Trocase el mal en bien.

Exemplo primero.

Con vengativa y poderosa mano,
El padre y Rey supremo
De hombres y dioses, Jove soberano,
Tantos rayos vibró, como hay estrellas
En su mansion divina;
Y en uno y otro extremo
Del orbe estremecido
Cayéron las centellas:
Oyese el cruel ruido,
Temióse la ruina,
Y los hombres creyeron que reynaba
Aquel, cuyo furor los espantaba.
Los límites rompió del mar salado
El Dios á quien fué dado
El imperio del mar y el gran tridente,
Y donde templo y gente,
Y campo y monte habia:
Hasta aquel crudo y horroroso dia

Hiciéron resonar con tristes sones
Sus retorcidas conchas los tritones.
¡Triste mortal! creyeras
Si aquel estrago vieras,
Que de peces la inmensa muchedumbre
De Guadarrama andára por la cumbre,
Que apénas pasan las ligeras aves;
Y aun mas juzgáras que las grandes naves
(Como la que tremola
La bandera española,
Del nombre de Filipo guarnecida,
Y del Inglés Matheus tan temida)
Pasáran por las ásperas montañas
De nevada cabeza,
Con que Naturaleza
La Europa separó de las Españas.
Tambien soltó la rienda á su elemento
El que contiene uno y otro viento
En una cueva, cuya sacra puerta
Solamente fué abierta
Por complacer á la divina hermana
De Jove, que tirana
Las naves del Troyano perseguia;
Y Vulcano á quien poco parecia
Forjar los rayos para el dios Tonante,
Cien vesuvios produxo en un instante;

Y ardió la mar y cielo, y ayre y tierra,
Y quanto el orbe encierra.
¡Con qué terror los míseros mortales
Tembláron y lloráron
El cúmulo de males
Que juntos los cercáron!
¿Nada valió contra el peligro y susto
La ciencia al sabio, la virtud al justo?
¿Qué fin tuvo, decid, el dia aciago,
O musas, que pintasteis este estrago?
Pasó la tempestad, calmóse el dia,
Y se trocó el terror en alegría.

Exemplo segundo.

Por industria de sabios profesores
Y trabajo de esclavos bien premiado,
Está ya preparado
Con extraños primores
El soberbio salon para las fiestas.
Con luxo estan dispuestas
Las mesas, con licores y manjares
Traidos por los mares
De quanta tierra yace diferente
Desde el umbral del sol hasta occidente.
Los vasos de oro y los de bronce, (tales,

Que el arte es superior á los metales)
Los de piedras preciosas
Y los adornos varios
(Despojo bien ganado á los contrarios)
Coronados de rosas
Cubren las mesas, llenan las memorias
De batallas, troféos y victorias.
  La música de bélicos acentos,
Mezclados con suaves instrumentos,
Que alternan de la corte y la campaña
Los gustos y la saña,
O ya tierna, ó ya grave
Aplaude el nombre invicto del que sabe,
Guardando la memoria de la guerra,
Gozar los bienes que la paz encierra;
Junta con nuevo arte
Tus gustos, Venus, tus venganzas, Marte.
  ¡Con qué bella arrogancia
Aguardan ya las ninfas el momento,
Que ha de romper lo dulce de su acento,
Por el ayre ocupado con odores,
O ya de pomos de sutil fragancia,
O ya de suaves flores!
Unas á otras se miran,
Se envidian, y se admiran;
No porque envidia rigurosa sientan,

Sino por el anhelo
Con que todas intentan
Levantar hasta el cielo
El nombre victorioso
Del héroe que en un carro primoroso
(Que fué de un grande príncipe vencido)
Llega ya rodeado, y conducido
De un séquito de nobles que á su lado
Habian noblemente peleado.
En medio de una turba de doncellas
De tierna edad y de beldad cumplida
Que anuncian su venida,
Llega Flora, mayor que todas ellas,
Como en el fresco prado
De flores esmaltado
Se distingue la rosa.

El llega, y ella presurosa...
Pero ¿qué es lo que admiro?
¿Si será realidad lo que yo miro?

Quando creí que el gusto,
La pompa, la delicia, la hermosura,
Los placeres, la música, la danza...
¡Qué poco el gozo dura!
¡Qué súbita mudanza!
¡Cómo se trueca en susto
Lo que nos fué mas grato!

¿ Pues qué fin tuvo el célebre aparato?
El héroe quiso hablar, y de repente
Le acometió feroz un accidente,
Y se murió : gimió toda la sala,
Y en luto se trocó toda la gala.

Sobre no querer escribir sátiras.

Ciertos hombres adustos,
Llenos de hipocondría,
Que vinculan sus gustos
En desterrar del mundo la alegría,
Como amantes por otros despreciados,
Sábios empobrecidos,
Poderosos caidos,
Hijos malos, ó padres mal casados;
Me dicen que dexando la ternura,
Con que mi musa sabe
Cantar con tono suave
Tus gustos Baco, Venus tu hermosura,
En vez de celebrar estos placeres,
Hable mal de los hombres y mugeres,
Sin reparar el labio enfurecido
De esta implacable gente,
Que á todo hombre viviente,
En qualquiera lugar que haya nacido,

Sea iroquiés, ó patagon gigante,
Fiero hotentote, ó noruego frio,
O cercano, ó distante,
Le miro siempre como hermano mio,
Recibiendo en mi seno
Al malo con piedad, con gusto al bueno.
Lejos de contentarme,
Prosiguen con mas fuerza en incitarme
A que dexe los huertos y las flores,
Pastoras y pastores,
Viñas, arroyos, prados,
Ecos enamorados,
La selva, el valle, la espesura, el monte,
Y que no inste al dulce Anacreonte,
Al triste Ovidio, al blando Garcilaso,
A Catulo amoroso, á Lope fino,
Ni á Moratin divino,
Que entre estos tiene asiento en el Parnaso;
Sino que la tranquila musa mia,
De paloma que fué, se vuelva harpía:
Que los vicios pondere con fiereza,
Y haga gemir á la naturaleza
Baxo los golpes de mi ingrata mano.
Con esto todos, á qual mas ufano,
Me refieren los vicios de los hombres
Con horrorosos nombres,

Como astucia, rencores, inconstancia,
Baxeza, tiranía,
Codicia y arrogancia,
Traicion, ingratitud é hipocresía.
Pero así como tiemblan sorprehendidos
Los villanos de un pueblo, acostumbrados
A su quietud, quando la vez primera
Penetra sus oidos
La música guerrera,
Quando llegan soldados
De rostro fieros, y de estraños trages,
Con estrépito horrendo
De hombres, de caballos y equipages;
Y se dividen con igual estruendo
Por la pequeña plaza en cortos trozos;
Y los viejos refieren á los mozos
Que aquellos hombres matan á la gente,
Y se comen los niños fieramente;
Y cada madre esconde, y encomienda
A su Dios tutelar la dulce prenda
Del matrimonio santo:
Pues así yo con no menor espanto
Oí los nombres, y ponderaciones
De vicios y pasiones
De que tal vez privados no se hallaban
Los mismos que en los otros los tachaban.

Y ví que el solo digno de censura
Es el que ponderarlos mas procura,
Sin otro fin que el ostentar ingenio,
En la mordacidad, ira y rencores;
Y así vuelvo á cantar segun mi genio
Tus viñas, Baco, Venus tus amores.

LETRILLA.

Pero á mí ¿qué se me dá?
Maldita de Dios la cosa,

Llora el jóven heredero
Del padre anciano la muerte,
Porque no dexó mas fuerte
El talegon del dinero;
Pero mira placentero
La comitiva llorosa,
Que al cuerpo cantando está:

Pero á mí ¿qué se me dá?
Maldita de Dios la cosa.

Aquel que en el coche ves
Mirar á todos con ceño,
Dé gracias á un extremeño
Que hubo por nombre Cortés;
Que si no, bien al revés

Su persona fastidiosa
Iria de lo que va:

Pero á mí ¿qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

Dícele la hermosa al viejo
Llega, dulce prenda mia,
¡Qué dichosa me creeria
Si tú fueras mi cortejo!
Y él, á pesar del espejo,
A la niña mentirosa
Casi creyéndola está:

Pero á mí ¿qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

Cancion de un patriota retirado á su aldea.

Para defensa suya
Produce nuestra España
Los caballos del Bétis,
Y el fierro de Cantábria,
Y sangre antigua Goda,
Que ansiosa se derrama
Si su patria lo pide,
Y si su Rey lo manda;

Y para su regalo
La fruta delicada,
Pescados de sus costas,
Que entrambos mares bañan,
Y tesoros de Bacó
En Málaga y Peralta,
En Xeréz y Tudela,
Y en la vecina Mancha:
Pues ea, amigos mios,
Miéntras quieren las altas
Deidades protectoras
De la feliz España
Darnos la paz tranquila
Que gozan las labranzas,
Las viñas y los huertos,
Los rebaños y casas;
Vivamos, y gocemos
Quanto con mano franca
Nos da Naturaleza
En los otros avara.
Venid, venid alegres
Zagales, y zagalas,
Con castañuelas, tiples,
Panderos y guitarras:
Llegaos á mi choza
Humilde, pero grata,

Donde faltan adornos,
Pero gustos no faltan.
De este lado los chicos,
Y de éste las muchachas,
Y aquí junto á mi puerta
Los ancianos y ancianas;
Lloren de gozo viendo
A sus proles amadas.
Cantad alegres sones,
Baylad alegres danzas,
Mientras que se disponen
Las rústicas viandas,
Y del vino mas rico
Veinte botas se sacan,
Jamones de Galicia,
Cecina de Vizcaya,
Olivas de Sevilla
Y de Aragon Manzanas.
Cantad antiguas letras,
Sin justicia olvidadas,
Como á vuestras abuelas
Las suyas las cantaban.
Decid, como Rodrigo,
El último Monarca,
Pero el mas infelice
De la goda prosapia,

Se perdió por amores
De la malvada Cava,
Y á manos de africanos
Dexó perdida España,
Quedando en cautiverio
Sus provincias cuitadas.
Decid, como Pelayo
Salió de las montañas,
Con la gente que tuvo,
Que era poca, y honrada.
Cantad de Don Alfonso,
A quien el casto llaman,
Y que negó el tributo
De niñas desgraciadas,
Que al malvado Rey moro,
Los christianos pagaban.
Decid, como ellas mismas,
Con varonil jactancia,
Al lado de los hombres
Esgrimian las armas,
Y como todas ellas
A los hombres llamaban
Cobardes quando huian,
Amantes si triunfaban;
Y asi por varios trozos
Los fastos de la patria

• • •

Decid, con voz acorde,
Al son de vuestra danza:
Que yo tambien quisiera,
Si no me lo estorbáran
Lo flaco de mi cuerpo,
Los años y las canas,
Juntar con vuestros tonos
La voz de mi garganta.
Pero en medio de todos,
En esta silla blanda,
Que fué de mis abuelos,
Y á mis viznietos pasa,
Oiré vuestras canciones,
Y veré vuestras danzas:
Y al que excediere á todos
En la voz mas gallarda,
En bayle mas ayroso,
Sin ser de envidia causa;
Daré el debido premio,
Y al Cielo justas gracias,
Porque sobre vosotros
Tales dones derrama.
Baylad, cantad contentos,
Si dura la paz santa:
Y si Marte os turbára
Con su horrorosa saña,

Sonando sus trompetas,
Y tocando sus caxas;
Dexad esos placeres,
Y acudid á las armas,
Que para su defensa
Produce nuestra España
Los caballos del Betis,
El hierro de Vizcaya,
Y sangre antigua Goda
Que alegre se derrama,
Si su patria lo pide,
Y si su Rey lo manda.

ANACREÓNTICA.

Los que no saben, Baco,
Lo que abarca tu reyno,
Juzgan que no pasastes
Los altos Pirinéos,
Y piensan que en España
No tienes grandes templos,
Donde acudan gustosos
Los nobles y plebeyos.
Como en otros paises,
Tu nombre es grato en estos,
Solo que con mas brindis
Se hace ménos estruendo.
Las horas que en su curso
Consume el dios de Délfos,

Con una sola copa
Gasta el bello Flamenco
Como el Francés sociable,
Y el Alemán guerrero;
Pero los Españoles
De otro modo lo hacemos:
Y como es taciturno
Y grave nuestro genio,
Bebemos y callamos,
Callamos y bebemos:
Y algunos, que desechan
Usos de antiguos tiempos,
Cantan tu nombre, y beben
Condenando el silencio.
Y tú viste á mi Filis
(Sus primorosos dedos
Sosteniendo la copa)
Cantar tu nombre en versos,
Que tal vez yo compuse
Por tí y por ella á un tiempo:
Por cierto que en sus ojos
Brillaban dobles fuegos,
Con los tuyos, ó Baco,
Los de la bella Venus;
Y yo, que de uno y otro
Tenia el pecho ardiendo,

Repetia las copas,
Doblaba los requiebros.
¿Pues qué yo no cantaba?
¿Qué, no cantaba Ortelio,
Ausente de su Lisi,
Por no aclarados zelos?
¿Pues qué no repetia
Los Báquicos acentos
La sala del banquete,
Con sus nocturnos ecos?
Publica, pues, al mundo
Que tienes ara y templos
Desde el Pirene altivo
Hasta el Hercúleo Estrecho,
Miéntras que yo publico
Tu gloria al universo,
Con xerezanas cubas,
Y castellanos versos.

ANACREONTICA.

Vivamos, dulce amigo,
Mirando con desprecio
Los aparentes gustos
De los ricos soberbios.
Dexemos que se miren
Con recíproco miedo,

Y con mútuas traiciones
Doren crudos venenos:
Que abunden en sus casas
La pompa y el recreo,
Miéntras abundan sustos
Y fraudes en su pecho:
Que el vínculo reciban
De un violento himenéo,
Que privará á sus almas
De amores verdaderos.
Tengan endebles hijos,
A quienes hagan necios
Lisonjas de criados,
Inciensos de vil pueblo;
Y mueran engañados,
Gozoso el heredero
Que quiere mas ansioso
Quitarles hasta el tiempo.
Diga despues el mármol
A siglos venideros
Lisonjas que no creen
Los del presente tiempo:
Y esta série precisa
A los sábios dexemos,
Para que ufanos luzcan
Sus disgustos severos,

Miéntras humildes gustos,
Y por tanto mas ciertos,
De nuestra corta vida
Ocupan los momentos:
Y la amistad sagrada
Hermane nuestros pechos,
Como hermanan las musas
Nuestros gustos y versos.
En sencillos banquetes
Que sazona el afecto,
Pase, sin ser sentido,
El carro del Dios Febo;
Y prosigan los gozos,
La risa y el festejo.
Hasta que vuelva Apolo
Segundo giro al Cielo;
Guiándonos Cupido
A gozos mas amenos,
Con Filis y Dorisa,
Que ocupan nuestros pechos:
Y sin cuidarnos mucho
De que lejanos nietos
Transmitan á los siglos
Los apellidos nuestros,
Cantando nuestras obras,
Gozosos morirémos.

Cubriendo nuestras tumbas
Los buenos compañeros,
Con pámpanos de Baco
Y con mirtos de Venus:
Y en los vecinos troncos
Grabarán un letrero,
Que diga lisamente
Cosas que merecemos,
Versos que compusimos,
Y que aplaudiéron ellos.
Zagales y zagalas
De los vecinos pueblos
Vendrán á nuestra tumba
Con flautas y panderos:
No con lúgubres voces
Resonarán los ecos,
Sino con dulces tonos,
Y con alegres metros;
Porque sabrán, sin duda,
Los que nos conociéron,
Que nunca nos llenáron
Ambiciosos deseos:
Que no fuimos traidores,
Avaros, ni perversos.
Esto cantará á todos
El respetable Ortelio.

De Venus y de Baco
Sacerdote completo;
Y con su barba cana,
Y con su grave aspecto,
Beberá grandes copas,
Dirá sabrosos versos,
Captándose de todos
El amor y el respeto,
Qual entre alegres faunos,
Y sátiros traviesos,
Sileno fué querido,
Aquel viejo Sileno,
Que fué del mismo Baco
Admirado maestro:
Y despues que consuman
Los que al templo viniéron
La leche blanca y fria,
El vino tinto y viejo;
Se volverán cantando,
Asi como vinieron,
Hasta que doce meses
Pasados, vuelva al puesto
Con igual comitiva
Y con igual afecto
Ortelio, y que repita
A ninfas y mancebos,

Cantad, que de Dalmiro,
Y Moratin los cuerpos
En esta tumba yacen.
Detente, pasagero,
Que aquí yacen los hijos
Del muy suave Anacreon.

Renunciando al amor y á la poesía lírica con motivo de la muerte de Filis.

SONETO.

Miéntras vivió la dulce prenda mia,
Amor, sonoros versos me inspiraste:
Obedecí la ley que me dictaste,
Y sus fuerzas me dió la poesía.

¡Mas ay! que desde aquel aciago dia,
Que me privó del bien que tu admiraste,
Al punto sin imperio en mí te hallaste,
Y hallé falta de ardor á mi Talía.

Pues no borra su ley la parca dura,
(A quien el mismo Jove no resiste)
Olvido el Pindo, y dexo la hermosura.

Y tú tambien de tu ambicion desiste;
Y junto á Filis tenga sepultura
Tu flecha inútil, y mi lira triste.

SONETO.

Ya veis qual viene, amantes mi pastora
De bulliciosos céfiros cercada,
La rubia trenza suelta, y adornada
Por sacras manos de la misma Flora.

Ya veis su blanco rostro que enamora,
Su vista alegre, y sonreir qué agrada,
Su hermoso pecho, celestial morada
Del corazon á quien el mio adora.

Oís su voz, y el halagüeño acento;
Y al ver y oir que solo á mí me quiere,
Con envidia mirais la suerte mia:

Mas si vierais el mísero tormento
Con que mil veces su rigor me hiere;
La envidia en compasion se trocaria.

A la muerte de Filis.

ANACREONTICA.

En lúgubres cipreses
He visto convertidos
Los pámpanos de Baco,
Y de Venus los mirtos:
Qual ronca voz del cuervo
Hiere mi triste oido

El siempre dulce tono
Del tierno gilguerillo:
Ni murmura el arroyo
Con delicioso trino,
Resuena qual peñasco
Con olas combatido.
En vez de los corderos
De los montes vecinos,
Rebaños de leones
Baxar con furia he visto:
Del sol y de la luna
Los carros fugitivos
Esparcen negras sombras
Miéntras dura su giro:
Las pastoriles flautas,
Que tañen mis amigos,
Resuenan como truenos
Del que reyna en Olimpo.
Pues Bagos, Veneos, aves,
Arroyos, pastorcillos,
Sol, luna, todos juntos
Miradme compasivos,
Y á la ninfa que amaba
Al infeliz Narciso,
Mandad que diga al orbe
La pena de Dalmiro.

ANACREONTICA.

Despues de haber bebido
A noche (como suelo)
Dormido en tiernas partas,
Tuve un gustoso sueño.
Soñé que el gran dios Baco,
Por dilatar su imperio,
Al Parnaso queria
Ganar á sangre y fuego.
Cierta queja alegaba
De que Virgilio, Homero,
Taso, Milton, y Ercilla
No le ofrecen sus versos,
Del todo dedicados
A poemas guerreros,
De elevados asuntos,
Y de pomposos metros.
Juntó de sus bacantes
Muchos trozos soberbios,
Que esgrimirán sus tirsos
Al son de sus panderos:
Y llenas de aquel xugo
Que en Málaga han dispuesto
Las manos de las ninfas
De aquel bello terreno;

Ya daban fieros gritos,
Y amenazas al eco,
Y con forzudas danzas
Disponian los cuerpos.
Rodeado de Faunos
Vino el viejo Sileno
Para mas animarlos
Con su rostro, y acento.
Dixo del dios del vino
Los animosos hechos,
Quando triunfó del Indo
Con sus armas y estruendo:
Y á cada verso suyo
Ardia en nuevo fuego
La tropa deseosa
De algun nuevo trofeo.
Del mismo dios el carro
Llegó al campo ligero:
Tiraban de él dos tigres
Feroces y sangrientos.
A la falda del monte
Con furia acometieron,
Pero salió al camino
El anciano Anacréon;
Y mirándole Baco
Detuvo á sus guerreros,

Y les dixo : por éste
A todos perdonemos
Y en alabanza suya
Cantó coplas el viejo,
Y todos le abrazáron,
Y cantando se fuéron.

A la Primavera despues de la muerte de Filis.

SONETO.

No basta que en su cueva se encadene
El uno y otro proceloso viento;
Ni que Neptuno mande á su eleménto
Con el tridente azul que se serene:
Ni que Amaltea el fértil campo llene
De fruta y flor, ni que con nuevo aliento
Al eco den las aves dulce acento,
Ni que el arroyo desatado suene.
En vano anuncias, verde Primavera,
Tu vuelta de los hombres deseada
Triunfante del invierno triste y frio.
Muerta Filis, el orbe nada espera
Sino niebla espantosa, noche helada,
Sombras y sustos como el pecho mio.

Lamentos con motivo de la muerte de Filis.

Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

GLOSA.

¡Oh Musa! (si acaso
La hay tan infeliz,
Que esté destinada
Para presidir
El llanto y gemido)
Venid, influid
El tono mas triste
Que se pueda oir.
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Desde estos mis brazos,
En que yo la ví
En dias alegres
Mirarme y reir,
La muerte alevosa,
Con sorpresa vil,

Cortó de su vida
El hilo sutil.
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Los labios muriendo,
Procuraba abrir,
Para despedirse
Sin duda de mí;
Pero se secáron
Sin poder servir,
Qual rosa que muere
Pasado su Abril.
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Lo que no pudiéron
Sus labios decir,
Quisiéron sus ojos
Volviéndose á mí;
Pero en aquel punto
Cerrarse los ví,
Y yo solo pude
Turbado decir.
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

• • •

De su fino pecho
El blanco marfil
En pálida cera
Convertirse ví;
Y en tristes colores
Aquel carmesí,
Que de otras bellezas
Envidiado ví.
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Decidme, deidades
Tiranas, decid,
Sin la que fué mi alma
¿Cómo he de vivir?
La molesta vida
Que me consentis,
Despues de su muerte,
Gastaré en decir.
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Si vuestros rigores
Podeis convertir
En lástimas justas,
Mis quejas oid;

Y qual otro Eneas,
Que baxé sufrid,
Con la sacra rama
Al campo feliz.
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

De mi amada prenda
La sombra sutil
Podré con mis brazos...
¡Mas necio de mí!
Su sombra queria
Con el brazo asir,
Qual si fuera cuerpo:
¡Ay qué frenesí!
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Cerbero, Aqueronte,
Las furias en mí,
No pondrán asombro:
Mi voz infeliz
Ablandará á todos,
Si me oyen decir:
Mi Filis ha muerto:
¡Ay triste de mí!

Epístola dedicada á Hortelio.

Desde el centro de aquestas soledades,
Gratas al que conoce las verdades,
Y la complicacion de los engaños
Del mundo, y aprovecha desengaños;
Te envio, amado Hortelio, fino amigo,
Mil pruebas del descanso que consigo.
Ovidio en tristes metros se quejaba
De que la suerte no le toleraba
Que al Tíber con sus obras se acercase,
Sino que al Ponto cruel le destinase;
Mas lo que de poeta me ha faltado
Para llegar de Ovidio á lo elevado,
Me sobra de filósofo, y prefiero
Tomar las cosas como van viniendo.
¡Oh! ¡cómo extrañarás quando esto veas,
Y solo bagatelas aquí leas,
Que yo, criado en facultades sérias,
Me aplique á tan ridículas materias!
Ya arqueas, ya levantas esas cejas,
Ya el manuscrito de la mano dexas,
Y dices: por juguetes semejantes
¿Por qué dexas los puntos importantes?
¡No sé por qué capricho tú ya olvidas
Materias tan sublimes y escogidas!

¿Por qué no te dedicas, como es justo,
A materias de mas valor que gusto?
Del público derecho que estudiaste,
Quando tan sábias cortes visitaste:
De la ciencia de estado, y los arcanos
Del interes de várias Soberanos:
De la ciencia moral que al hombre enseña
Lo que en su obsequio la virtud empeña:
De las guerreras artes que aprendiste
Quando á campaña voluntario fuiste.
De la ciencia de Euclídes demostrable,
De la física nueva deleitable,
¿No fuera mas del caso que pensáras
En escribir aquello que notáras?
¿Pero coplillas? ¡y de amor! ¡Ay triste!
Perdiste el poco seso que tuviste.
¿Has dicho, Hortelio, ya quanto enfadado
Quisiste á este pobre desterrado?
Pues mira, ya con fresca y quieta flema
Te digo que prosigo con mi tema.
De todas esas ciencias que refieres,
(Y añade algunas otras si quisieres),
Yo no he sacado mas que lo siguiente:
Escúchame, por Dios, atentamente;
Mas no, que mas parece lo que digo
Relacion, que no carta de un amigo.

Si miras mis sonetos, ó bella diosa
De todas las antiguas mas hermosa,
El primero, dirás con claridad,
Por qué dexé las altas facultades,
Y solo al pasatiempo me dedico,
Que los leas despacio te suplico;
Y si conoces que razon me sobra,
Calla, y no juzgues que es tan necia mi obra.

Pero si acaso omites este asunto,
Y la crítica pasas á otro punto,
Qual es del que contiene la obra mia,
Faltas contra la buena poesía.

Conozco tu razon, mas oye atento:
Con Ovidio respondo á tu argumento.
Si qua meis fuerint, ut erunt, vitiosa libellis,
Excusata suo tempore, lector, habe.
Exul eram, requiesque mihi, non fama petita est;
Mens intenta suis ne foret usque malis (1).

Significa (y perdona la osadía
De interpretar de Ovidio la armonía,
Porque en la traduccion es consiguiente
Que pierda la dulzura competente,
Como sucede á todos los autores
En manos de mejores tradúctores).

(1) *Ovid. lib. 4. Trist. Eleg. 1. v. 1. 2. 3. 4.*

El tiempo en que esta obra yo compuse
Las faltas que hallarás, lector, excuse:
Quietud busqué, no fama, desterrado,
Por distraer á mi alma del cuidado.

A Dios.

INVOCACION

Del Ovidio á la Musa.

¡ Oh Musa, que de Ovidio conduxiste
La pluma magistral en los amores!
Pues sentido he, como él, fieros rigores,
La gracia que á su pluma concediste,
A la mia concede sus ardores.
A Ovidio se parezca en esta gracia,
Quien tanto se parece en su desgracia.
Aparta de mi pluma y de mi mente
Conceptos viles, baxas expresiones;
Destierra lo ordinario y lo indecente,
Frecuente en los comunes corazones.
Haz que mi pluma ufana en lo eminente
Esmalte en sus poemas sus blasones:
Tanto, que por el vulgo no entendida,
Sea solo de sabios aplaudida.
Del español Olimpo muchas diosas
(Cuyas iras me juro son funestas)

Si mucho mas que Venus son hermosas,
Mil veces mas que Pálas son honestas:
Mis obras en sus manos primorosas
Algun felice dia, serán puestas;
Y viendo alguna voz torpe y obscura,
Convertirán en ceño su hermosura.

Hortelio, cuyo genio Apolo sabe,
Pues es del dios Apolo conocido:
Es de carácter noble, fino, suave,
Y Hortelio es el Mecénas que he elegido;
No creas que jamas su genio alabe,
Sino lo mas sublime y escogido;
Y la serenidad de su semblante
Se ofuscará en lo torpe ó disonante.

Laméntase una pastora de la injusticia de su madre en las siguientes sextas á la codicia.

Si usurpas la justicia,
¿No basta á tus furores,
Sin querer tu malicia,
El dominio usurpar de los amores?
¿Por qué diste á mi madre un poderío
Que tú no tienes en el pecho mio?

Tu fuerza prodigiosa,
Con arrancar el mundo de sus exes,

Conténtese ambiciosa,
Como al amor en sus resortes degeis.
Todo el mundo te cedo como tuyo,
Pero tú dexa á Venus lo que es suyo.

¡Oh! ¿cómo has permitido,
Venus, que de una madre la codicia,
Del fruto de Cupido
No ofreciese á tí sola la primicia,
Reservándose injusta
La ley que solo á tí sería justa?

Una tierna pastora
Con flores sus amores fina ostenta
Al dueño á quien adora;
Símbolo de su pecho le presenta:
Regalarte una flor mi alma medita;
Silvio, mas ah, mi Silvio, ¡qué marchita!

Intacto está mi pecho:
¡Goza de su ternura, Silvio amado,
Seguro y satisfecho
De que nadie hasta ahora le ha logrado!
Esta prenda te pruebe mi terneza,
Que la otra sin aquesta no es fineza.

Carta á Augusta Matrona, que inclinada á la filosofia, empieza á fastidiarse de la corte.

¡Egregia Augusta mia!
Me dices en tu carta celebrada
Que á la filosofia
Alguna vez te sientes inclinada:
Recíbela en tu pecho, persuadida
Que ella es el solo bien de nuestra vida.
Tristes son los mortales,
Que fingen en sus ideas diversiones:
Sus fuerzas desiguales,
Al peso de sus males y afliciones,
Con exteriores gustos y contentos
Ocultan lo interior de sus tormentos.
Al filósofo, Augusta,
En cada punto la Naturaleza
Obsequia, sirve y gusta.
Todo es para él quietud, todo riqueza,
Ni se acaba el contento que recibe:
Vive feliz, y muere como vive.
El vulgo de los hombres
Vive entre pena, envidia, llanto y susto:
Su vida (no te asombres)
Apénas por mil penas logra un gusto,

Y aun ese acaba, y pasa tan temprano,
Que aun no le goza el corazon humano.
Recibe, pues, prudente
La luz que ya comienza á iluminarte:
Agradece el presente
Que quieren las estrellas regalarte:
El tiempo te dirá lo que has ganado,
Y la razon dirá lo que has dexado.
De la corte te ausenta:
El filósofo en ella es despreciado;
Pues ni finge, ni ostenta,
Ni adula, ni es ansioso, ni es osado.
Vente á la aldea: su sencilla vida
A la naturaleza es parecida.
Por los campos el sabio
Usa de aquel derecho incontrastable
De que su justo labio,
Qual siente el corazon, se explique y hable:
Al malo llama malo, al necio necio,
Y á cada cosa dá su justo precio.
El pecho sin el susto
De tanto respetillo enagenado,
Concibe, como es justo,
Lo que el alma tranquila le ha dictado;
Y el alma sin ficciones misteriosas
Recibe las especies de las cosas.

Dexa lo artificioso;
Desprecia la lisonja y la mentira,
Olvida lo estudioso,
Abandona ese fausto que te admira:
La corte, y las locuras que eslabona
Dexa, desprecia, olvida y abandona.

Aprecia lo apacible,
Busca lo que es sencillo y placentero,
Goza de lo plausible,
Experimenta un gozo verdadero:
Al campo, y los placeres que presenta
Aprecia, busca, goza, experimenta.

Esos coches dorados,
Esos encages, telas y diamantes,
Esos muchos criados,
Esos timbres, blasones arrogantes,
Olvida; pues no gozas de ellos nada,
Siendo menos señora que encantada.

Esta alegre campaña,
Este bosque, vergel, jardin y prado;
Este arroyo que baña
Este tesoro para tí guardado:
Disfruta, pues, con pródiga franqueza
Toda la liberal naturaleza.

Verdad es que en la aldea,
De fatuos una turba bulliciosa;

Que tu toaleta vea,
No puedes encontrar, Augusta hermosa;
Pero hallarás pastoras y pastores
Que te cubran el lecho con mil flores.
Ni el page primoroso,
Ni la criada antigua y estimada
Un almuerzo suntuoso
Presentará en vagilla bien labrada;
Pero la leche blanca, qual tu frente,
Permitirás, mi mano, te presente.
Ni polvos, ni pomada,
Cintas compuestas, aguas ni alfileres
Te ofrece mi morada,
Ni espejo, consejero de mugeres:
Podrás en un arroyo divertirte,
Lavarte, poner flores y vestirte.
Los muchos ornamentos,
Que el luxo cada dia multiplica,
Son fuertes argumentos
De lo que el artificio fructifica;
Mas solo pueden engañar al necio,
Como ellos, acreedor á tu desprecio.
Aquí, que solamente
Tendrás que divertirte y recrearte,
Vestida lisamente,
Serán superfluas compostura y arte:

Agravio debe ser á la hermosura
El ofrecerla afeyte y compostura.
Despues que estés vestida,
Visita no tendrás, ni concurrencia,
En que esté establecida
Murmuracion, mentira, ni demencia:
Un sencillo pastor y su pastora
A saludar vendrán á su señora.
A la hora destinada
Para el preciso natural sustento,
La mesa preparada
Verás en un ameno *apartamento*
Con sazonado gusto y alegría,
Sin plata, sin primor, ni simetría.
No esperarás sensuales
Mezclas de mil substancias combinadas
De peces, de animales,
Y de aves, con las salsas delicadas,
Que en un pequeño plato han reunido
Todo quanto este mundo ha producido.
Pero hay los pichoncitos
Que en casa por mi mano he sustentado,
Los frescos pececitos
Que en las vecinas aguas he pescado;
Y un javalí pretendo regalarte
Que en el bosque maté por obsequiarte.

¡Pues qué de las sabrosas
Riquezas de los tabacos que he plantado!
¡Qué peras tan gustosas!
¡Qué pero tan hermoso y colorado!
Tendrás en mi vergel melocotones,
Naranjas, brebas, limas y melones.

Despues que hayas comido,
Si buscas el descanso y el reposo,
Ya te tengo escogido
Un parage encantado y delicioso
En una parte del jardin de casa,
Por donde el Ebro en miniatura pasa.

Los árboles, cargados
De flores olorosas, hacen techo
Con ramos enlazados,
Con que el furor del sol queda deshecho.
Mil páxaros gozando la frescura,
Se burlan de su ardor en la espesura.

Al pie de un mirto ameno
Te pondré con mis manos una cama;
No de pluma relleno,
Sino de azar, jasmin y verde grama:
A sus lados dos fuentes van tocando,
Que los van defendiendo y refrescando.

No temas los mosquitos,
Ni avispas en los huertos tan frequentes:

Habrá mil cefiritos
Que con sus alas anden diligentes:
No temas: dormirás tan descansada,
Que tu cama será bien envidiada.
De tantos cefirillos,
De tantas aguas claras y ligeras
De aquellos arbolillos,
De las aves sonoras placenteras
Los trinos, el ruido y el mormullo,
Te servirán de lisongero arrullo.
No soñarás, te juro;
Y en caso que tú sueñes, dueño mio,
Será sueño seguro
De terror y fastidio,
Será agradable y dulce como el puesto
Que á conciliar el sueño te he dispuesto.
Despues, si tú quisieres
Dar un paseo, no me de conducirte
A donde mil mugeres
Pretendan envidiosas maldecirte,
Y mil hombres ansiosos de burlarte
Empiecen con mentiras á engañarte.
A la corte dexemos
Ese, que allí paseo delicioso
Llaman: acá busquemos
Otros, cuyo placer sea gozoso

Encontrar en el campo ameno, ó llano,
Uno por cada dia de verano.

De vuelta del paseo,
Teatro, ni tertulia concurrida
No pida tu deseo,
Como en la corte se halla establecida:
Se juntan en mi casa mil pastores,
Y tratan várias cosas, y aun amores.

Despues de esta asamblea,
En que ni la virtud ni honor se ofende,
Y el alma se recrea,
Y por el campo de placer se extiende;
Cada uno se recoge á su cabaña,
Con paz, que entre los grandes es extraña.

Ni pienses que se olvide
La dulce idéa del amor, Augusta:
El campo nunca impide
Una pasion que al alma tanto gusta;
Antes con su quietud y diversiones
Se llenan mas de amor los corazones.

Si es natural instinto
El principio de amor en nuestro pecho,
En el verde recinto
Siempre se halla gozoso y satisfecho;
Pues en el campo la naturaleza,
Ostenta su primor y su grandeza.

• • •

Verás como el gilguero,
Entre los ramos de vergel, parece
Que obsequia placentero
A la gilguera que su amor merece:
Dulzuras la persuade quando canta:
Su corazon anima á su garganta.

¡Si vieras quál corteja
El eficaz pichon á su consorte!
¡Qué fino la festeja!
No hay tan finos amantes en la corte.
Verás como ella paga su fineza
Con gusto, con alhago y con terneza.

El toro bruto, horrendo,
Feroz, precipitado y espantoso,
Se ve menos tremendo
Que se despoja de su ardor furioso;
Y se llega á su vaca tan rendido
Como el galan mas tierno y derretido.

Hasta las plantas tienen
Sus lances amorosos extremados:
Verás como entretienen
Las vides á los olmos abrazados:
Mil brazos de sus pechos van saliendo,
Y todos á los olmos ofreciendo.

Mil veces me ha pasmado
Al ver como el imperio de Cupido

Mas lejos ha llegado
Que el del conquistador mas atrevido.
Filósofo yo soy. . . y te prometo
Que estuve por rendirte mi respeto:
Con que si tú quisieres
Abandonar la corte, fausto y arte,
Y si no te atrevieres
A dexar del amor el estandarte;
Ven por acá, que aquí te buscarémos
Un amante tal qual como le hallemos.
Si ya (como se estila)
Tuvieres en la corte quien lo sea
En posesion tranquila;
Contigo le traerás á que esto vea,
Como sus artificios no adulteren
La sencillez de aquellos que lo vieren.
Pero si el tal amante,
(No obstante que en la corte se ha criado)
Fuese fino y constante,
Discreto sobre todo y moderado;
Le nombrarémos rey de los pastores,
Y juez de este distrito y sus amores.
Augusta, no te rias
De lo que vá mi pluma á proponerte:
De tus coqueterías
Me temo contra mí quieras valerte:

Iba á decirte... mas... no digo nada,
Que te estoy viendo echar la carcajada.
Pero allá voy no obstante,
Decia: que si acaso no tuvieres
A estas horas amante,
Ni buscarle quisieres...
Aquí estoy yo... filósofo.... sin duda;
Mas piensa que el amor todo lo muda.
Del ciego dios alado
He visto mas milagros prodigiosos,
Que hay en el verde prado
Flores y paxarillos armoniosos:
Hace jocoso al serio, alegre al triste,
Y á su suave poder nada resiste.
¡Quántos conquistadores
Perdiéron de sus triunfos todo el fruto,
Porque de sus amores
Marte ofreció á su Venus el tributo,
Y marchito el laurel de sus proezas
Con mirto coronáron sus cabezas!
¡Quántas veces los jueces
De su recta justicia se olvidáron,
Y en injustos dobleces
Su vara á las beldades inclináron!
¡Quántas veces de recta la han torcido
En arco corcobado de Cupido!

¡Quántas el marinero,
Insigne por el arte y valentía,
Se escapa del severo
Océano, que riesgo le ofrecia
En los golfos, escollos y en arenas,
¡Y viene á naufragar en las sirenas!

Mas exemplos citára,
Si fuera necesario el ir probando
Una verdad tan clara,
Que todos pueden ir atestiguando:
Llegue su mano cada qual al pecho,
Los milagros verá, que amor ha hecho.

Verás con qué presteza
Me quito aquesta barba respetada;
Verás esta cabeza
Con flores y con cintas adornada;
Y en un vestido alegre y primoroso
Trocado el sayo obscuro y espantoso.

De mi filosofia
Estos despojos juntaré, y haciendo
Una ara sacra y pia,
Irélos á mi Venus ofreciendo
Con dos palomas, para que propicio
Su númen no desprecie el sacrificio.

Y luego te aseguro
Que ayer á un arroyuelo me miraba:

Por Cupido te juro
Que un rostro regular representaba;
Y bien sea verdad, ó bien deseo,
Yo me decia, no, no soy tan feo.

Mis ojos no se viéron
Ni chicos, ni llorosos, ni apagados:
Sabes que merecieron
Ser de otros (¡qué hermosos!) bien mirados:
Los dientes aun conservan su blancura,
Y el uno y otro labio su frescura.

Vamos á otros; suspiran
Cada dia los hombres nada hermosos:
Las damas los admiran
Como prodigios raros y pasmosos;
No es el amor por cierto en las mugeres
El que distingue mas de pareceres.

Yo mismo quando niño
(Pasé aquel tiempo alegre como sueño)
Fuí visto con cariño
De una deidad, que me llamó su dueño:
Tú puedes repetir lo que ha pasado
Mil años ha, si sigues lo empezado.

Este es el campo ameno,
Este soy yo filósofo, ó amante,
Este el tiempo sereno
Que pasa en un retiro semejante;

Mas no lo creas, ven á ser testigo,
Augusta, y á gozar de ello conmigo.

A las ninfas de Manzanares, ofendidas por un libelo que se le atribuyó al autor, con cuyo motivo salió de Madrid la noche última de Octubre de 1768.

Ninfas de Manzanares,
Felices y adorables semidiosas,
Oid de mis pesares
Los ayes y las quejas lastimosas:
Tantas aguas no lleva vuestro rio,
Como lágrimas vierte el llanto mio.

Madrileñas divinas,
Cuya dulzura, ahogo y genio afable,
Cuyas miradas finas
El genio ablandarán mas intratable;
Si al Cielo pide el hombre su consuelo,
Yo mi consuelo pido á vuestro cielo.

Algun astro zeloso
De la inmensa fortuna, que gozaba
Mi corazon dichoso,
Mis indecibles dichas envidiaba;
Y por tanto cortó con golpe ayrado
Mi vuelo, hasta los cielos remontado.

Y si fuisteis diosas
En el castigo acerbo que me disteis,
Y mugeres furiosas
Por el mal proceder con que lo hicisteis,
(Pues por un crímen nunca comprobado
Fuí ántes que convicto, castigado):
Volved á ser deidades;
La bondad vuélvase á vuestro pecho.
¡Ah! cesen las crueldades,
Y unid el corazon que habeis deshecho;
Así como despues que el rayo aterra,
El iris une al Cielo con la tierra:
Para que el corazon mio,
Sus penas olvidando y sus pesares,
Llegando á vuestro rio,
Las orillas besando á Manzanares,
Repita ya sin voces lastimosas:
¡Quán adorables sois, oh semidiosas!

SONETO

Probando que la ausencia no siempre es remedio contra el amor.

Quatro tomas de ausencia recetáron
A un enfermo de amores los doctores:

El enfermo sanó de sus amores,
Y los doctores sabios se mostráron.
Otros mil exemplares confirmáron
De la nueva receta los primores:
Los astros conocieron mis dolores,
Y sin duda sanarme proyectáron.
Me diéron de receta tan divina
Cincuenta tomas (que tomé con tédio)
Pero mas me agravó la medicina;
Pues tan opuesto al fin fué aqueste medio,
Que agonizando mi alma se imagina
Me matará el remedio sin remedio.

Quintillas de estilo, y conceptos antiguos sobre yerros amorosos.

Los yerros que una pasion
Face sopitañamente,
No son yerros; fierros son
Que aferrojan á la mente
Esclava del corazon.
De la misma guisa al duro
Saben prinder, como al blando,
Ca su temple es tan seguro
Que se va proporcionando,
Sandio al sandio, puro al puro.

Ligazon tan apretada
Non desface la razon,
Nin demedra contra él nada,
Si non de tiempo la accion
Con lima sorda y tapada.

E solo el tiempo es asáz
Forzudo de prevenirlos:
El es viejo, amor rapaz;
Ansi sabe bien asirlos
Por su fementida faz.

GUERRAS CIVILES

Entre los ojos negros y los azules.

Ardia el reyno entero de Cupido
En vandos y civiles disensiones:
El yugo del dominio sacudido,
Aspiran á qual mas los corazones:
Todo mortal se puso enfurecido
Contra sus infalibles decisiones:
Alguna vez el hombre libre habia
De rechazar tan dura tiranía.

Venus, acostumbrada eternamente
A ser de todo humano obedecida,

Miraba con furor é impaciente
A la plebe mortal tan atrevida:
La plebe la insultaba inobediente
En clara rebelion ya conocida:
El mas humilde y pobre ciudadano
Hablaba con estilo soberano.

La diosa en vano amenazaba fiera
La rebelde ciudad castigaria:
En vano publicaba placentera
Las quejas de la plebe escucharia;
Y en vano de benigna y de severa
Su cara en dos semblantes componia:
El pueblo enfurecido no escuchaba,
Y mas su desacato propagaba.

El templo de la diosa (que solia
Contener á millares los pastores,
Que en dulce enamorada melodía,
De sol á sol cantaban sus amores),
Vacío y solitario parecia,
Jardin ya despojado de sus flores:
Hasta los sacerdotes desertaban
De las aras del númen que adoraban.

Y como son furiosos los excesos
Que Venus en el hombre ha suscitado,

Cada dia el furor hizo progresos
En todo aquel imperio desgraciado:
Fuéron tan horrorosos los sucesos
Que estuvo el templo para ser quemado:
Ni aun lo sagrado intacto permanece
Quando la plebe manda, y no obedece.

Dexaban los pastores sus ganados,
Que libres se esparcian sin gobierno
Por valles, montes, campos y collados,
Teniendo otro cuidado mas interno:
De su apacible genio enagenados,
A Chipre convirtiéron en infierno:
Inferirás, lector de estos renglones
Quánto mudan al hombre sus pasiones.

Hubo amante muy fino y muy constante,
Que por ser de otro vando su adorada,
Fanático en su amor se hizo inconstante,
Y su pasion primera fué inmolada:
Alguna dama abandonó á su amante
Por la misma razon tan ponderada;
En fin, nada era amor, todo era abismo:
Tanto puede en el vulgo el fanatismo.

Ya veo á mi lector sobresaltado
Querer saber la causa de este evento:

Al que en un punto se halla interesado,
La incertidumbre es el mayor tormento.
Perdóname, ó lector enamorado,
Si tardo en referirte aqueste cuento:
He visto algunos sabios recrearse
En ver al ignorante atormentarse.

Diré la causa atroz de este fracaso;
Y si quieres lograr tan alto objeto,
El secreto ocultar en todo caso
Prométeme, lector, sabio y discreto:
Tu lengua no camine un solo paso;
Pues no hay cosa mas frágil que un secreto:
Lo mismo un confidente lo proclama,
Que todas las cien bocas de la fama.

Con motivo de hacerse un templo ufano
En Chipre á la deidad de los amores,
La imágen encargó su soberano
Al mas diestro de todos los pintores;
Y pues pintar deidades es en vano
Con los humanos débiles colores,
A la idea dexó lo inasequible,
Que ella suele alcanzar á lo imposible.

Guiado de su idea el nuevo Apeles,
Apura los primores de su ciencia,

Y nunca obedeciéron los pinceles
Mas sabios á copiar la inteligencia:
Jazmines, azucenas y claveles
Formáron una hermosa competencia:
Una parte alabar de este retrato,
Sería sinrazon, tras ser ingrato.

Pero el pintor, dudoso si pondria
Ojos negros ó azules á su diosa,
Materia que apurarse merecia,
Salió de su oficina primorosa
Para decir la duda que tenia
Al rey de aquella corte deliciosa:
Entró en palacio, su sentir propuso,
Y á tomar la respuesta se dispuso.

El rey dixo prudente: esta materia
No puede resolverse en un instante.
Quiero que en una junta grave y séria
Se trate una cuestion tan importante;
Pues de una luz humana la miseria
A decidir la duda no es bastante:
Cien matronas serán las congregadas
En las materias de ojos afamadas.

Llegáron por encanto en un momento
Las ninfas que se habian convocado:

Se les pidió el debido juramento
Sobre un altar á Venus consagrado:
Juráron el tratar sin fingimiento
Qualquier asunto que les fuere dado:
¡ Qué poca fé nos ha quedado, digo,
Quando se pone al Cielo por testigo!

El tribunal severo magestuoso
Se estableció en un bosque, en que nacia
Ya la yedra, ya el mirto voluptuoso;
Travieso un arroyuelo le ceñia
Su curso detenido, pues curioso
Oir este congreso pretendia:
Mil aves en los mirtos lo escucháron,
Y despues que lo oyéron, lo parláron.

Entráron las mugeres holandesas,
Mas blancas que la nieve y mas heladas;
Preciosas por su aseo las francesas;
Las turcas por los turcos despreciadas;
Hermosas en colores las inglesas;
De Italia las sirenas afamadas;
Casadas y doncellas (ó solteras),
Y viudas (reverendas embusteras).

Entráron las egipcias, las georgianas,
Asiáticos encantos las de Tiro;

Las altas y robustas circasianas;
Pero qué es, ¡oh Cupido, lo que miro!
¿Qué ninfas son aquellas que cercanas
Al mismo altar de la hermosura admiro?
¿Qué ninfas son aquellas, ó qué diosas
Tan vivas, tan agudas y garvosas?

Apolo, (cuyo curso quotidiano
De todo el orbe la redonda esfera
Llena de los favores de tu mano)
Suspende lo veloz de tu carrera:
Dime, ¿qué parte del jardin humano
Produce aquesta flor tan placentera?
Tus rayos de los suyos son despojos,
Pues tanto fuego dexas en sus ojos.

Ya conoces que son las celebradas
Ninfas del Manzanares, Ebro y Tajo:
El que mirare atento sus miradas,
Conocerá su gracia y agasajo:
Distinguirá estas ninfas adoradas
Con el vestido noble ó con el majo.
Tienen un no sé qué.... que quien las mira
No le olvida jamás, y mas le admira.

Dexad, ¡oh ninfas! que las extrangeras
Presuman de un color mas delicado:

Una mirada vuestra, ¡oh lisongeras!
Es rayo contra un pecho fulminado:
Vuestros hermosos ojos son esferas
Que inspiran con influxo declarado:
Aqueste rayo es tanto mas temible,
Quanto es por ser de un cielo irresistible.

Cese la digresion, al caso vamos:
Lector (la pluma se me fué) perdona;
Pues quando de las ninfas conversamos,
Toda dilatacion Venus abona:
A nuestro asunto principal volvamos,
Que con el fin se logra la corona:
Estoy para empezar con el Mantuano
Aquello de *arma, virumque cano.*

Mas como del desórden es la fuente
La conjuncion, dispuso una britana
Que á la nobleza en puesto preeminente
La plebe no llegase por profana,
Sino que en un parage diferente
Se sentase la gènte ciudadana:
Como en Lóndres (es facil que repares)
Se apartan los Comunes de los Pares.

Las sultanas, cacicas y duquesas
En mullidos de rosa están sentadas;

• • •

Mas allá las condesas y marquesas
Sobre alfombras de Tiro coronadas;
Hidalgas mas allá, se quedan tiesas
De verse entre señoras elevadas:
¿Orden entre mugeres? ¿quién creyera
Que todo el orbe junto consiguiera?

De diputadas de la plebe baxa
La cámara comun se componia:
La cómica asistia con la maja,
La naranjera y la limera habia:
Y las del grèmio atroz de la *naaja*,
Quinta esencia de majas se veia;
Y como en todas clases se enamora,
No hay clase que no dé procuradora.

Luego que se tomáron los asientos,
Una matrona noble y elegante
Su arenga pronunció á los parlamentos,
Y el punto declaró tan importante:
¡Qué tropos! ¡qué figuras! ¡qué ornamentos,
Hijos de la elocuencia altisonante!
Con atencion pasmosa lo escucháron:
Harto fué que el silencio conserváron.

Otra matrona fina y primorosa,
Sutil y delicada en estructura,

Alzó la voz y dixo artificiosa:
¡Quién hubiera pensado tal locura!
¿Esta materia puede ser dudosa?
Supremo tribunal de la hermosura,
¿De este pintor no es rara la demencia,
Pretendiendo formar tal competencia?

¿Quién duda que el azul, bello senado,
Es el color del Cielo? ¿Quién ignora
Que cielo llama el hombre enamorado
Al dueño idolatrado á quien adora?
Consta que el negro es mas adequado
Al llanto, de quien huye el que enamora:
Ergo, quiten lo negro y su tristeza
Del rostro que convida á la llaneza.

Dictámen tan horrible fué aprobado
De inglesas, holandesas y alemanas,
Con todas las del clima mas helado;
Mas no de las que al sol están cercanas:
De oji-negras doncellas un puñado
Contenían sus iras inhumanas:
Que alabasen lo azul las daba en ojos,
Pues lo negro es la niña de sus ojos.

Una holandesa dixo: los cabellos
Rubios sin duda son los mas hermosos,

Y ojos azules siempre andan con ellos,
(Y no los negros fieros y espantosos)
Con que fuerza será reconocellos
Por dignos de los rostros prodigiosos:
Del frio pecho la palabra helada
Carámbano del ayre fué colgada.

Guiñándose con gracia las malvadas
Del oji-negro vando, se reían
De ver á las contrarias, que empeñadas
Estaban en probar lo que querian;
Y como despreciaban enfadadas
El color de los ojos, que ofendian,
Ufanas en sus locos desvarios,
¡Qué negros os pusieron, ojos mios!

Hasta que una oji-negra toledana,
Cansada de escuchar tantos agravios,
Dixo: estarás, ¡ó ninfa! muy ufana
De lo que acaban de decir tus labios,
(Echando una mirada tan galana
Que bastará á rendir siete mil sabios):
Vaya ¡qué breve un pleyto se sentencia
Quando solo á una parte se da audiencia!

Los ojos negros, ¡oh, senado hermoso!
Toda la vida han sido conocidos

Por sabios en el arte primoroso
De saber hechizar nuestros sentidos:
Si el negro es tierno para el amoroso,
Es fiero para los envanecidos:
El ojo negro es arma tan segura,
Que su herida mortal no tiene cura.

He visto ojos azules apagados;
Quantos negros he visto son ardientes:
He visto ojos azules despreciados;
Los negros nunca son indiferentes:
Con fundamentos fuertes y sobrados
Á los negros declaro preeminentes.
Alarde no he de hacer de mi elocuencia,
Apelemos, si os gusta, á la experiencia.

Con júbilo aplaudieron las beldades
El discurso elegante, fuerte y vivo
De la dama oji-negra: á sus verdades
Sus ojos daban no sé qué atractivo;
Y hubiera persuadido falsedades
Con el mismo despejo persuasivo:
Retórica eficaz es á fé mia,
La que funda en sus ojos la energía.

Muchas este dictámen apoyáron
Con dulces y agradables reflexiones:

Las del opuesto bando se irritáron:
Los gritos añadiendo, á las razones
Se opusiéron: las otras impugnáron,
Y ardió su parlamento en confusiones:
Sobre materias ménos importantes
He visto yo disputas semejantes.

Esta descompostura en la nobleza
De la cámara egregia de los Pares,
Lector, habrá notado tu agudeza:
Te pido que á mas iras te prepares,
Que escuches de la plebe la fiereza,
Y con la de los nobles la compares;
Solo te advertiré que las mugeres
Son tercas en seguir sus pareceres

De la cámara baxa la eloquencia,
Con doble contonéo y remolino,
Una limera, maja de potencia,
Propuso el punto con primor ladino:
No hubo argumento en toda la magencia
Que no pusiese con pasmoso tino:
Los ojos y el hocico retorciendo,
Dixo: ¡naranjas! ¡pues! ¡qué tal! ¡ya entiendo!

Aquí estamos, muchachas del barquillo:
Habemos de firmar todas gustosas

Que no queremos ojos del soplillo.
Dixo otra maja de las mas famosas,
¿Los azules? por vida de Juanillo
Queden á las usías melindrosas...
Mi cielo amado tiene por luceros
Dos ojos negros como dos tinteros.

De una cara con ojos de baraja,
¿Qué casa haria yo con azulejos?
Pues no faltaba mas, dixo otra maja,
Con el dexo mas majo de los dexos,
En vano por lo azul vmd. trabaja:
Que se sentencie el pleyto por los viejos,
Dixo: no digo mas: acábese esto,
Que me temo por Dios un fin funesto.

Una chula famosa naranjera,
De los ojos azules abogada,
Dixo muy puesta en jarras: *anda fuera*:
No he visto lengua yo mas bien colgada.
Descanse vmd. que es lástima se muera
De las voces ardientes sofocada:
Sobre que digo yo que nunca he oido
Gilguerillo de pico mas pulido.

¡Vaya que tamañica me ha *dexao*!
Pero yo tambien tengo lengua y pico;

Y ya que sus vocablos he *escuchao*,
Oiga vmd. el *aquel* con que me explico:
Defenderé el color tan agraviado
Por las bellas palabras de ese hocico;
Y si negais de mi razon lo fuerte,
Vereis como me explico de otra suerte.

Bien! dicen unas : mal! otras dixéron:
Razones encontradas ostentáron:
Todas habláron y no se entendiéron:
Las bocas en su fuerte se encontráron;
Mas de ellas lo superfluo conociéron,
Y las uñas al lance prepararon:
Del argumento en el obscuro abismo
No faltará doctor que haga lo mismo.

Con esta variedad de pareceres
Las voces á los cielos han subido:
En la sala comun de las mugeres
Nunca mayores gritos se han oido.
Yo te pido, lector, que consideres
Lo fuerte de la bulla y del ruido:
Mis pinceles no son asáz sutiles
Para pintar batallas mugeriles.

En vano de la sala respetáble
Baxa un recado justo á las del trueno:

Estas al mensagero miserable
Despiden luego de baldones lleno;
Toma! (dixo una maja venerable)
¿Nos quieren las usías poner freno?
Mas valiera tambien que las usías
Gastáran entre sí mas cortesías.

De tanta gritería alborotados
Los páxaros huyéron al momento;
Y fuéron por las tapias y tejados
Contando lo sangriento de este cuento:
Habia mil pastores congregados
A oir la decision del parlamento,
Uno dixo: ¡mugeres! bien decia
Que en gritos y en araños pararia.

Luego que por el pueblo hubo volado
Con alas, como el ave, cierta diosa,
A quien con tantas bocas ha pintado
La pluma de Virgilio artificiosa;
El vecindario todo alborotado
Hizo la controversia mas furiosa.
¿Quién mete al necio vulgo en este punto,
Que es solo para doctos digno asunto?

Curioso, y con motivo suficiente,
Deseas que te diga el paradero

De estrago tan fatal y tan ardiente;
Mas soy historiador y verdadero:
Dexa que del archivo *fe faciente*
Saque algunos papeles que venero:
No sé cómo se escriben muchas cosas
Con ayre de verdades fabulosas

Prometo con prolixas narraciones
Decirte el fin del lance referido:
Luego que logre las apuntaciones
Que espero del archivo de Cupido:
Añadiré profundas reflexîones
De crítica y moral, como es debido:
Haré erudito alarde de profundo
En todas las doctrinas de este mundo.

Un hombre, que pronuncia misterioso,
Con cejas levantadas ó arrugadas,
En tono magistral y silencioso
De las materias menos elevadas,
Consigue ser tenido por pasmoso
Entre las gentes necias y engañadas;
Y el vulgo, que por necio se alucina,
Del grave necio admira la doctrina.

Pues si es tan facil, *Musa*, ser tenido
Por hombre sabio, docto é importante,

Yo no quiero quedarme deslucido,
Sino afectar un ayre interesante:
Prepárame, lector, tu amable oido,
Y admira de mi estilo lo arrogante
En estas discusiones; y ahora acabo
Gustoso, con que digas, bravo! bravo!

Con motivo de conocer al joven Melendez, de exquisito gusto, particularmente en las composiciones amorosas.

OCTAVA.

Quando Laso murió, las nueve hermanas
Lloraron con tristísimo gemido:
Destempláron sus liras soberanas,
Que solo daban lúgubre sonido:
Gimieron mas las musas castellanas,
Temiéndose entregadas al olvido;
Mas Febo dixo: aliéntese el Parnaso;
Melendez nacerá, si murió Laso.

Probando ser fábula la produccion de los cuernos en ciertas cabezas.

OCTAVA.

Moysés con cuernos pareció adornado,
Y no fueron sus cuernos verdaderos:
Dos cuernos á la luna han levantado
Los astrólogos vanos embusteros:
Al demonio con cuernos han pintado,
Porque son los pintores majaderos;
Pues si todos los cuernos son fingidos,
¿Por qué han de creer en cuernos los maridos?

Al estilo magnífico de Don Nicolás Fernandez de Moratin en sus composiciones heroicas.

CANCION.

El semi-dios, que alzándose á la cumbre
Del alto olimpo, prueba la ambrosía
Entre la muchedumbre
De dioses en la mesa del Tonante,
Y en copa de diamante
Purpúreo néctar bebe,

Al son de la armonía
De los astros, que en torno el cielo mueve;
Si desciende algun dia
Al mundo, le fastidian los manjares
Del huerto, viña, campo, monte y mares.
Desde que el campo elíseo al tierno Orfeo
Oyó cantar su amor en tono blando,
Y el ardiente deseo
De volver á lograr su dulce esposa,
(Cuya lira amorosa,
Miéntras duró sonando,
De Sísifo y de Tántalo un momento
Paró todo el tormento):
Ya no se admirará, quando
Algun mortal, al verse en tal delicia,
Las gracias canta á su deidad propicia.
Quien vió surcado el mar, minas, gigantes,
Sangrientas amazonas, gente extraña,
Y límites distantes
(De humana audacia no, mas sí del mundo)
Y el piélago profundo
Hiende con ancha nave,
Volviendo rico á España;
En el tranquilo hogar vivir no sabe,
Desprecia la cabaña,
La barca y red que le ocupó primero,

Antes que fuese osado marinero.
El jóven, que una vez del Tracio Marte,
De palidos cadáveres cercado,
Tremoló el estandarte,
Y en el carro triunfal fué conducido,
En su patria aplaudido con bélico troféo,
Y júbilo aclamado;
Por volver á la lid arde en deseo:
Ya desdeña el arado,
Hijos, esposa, padre, mesa y lecho;
Solo el guerrero honor le llena el pecho.
Y el que al divino Moratin oyere
Los metros que el timbreo Dios le inspira,
Y el brio con que hiere
La cítara de Píndaro sagrada;
Ya nunca mas le agrada
La humana voz ni sones
De otra qualquiera lira,
Por mas que suenen ínclitas canciones
Que necio el vulgo admira:
Canta pues entre todos el primero,
Y calle Ercilla, Herrera, Horacio, Homero.
Cancion, dile á mi amigo
Que me falta el aliento;
Y que quando cantar su gloria intento,
Callo mil veces mas de lo que digo.

ODA PINDARICA.

Al mismo.

¡Ay, si cantar pudiera
Los hijos de los dioses lira de hombre,
Y, qual trompa guerrera
De altísona armonía,
Que ambos polos atónitos asombre
Resonase la mia,
Hijo de Febo, joven prodigioso,
Qual se alzara mi numen orgulloso.

Se alzara por regiones,
Astros, esferas, mundos; y á su acento
Las celicas mansiones
Eco sacro darian,
Y los dioses del alto firmamento
A escucharme vendrian:
Anfion, y Orfeo no triunfaron tanto
Del mar, y hórrido reyno del espanto.

Creyéndome inspirado
Para cantar tus loores dignamente
Mandándomelo el hado,
Las musas castellanas,
Con lauro coronándome la frente,
Vendrian mas ufanas,

Que las de Tebas, quando el Dios del dia
A Píndaro portentos influia.

La cítara Lesbiana,
Que con marfil y pulso á trinar hecho,
Tañe tu diestra ufana,
En vano dulce amigo
Para cantarte aplico al blando pecho:
No resuena conmigo,
Como en tu mano armónica resuena,
De pompa, magestad, y gloria llena.

Resuena qual solia
La de Salicio y Tirsiro en lo blando
La dulce lira mia:
Parezco al imitarte
Pastor, que con su abena va imitando
La trompa atroz de Marte,
Que el zéfiro se rie, y se recrea,
Y la purpúrea rosa se menea.

Con lascivos arrullos,
Ya los páxaros juntan su armonía,
Y el rio sus mormullos,
Siempre manso y tranquilo;
Quando el mundo de horrores temblaria,
Del Orinoco al Nilo,
Si las ruedas del carro resonáran,
Y de Marte la trompa acompañaran.

Fatíganme en lo interno
Furias, trasgos, y manes, que aparecen
Del horrísono Infierno,
Y báratro profundo;
Y Sol, y Luna y Astros se obscurecen,
Y se anonada el mundo,
Rompiéndose ambos Polos con estruendo,
Y el caos primero, tímido, estoy viendo.

Euménides atroces
Su fuego en torno esparcen con silvido,
Y horrendísimas voces,
Con vivoras, serpientes,
Y culebras el pelo entretegido:
Los brazos relucientes
Con lóbrega vislumbre tan siniestra,
Que solo espectros, y fantasmas muestra.

La envidia las conmueve
Sacándolas del centro del abismo,
Y con ardid aleve,
En mi pecho las hunde
Con fiero ardor contra mi amigo mismo,
Porque mil zelos funde,
Quando la fama te aclamó Poeta
Con el son inmortal de su trompeta.

¡Con que permite el Hado
(Me dice en ronco son la horrible Dea)

• • •

Que perezca olvidado
Tu nombre con tu verso,
Y que de Moratin la musa sea
La que del universo
Haga sonar el uno y otro Polo
Con cítara que envidie el mismo Apolo!
Dixo: y su pecho lleno
De áspides ponzoñosas, y rencores
Me arrojó su veneno:
Ardióse el pecho mío
Qual seca mies del rayo á los ardores
Vibrado en el estío:
Tu nombre aborrecí con triste ceño,
Qual esclavo la mano de su dueño.
Mas la amistad sagrada
Con su cándida túnica desciende
De la empirea morada:
De virtudes un coro
La cerca, y con su manto te defiende:
Su carro insigne de oro
Deslumbra, y ciega al monstruo que me irrita,
Y al centro del horror le precipita.
Mirándome la Diosa
Con faz serena y plácida hermosura,
Dexó mi alma gozosa,
Qual esparce alegría

...

Rosada aurora tras la noche obscura;]
Dando consuelo el dia
Desde el lejano lúcido orizonte
Al hombre, al bruto, al ave, al campo, al monte;
Mi frente que arrugada
De mi alma mostró el cruel tormento,
Con mano regalada
Alzó, diciendo: vive
Con amigo tan ínclito contento:
Como tuyo recibe
El justo aplauso, y lírica corona
Que le da Olimpo, Iberia, y Helicona.
Aquellos que yo he unido
Con mis vínculos gratos y celestes,
Despues que hayan cumplido
Los dias de sus hados,
Castor, y Polux, Pilades, y Orestes
A Olimpo son llevados;
Y Júpiter, llenando mi deseo,
Eternos viven Piroto y Teseo.
Dexa á las corvas almas
La sátira, y rencor, y tus laureles
Junta á las sacras palmas
De Moratin divino.
No temen los amigos, si son fieles,
Las iras del destino,

Y al lado de sus versos asombrosos
Se admirarán los tuyos amorosos.

A el le ha dado Apolo
La cítara de Píndaro sonante,
Para que cante, el solo,
De Cárlos las hazañas,
(Oyendo desde el punto mas distante,
Américas, y Españas
Coronado en cada una de las zonas)
Y sus virtudes mas que sus coronas.
Y el hijo suyo digno
(Prole que á España dió próspero el Cielo)
Y aquel rostro benigno
De Luisa Parmesana,
De quien Castilla aguarda su consuelo,
Belleza mas que humana,
Y de Gabriél, y Luis las prendas tales,
Que serán con sus versos, immortales.

Y por probarse á veces
Cantará de la Patria, y sus Varones
Heroicas altiveces:
Escúchale entonando
Sagrados himnos, líricas canciones;
Y estándole escuchando
Suspenso el cielo, quedan sin empleo
Espada, rayo, lira, y caduceo.

Para él es digno asunto
Lo de México, Cuzco, y de Pavía,
Y Numancia, y Sagunto,
San Quintin, y Lepanto,
Y de Almansa, y Brihuega el claro dia,
(Feliz á España tanto!)
Pero tu... canta zéfiros, y flores,
Arroyos, campos, ecos, y pastores.

Dixo y fuese volando,
Dexando mi alma llena de consuelo:
Y un rastro fué dexando
De clara luz sagrada,
Desde la humilde tierra al alto cielo:
Su corona estrellada
En torno por el ayre difundia
Etéreo olor de líquida ambrosía.

Con motivo de haber encontrado en Salamanca un nuevo poeta de exquisito gusto, particularmente en las composiciones tiernas.

¿Ya no verán... ¡ó Tormes!
Tus áridas orillas
Los manes de Galeno,
Y del Estagirita.
Alza la anciana frente
Tanto tiempo oprimida,
Y esparce por el campo
Desde hoy jovial la vista.
¿No ves como se acercan
Con música festiva
A tus arenas sacras
El gusto y la alegría?
En torno de ellas vuelan
Los juegos y las risas,
Cerca vienen las musas
Del gran Febo seguidas.
En medio de aquel coro,
¿No ves como camina
Un joven, de quien tiene
Ganimédes envidia?
¿No escuchas que al acento
De su suave lira

Las nueve musas cantan,
Y el verde prado pisan?
Para adornar sus sienes,
Y cabellos que brillan
Mas que el oro, tributo
De las lejanas indias,
Texiendo van guirnaldas;
Y de Flora las ninfas,
Para traer las flores
Van y vienen á prisa.
Pues ese mismo jóven,
Es por quien tus orillas
Verán llegar las gracias,
El gusto y la alegría;
Huyendo de sus voces
Y célica armonía,
Los manes de Galeno
Y del Estagirita.

Al mismo.

Sigue con dulce lira
El metro blando y amoroso acento
Que el gran Febo te inspira;
Pues Venus te da aliento,
Y el coro de las musas te oye atento.
Sigue, jóven gracioso,

De mirto, grato á Venus, coronado;
Y quedará envidioso
Aquel siglo dorado
Por Lasos y Villegas afamado.

Dichosa la zagala
A quien le sea dado el escucharte,
Pues tu musa la iguala
Con la diosa de Marte;
Tal es la fuerza de tu ingenio y arte.

Aunque mas dura sea
Que mármoles ó jaspes de Granada,
Qual otra Galatea;
O sea mas helada
Que fuente por los yelos estancada:

Al punto que te oyere,
Te admitirá en su cándido regazo;
Si tu voz prosiguiere,
Te estrechará su brazo,
Y amor aplaudirá tan dulce lazo.

Y las otras pastoras
De envidia correrán por selva y prado,
Y verá la que adoras
El triunfo que ha ganado
Por haber tus ternezas escuchado.

¡Mas hay de aquellos necios
Que intenten competir con tu blandura!

Solo verán desprecios
De aquella hermosura
Que una vez escuchare tu dulzura.
Dirán su rabia y zelos,
En el bosque mas lóbrego metidos,
Injuriando á los cielos,
Y oyendo sus gemidos,
Responderán las fieras con bramidos.
Entrada del averno
Parecerá aquel bosque desdichado,
Y do tu metro tierno
Hubiere resonado,
El campo que á los buenos dará el hado.
Pasó mi primavera:
(Los años gratos al amor y Febo
¡Quién revocar pudiera!)
Y á juntar no me atrevo
Mi voz cansada con tu aliento nuevo:
Sino yo cantaría
Al tono de tu lira mis amores,
Y al tono de la mia
Cantarás entre flores
Como suelen acordes ruiseñores.
Sigue, sigue cantando:
No pierdas tiempo de tu edad florida,
Que yo voy acabando

Mi fastidiosa vida
En milicia y en cortes mal perdida.
 En alas de la fama
Tus versos llegarán á mis oidos:
Si la trompa me llama
A los mares vencidos,
Y á los indios de Apache embravecidos,
 O al antártico polo
Llevando las vanderas del gran Cárlos,
Dirame siempre Apolo
Tus versos; y á escucharlos
Acudirán los pueblos, y á alabarlos.
 Ni el estrépito horrendo
De Neptuno, que ofrece muerte impía,
Ni de Marte el estruendo
Turbará el alma mia,
Si suena en mis oidos tu armonía.
 Aun quando dura parca
Mayores plazos á mi vida niegue,
Y en la fúnebre barca
Por la estigia navegue,
Y á las delicias del elíseo llegue;
 Oiré quando Catúlo,
A la sombra de un mirto recostado
Con Propercio y Tibúlo,
Lea maravillado

Los versos que la musa te ha dictado.
Quando acudan ansiosos
Laso y Villegas al sonoro acento,
Repitiendo envidiosos,
¡Qué celestial portento!
¿A quién ha dado Apolo tanto aliento?
Y yo siendo testigo
De tu fortuna, que tendré por mia,
Diré: yo fuí su amigo,
Y por tal me queria,
Y en dulcísimos versos lo decia.
Haranme mil preguntas,
Puesto en medio de todos, de quién eres,
Y quántas gracias juntas,
Y á qué zagala quieres,
Y cómo bayla quando el plectro hieres.
Y con igual ternura
Que el padre cuenta de su hijo amado
Las gracias y hermosura,
Y se siente elevado
Quando le escuchan todos con agrado;
Responderé cantando
Tu nombre, patria, genio y poesía:
Y asombraránse quando
Les diga tu elegía
A la memoria de la Filis mia.

Sobre los peligros de una nueva pasion.

Sáficos-Adónicos á Cupido.

Niño temido por los dioses y hombres,
Hijo de Venus, ciego amor tirano,
Con débil mano vencedor del mundo,
Dulce Cupido.
Quita del arco la fatal saeta,
Dexa mi pecho que con fuerza heriste
Quando la triste, la divina Filis
Me dominaba.
Desde que el hilo de su dulce vida
Por dura parca feneció cortado,
Desde que el hado la llevó a la sacra
Cumbre de Olimpo.
Quando constante con promesa justa
De que ella sola me sería cara,
Aunque pasara las estigias olas
Con Aqueronte.
De negros lutos me vestí llorando,
Y de cipreses coroné mi frente;
Eco doliente me llevó con quejas
Hasta su tumba.
Sola la losa, que regué con sangre
De una paloma negra y escogida,

Fué repetida por mi voz la sacra
Justa promesa.

Sacra ceniza, repetí mil veces,
Sombra de Filis, si mi pecho adora
A ótra pastora, desde tan tremenda
Lóbrega noche.

Haz que á mi falso corazon asombre
Quanto las cuevas del averno ofrecen,
Quanto padecen los malvados, quanto
Sísifo sufre.

Júrolo Filis por tu amor y el mio,
Por Venus misma, por el sol y luna,
Por la laguna que venera el padre
Omnipotente.

Las losas duras á mi acento triste
Mil veces diéron ecos horrorosos,
Y de dudosos ayres resonaron
Túmulo y ara.

Dentro del mármol una voz confusa
Dixo: *Dalmiro, cumple lo jurado*:
Quedé asombrado sin mover los ojos,
Pálido, yerto.

Temo, si rompo tan solemnes votos,
Que Jove apure su rigor conmigo;
Y otro castigo que el de ser llamado
Perfido, aleve.

Entre los brazos de mi nueva amante
Temo la imágen de mi antiguo dueño:
Ni alegre sueño, ni tranquilo dia
Ha de dexarme.

En vano Cloris (cuyo amor me ofreces)
Y á cuyo pecho mi pasion inclinas,
Pone divinas perfecciones juntas
Ante mis ojos.

Ante mi vista se aparece Filis;
En mis oidos su lamento suena;
Todo me llena de terror y espanto:
Tímido caigo.

Lastima causen á tu pecho, ¡ó niño!
Las voces mias, mis dolientes voces;
Y si conoces el dolor que causas,
Lástima tenme.

La nueva antorcha que encediste apaga,
Y mi constante corazon respire:
Haz que no tire tu invencible mano
Otra saeta.

¡Ay que te alejas, y me siento herido!
Ardo de amores, y con presto vuelo
Llegas al cielo, y á tu madre cuentas
Tu tiranía.

Otros á Venus.

Madre divina del alado niño,
Oye mis ruegos, que jamas oiste
Otra tan triste lastimosa pena
Como la mia.
Baxe tu carro desde el alto olimpo
Entre las nubes del sereno cielo;
Rápido vuelo traiga tu querida
Blanca paloma.
No te detenga con amantes brazos
Marte, que dexa su rigor al verte,
Ni el que por muerte se llamó tu esposo
Sin merecerlo:
Ni las delicias de las sacras mesas,
Quando á los dioses lleno de ambrosía,
Alegre brinda Jove con la copa
De Ganimedes.
Ya el eco suena por los altos techos
Del noble alcázar, cuyo piso huellas
Lleno de estrellas, de luceros lleno,
Y tachonado.
Cerca del ara de tu templo en Pafos,
Entre los himnos que tu pueblo dice,
Este infelice tu venida aguarda
Baxa volando.

Sobre tus aras mis ofrendas pongo,
Testigo el pueblo, por mi voz llamado;
Y concertado con mi tono el suyo,
Te llama madre:
Alzo los ojos al verter el vaso
De leche blanca, y el de miel sabrosa:
Ciño con rosa, mirtos y jazmines
Esta mi frente.
Mi palomita con la blanca pluma,
Aun no tocada por pichon amante,
Pongo delante de tu simulacro;
No la deseches.
Ya Venus miro, resplandor celeste
Baxar al templo: tu belleza veo:
Ya mi deseo coronaste ¡ó madre!
Madre de amores.
Vírgenes tiernas, niños y matronas,
Ya Venus llega, vuestra diosa viene:
El ayre suene con alegres himnos,
Júbilo santo.
Humo sabéo salga de las urnas,
Dulces aromas que agradarla suelen:
Ambares vuelen, tantos que á la excelsa
Bóveda toquen.
Pueblo de amantes, que á mi voz acudes,
A Venus pide que á mi ruego atienda,

Y que á mi prenda la pasion inspire
Qual yo la tengo.

Coro de niñas.

Reyna de Chipre, diosa de Citéres,
Tú que á los dioses y á los hombres mandas,
¿Por qué no ablandas á la dura Cloris?
Mándalo Venus.

Coro de niños.

Reyna de Páfos, y de amores diosa,
Tú que á los pechos llenas de placeres,
¿Por qué no quieres que Dalmiro triunfe?
Mándalo Venus.

Primera niña.

Como la rosa
Agradecida
Da mil aromas
De sus olores
Al amoroso
Zéfiro blando,
Quando la halaga,
Y la rodea;

• • •

Primer niño.

Haz que reciba
En su regazo
Cloris afable
Al que la adora.

Coro de niños, &c.

Segunda niña.

Como la yedra
Halla en el olmo
Vinculo firme
Quando le abraza;

Segundo niño.

Haz que á su amante
Plácido rostro
Ponga la ninfa,
Quando le vea:
Pábulo nuevo
Halle su llama
En su querida
Dulce zagala.

Coro de niñas, &c.

A la Nave en que se embarcó Ortelio en Bilbao. (Sáficos-Adónicos).

ODA PARA INGLATERRA.

Ya dexa Ortelio la paterna casa,
Ya le recibes, navecilla humilde,
Ya queda lejos la jamas domada
Cántabra gente.
Nave que llevas tan amable vida,
Zéfiro grato llévete sereno,
Hasta que ponges á la amiga costa
Ancora firme.
Alce Neptuno el húmido tridente,
Abra las ondas para darte paso,
Salgan en coros Ninfas y Tritones,
Para guiarte.
Ni toques costa, ni movible arena,
Ni sople hinchado contra tu velámen,
Gúmena, y jarcia desde el alto polo
Hórrido Norte.
Las naves altas de cañon tremendo,
Con la bandera del amado Cárlos,
No te abandonen al atroz pirata,
Que Africa cria.

Ni temas golpes dé la suerte aleve:
Yo pido al cielo para tí bonanza;
Y al que le ruega por su dulce amigo,
Júpiter oye.

DON SANCHO GARCIA,

CONDE DE CASTILLA.

TRAGEDIA ESPAÑOLA

ORIGINAL.

ARGUMENTO.

Doña Ava, Condesa viuda de Castilla, madre y tutora del Conde Don Sancho García, Príncipe de tierna edad, enamorada de Almanzor, Rey moro de Córdoba, intenta dar veneno á su hijo por complacer á su amante; cuya ambicion aspiraba á ocupar el trono de Castilla, mas que á reynar en el corazon de la Condesa. El Cielo, visible y único Juez de los Soberanos, dispone que la Condesa beba el veneno que sus impías manos habian preparado para su hijo.

Este asunto ha sido tratado en las tablas de nuestro antiguo teatro, segun el gusto que dominaba en el siglo pasado.

He compuesto este drama confor-

mándome al estilo de esta era. Conozco yo mismo algunos defectos en mi tragedia: el público notará muchos mas. Creo merecer el perdon de los primeros por la sinceridad con que los confieso; y espero obtener el de los segundos por el dócil carácter del público español, acostumbrado á disimular las faltas de los AA., en cuyas obras se ven afectos de religion, honor, patriotismo y vasallage.

ACTORES.

ALMANZOR, Rey moro de Córdoba, amante de

DOÑA AVA, Condesa viuda de Castilla, madre y tutora de

DON SANCHO GARCIA, Conde de Castilla, educado por

DON GONZALO, Montero de Espinosa, noble anciano de Castilla.

DOÑA ELVIRA, sobrina de Don Gonzalo.

ALEK, Ministro de Almanzor.

Damas castellanas.

Soldados castellanos.

La escena es en un salon del palacio de los Condes de Castilla.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

ALMANZOR y la CONDESA, sin guardias ni acompañamiento.

CONDESA.

No te encuentro, Almanzor, como solia,
El rostro y pecho lleno de alegría.
Dime la causa atroz de tu disgusto:
Mi alma hasta saberlo está con susto.
Quanto placer tu amor me ha concedido,
No equivale al dolor con que he sabido;
Tu tristeza, si me amas, dilo presto.
¡Ay! mientras mas continuo, mas funesto
Es tu silencio. Un alma vacilante
¿Con quién podrá mejor que con su amante
Su tristeza contar para aliviarla?
Acaba de matarme, ó relatarla,
Si alguna vez mi pecho.

ALMANZOR.

No, Condesa.
No bastará el amor que me profesa.
Mayor que tu cariño es el cuidado

Que ves en mi semblante, fiel traslado
De lo que mi alma siente: es un abismo
En que peleo yo conmigo mismo.
En ansias tales consultar debia
Con tu talento la desgracia mia;
Pero lejos, te juro, de aliviarme,
La primera serás á atormentarme.

CONDESA.

Si supieras la pena con que veo,
Que lejos de agradar á mi deseo,
Aumentas con tus dudas mi quebranto;
Ese secreto no ocultáras tanto.
Qué habrá en el mundo que ocultarme debas?

ALMANZOR.

Mi pena contaré, como te atrevas
A darme tú el remedio con tu brio.
Pero lo dudo.

CONDESA.

De este pecho mio
¿Qué dudas? ¡qué te olvidas que en él mandas?
¿Quándo tus leyes no me han sido blandas?
¿No sabes quánto anhelo á complacerte?
¿Qué me pides? ¿la vida? Dame muerte.
Gustosa te daré el postrer aliento
Ese será mi mas feliz momento.
¿A Córdoba me mandas que te siga?

¿Ser yo tu esclava? ¿España mi enemiga?
¿Qué habrá, Almanzor, que de tu amor me aparte?

ALMANZOR.

Haber nacido Rey.

CONDESA.

Llega á explicarte:
Haré cuanto me digas.

ALMANZOR.

¿Lo aseguras?
¿Cumplirás lo que ofreces? ¿me lo juras?

CONDESA.

¡Ay cielos! Yo pensaba que tu pecho
Podia estar del mio satisfecho.
Esas desconfianzas de tus labios
Son de mi tierno amor nuevos agravios.
¿Por qué me pides nuevo juramento?
¿Por qué nuevas sospechas? ¿con qué intento
Me pides otra vez nueva promesa?

ALMANZOR.

Porque es mayor que todas, ¡ó Condesa!
La nueva gracia que á pedirte vengo:
Por eso á tu pasion tanto prevengo.
No recelo me falte tu fineza,
Mas sé de las mugeres la flaqueza:
Emprenden fácilmente quanto intentan;
Mas si dificultad experimentan,

Se apartan de la empresa que intentáron,
Tan fácilmente como la ideáron.

CONDESA.

No con razon arguyes de ligero
Al sexô mio: acuérdate primero
Del teson que he mostrado por mi parte
¡Oh, quánto me ha costado el estimarte!
Lo sabes: mis vasallos se opusiéron
Luego que mi cariño conociéron
En tu persona puesto. Ellos osados,
Y contra tu nacion preocupados,
De nuestro amor hablaban con injurias:
Corté sus vuelos, y calmé sus furias.
Yo sola, sin auxilio, ni consejos,
Rompí la nube que tronaba lejos.
Calló Castilla ya. Ya no se opone
Al yugo extraño, que mi amor la pone:
¿Qué habrá que yo no alcance y te conceda?

ALMANZOR.

Tal vez será lo que tu amor no pueda.
Es tal, que no me atrevo á proferirlo;
Pero en este papel quiero escribirlo. *Escribe.*

CONDESA.

Cielos, ¡qué miro! ¡qué turbado escribe!
¡Qué nuevo susto el corazon recibe!
¡Su mano tiembla, y tiembla el pecho mio!

¡ Ay ! ¿ qué será ? Parece desvarío
El susto que al turbarle me conmueve:
Agüero infausto contraerse debe
En el papel: parece que se anega
En sangre, que á mi mismo pecho llega.
Ya le acabó. Si dura mas, ¡ ay cielos!
Mi vida acabarian mis recelos.

ALMANZOR.

Si mi cariño, si mi bien deseas,
Lee el papel; y luego que le veas,
Harás, Condesa, quanto en él te pido:

Dándola el papel.

Si te falta valor, desde hoy te olvido.

ESCENA II.

CONDESA *sola.*

¡ O terrible amenaza ! tente, espera. . . .
¡ Qué dirá este papel ! Suerte severa !
¡Qué susto da su vista ! Y qué tormento
Al leerle temblando experimento !
Parece que una mano oculta y fuerte
(¡ O funesto papel !) me quita el leerte.
Leeré para salir de mis recelos.
Qué densa nube se interpone ¡ ó cielos !
Entre mi débil vista, y tus renglones ?
Salgamos con valor de confusiones:

Bebamos de una vez todo el veneno
Con firme labio, y corazon sereno.
No tiembles, mano, vista no te alteres;
Porque vea Almanzor, que las mugeres
No tienen ménos brio que los hombres.
Atiende, corazon, y no te asombres. *Lee.*
Mas, cielo, ¡qué he leido! Si me engaño:
Si grande fué el temor, mayor el daño:
¡O bárbaro Almanzor, indigno amante!
¿Qué daño has de temer de un tierno infante?
Del ídolo de amor, deidad demente,
¿Será mi hijo víctima inocente?
¿Aceptarás mi mano ensangrentada
En el seno filial, ¡ay Dios! manchada?

ESCENA III.

LA CONDESA, Y DOÑA ELVIRA.

ELVIRA.

Llegó, señora, el deseado dia,
Que ha de colmar tu alma de alegría.
Hoy del moro Almanzor la regia mano,
Temor del granadino y sevillano,
Tuya será. A tu Corte fué traido
Por tu fama, y fué en ella detenido,
Su venida ocultando y su morada,

Con la tregua que al fin está pactada.
Faltó ya la ficcion: ya descubristeis
Ambos el fuego que ocultar quisisteis.
De Castilla los pueblos y nobleza
Se opusiéron en vano á tu fineza.
Recibe de mi pecho... Mas qué mira
Tu criada leal? Lloras?

CONDESA.

Elvira,
¡Cómo se muda en horroroso objeto
El gusto que parece mas completo!
Verdad es quanto dices, fiel amiga;
Pero si quieres que mi horror te diga.
¿Cómo podré? Almanzor, fiero y turbado,
Este papel con inquietud me ha dado,
Diciendo: si me quieres ¡ó Condesa!
Si mi bien y mi mal hoy te interesa,
Haz quanto este papel por mí te pida:
Si no te atreves, Almanzor te olvida.
Fuése: tomé el papel: le abrí: leile...
Mas, cielos, qué rigor! Ay Dios, qué estilo!
No le repetiré, si tú deseas
Saber del moro el fin y las ideas,
Toma...

ELVIRA.

Señora, qué es lo que contiene?

...

CONDESA.

A los mas fuertes sustos te previene
Al leerlo: en él verás... Pero no, Elvira,
Dígantelo tus ojos. ¡Qué! ¿te admira
El principio? Prosigue. ¡Amor tirano!

ELVIRA.

"No te puedo ofrecer mi regia mano,

Leyendo.

„ Si contigo no parto el poderío.
„ Como tú lo serás del reyno mio,
„ He de ser yo señor de tus estados.
„ Deben ser á mi amor sacrificados
„ Quantos pueden el cetro disputarme:
„ Un hijo tienes: si has de desposarme,
„ Si tu mano, Condesa, ha de ser mia,
„ Primero ha de morir Sancho García."

Acaba de leer.

¡Que horror, señora!

CONDESA.

Elvira, ¿quién creyera
De dueño tan amable accion tan fiera?
¡Tal me pide Almanzor! ¡un hijo mio!
¿Dónde hallará mi pecho tanto brio?

ELVIRA.

¿Qué resuelves?

. . .

CONDESA.

¿Acaso puedo dudar?
Si tal delito á mi pasion concedo,
¿Qué fuego habrá en los cielos vengadores,
Que no prorumpa en rayos y en horrores?
¿Qué tierra habrá que sufra ser pisada
Por muger tan infame y desgraciada?
Pero aun quando la tierra me aguantase,
Quando el cielo sus iras no ostentase,
(Pues sufre alguna vez su ofensa el cielo)
¿Me dexaria el interior recelo?
El pecho, de su culpa fiel testigo,
De la interna quietud claro enemigo,
¿Me dexaria acaso un solo instante?
Entre los mismos brazos de mi amante
Hallaria terror en vez de gustos.
De su amor, ¿qué lograra sino sustos?
Junto al tálamo mismo yo vería
La deplorable imágen de García
Y su inocente pecho atravesado
Por mi bárbaro brazo ensangrentado,
Fuera vista mas triste y horrorosa
Que del infierno la morada umbrosa.
La imágen de su padre, que glorioso
De esta infame muger fué noble esposo,

Me parece que veo, y que me dice:
De un esposo tan fiel, viuda infelice,
¿No basta profanar mi augusto lecho
Con un dueño Africano? ¿satisfecho
No estaba tu delirio? ¿aun no basta?
A España privas de mi egregia casta
De nobles sucesores, destinados
A ser por todo el orbe respetados?
De amor, Elvira, abráseme la llama
Antes que yo consienta que la fama
Publique tanto horror. El Cielo quiera
Que ántes que Sancho por mi mano muera,
Mi brazo, al tiempo que el delito intente,
Salvando el corazon del inocente,
Se vuelva contra mí, porque mi espada,
Librándole, me dexe castigada.

ELVIRA.

Allí viene Don Sancho por un lado:
Por otro viene á paso acelerado
Alek, que es de Almanzor el confidente.

CONDESA.

Elvira ¡ó noble Elvira! aquí mantente:
Impide que Don Sancho hoy me mire:
Forzoso es que de aquí yo me retire,
Porque mi confusion me turbaria
Al ver y hablar al infeliz García.

Dile que vuelva hacia mi propia estancia.
A Alek oidó, tal vez la arrogancia
Del moro Rey se habrá trocado en ceño.
¡ Ay ! ¿ qué dirá de parte de su dueño ?
Salgo á encontrarle ; tú con gran cuidado
Haz que no me halle Sancho desgraciado,
Y que Almanzor...

ELVIRA.

No pierdas un instante,
Pues ya llega García, y de tu amante
El confidente. Entiendo tus ideas ;
Y haré, señora, lo que tú deseas.

ESCENA IV.

DON SANCHO, DOÑA ELVIRA Y DON GONZALO.

ELVIRA.

¿ A dónde vas, señor ?

SANCHO.

¿ Qué ? . . . No me admira
En poco tu pregunta. Dexa, Elvira :
Siguiendo voy mi madre, y mi señora,
Que he mirado de aquí salir ahora.

GONZALO.

Luego que el sol ha comenzado el dia,
A su madre tributa Don García

Su obsequio, en tantos modos merecido
Por madre y soberana. No les debido
El embarazo que á su anhelo pones.

ELVIRA.

Yo tengo, Don Gonzalo, mis razones.

SANCHO.

No las puedes tener.

ELVIRA.

Mi soberano
Eres, Don Sancho, y dueño tan humano,
Que audacia altiva mi rigor parece,
Y que por tanto tu furor merece.
Pero tu madre y mi señora...

SANCHO.

¡ Aleve !
¿Qué es lo que el labio á pronunciar se atreve?
¿Mi madre acaso puede haber mandado
Que el paso impida á su hijo amado?
Elvira, no lo creo: está mi pecho
Del amor de mi madre satisfecho.

ELVIRA.

Yo no tengo mas causas que exponerte
Que la de la obediencia, y es tan fuerte,
Que ella me hará sufrir quanto castigo
Invente ayrado tu rigor conmigo.

GONZALO.

Señor, pues Doña Elvira se mantiene
En observar las órdenes que tiene,
Y en no explicarlas, como si injusto fuera
Obligarla á decirlas, aguarda y espera
A mas tarde: vendrás, y así, García,
Podrás quejarte de la tiranía;
Mal dixe, la dureza con que quiso
No verte, como sueles. Ya es preciso
Dexar para otro lance tu demanda.

GARCÍA.

Tú me persuades, y mi madre manda.
Obedezco y venero, como es justo;
Pero mi corazon queda con susto.
Elvira, volveré. Dirás, te pido,
A mi madre, que la amo tan rendido,
Que ya la obedecí.

ESCENA V.

ELVIRA *sola*.

Guárdete el Cielo.
Mas la Condesa vuelve. ¡Qué recelo
Y susto viene impreso en su semblante!
¿Si tendrá nuevas priesas de su amante?

ESCENA VI.

LA CONDESA, Y DOÑA ELVIRA.

CONDESA.

¿ Volvióse Sancho ?

ELVIRA.

Sí.

CONDESA.

¿ Y qué te dixo ?

ELVIRA.

Con dominio y dolor, tu tierno hijo
Pidió y mandó que el paso le dexase:
Representéle ; instó que no estorbase :
Mantúveme : irritóse ; mas prudente
Don Gonzalo calmó su pecho ardiente.

CONDESA.

¡ O hijo tierno ! ¡ ó Sancho ! ¡ mi esperanza !
¡ Y de toda Castilla confianza !
¡ Tu madre tu verdugo ! El trono mio
Suplicio habrá de ser, en qué mi brio
Condene y execute los horrores
Que te anuncian del moro los rencores ?
¡ Ay ! no. Mi pecho no se atreve
A dar alguno lo que al otro debe.

ELVIRA.

¿ Con que al moro despides ?

CONDESA.

Calla, calla.
No sabes los asaltos en que se halla
Mi pecho combatido al escucharte.
No es todo de García: mucha parte
Ocupa el moro; y en afan dudoso,
Al bien de mi hijo cede el de mi esposo.
Al ir á resolverme titubeo,
Segunda vez mudando mi deseo:
Despreciando á Almanzor, vuelvo á García;
Desecho mi pasion; la llamo impia:
Yo misma me echo en rostro la locura
Con que olvidé de madre la ternura:
Me cubro de rubor, horror y espanto;
Al ver que cupo en mi delito tanto.
Ya quiero publicar del moro aleve
El cruel designio que á formar se atreve;
Y quando contra el moro mas me irrito,
Quando mi error y su furor medito,
A la dulzura de su nombre, Elvira,
En tierno halago se convierte mi ira.
Alek me acaba en este mismo instante
De apresurar de parte de mi amante
A que acelere el golpe. Alek, anciano,
Ignoraba el rigor del Soberano
Que daba la orden. Yo temblando el labio,

Se lo expliqué; y él noble, humilde y sabio,
Temblaba al escucharlo.

ELVIRA.

Y tú, señora,
¿Resuelves por el hijo que te adora,
O por el moro, que á reynar aspira?

CONDESA.

¿Por quién resolverá mi pecho, Elvira?
Aun dudo sin querer. ¡Ay! yo quisiera
Un alma fuerte, que ahogar supiera
De una indigna pasion el fuego aleve,
Y que quisiera á un tiempo lo que debe.

ELVIRA.

¿Cedes al moro, acaso?

CONDESA.

¡Cielo santo!
Tengo mi corazon delito tanto;
Pero no obstante, en mi virtud no fio:
Dudo entre el hijo y el amante mio:
Qualquiera de los dos que yo despida,
Una mitad fallece de mi vida.
No me dexes en tantas confusiones,
Mezcladas de delirios y razones:
Escarmienta en mi pecho combatido.
A ninguno el amor ha parecido
Mas suave, mas ameno y mas gustoso,

En el principio amable y engañoso:
Y á ninguno ha causado tal tormento,
Como en su curso infausto experimento.
Yo pensé que su imperio me sería
Blando sin su rigor, ni tiranía;
Y al ligarme sus rígidas cadenas,
Cargada me miré de susto y penas.
Huyé, Elvira, de amor. ¡Ay! ¡jóven eres!
Mira que en sus pesares y placeres
La pena siempre fué mayor que el gusto;
Ligero el bien, y continuado el susto.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ALEK, Y ALMANZOR.

ALMANZOR.

¡Como te dixe, ¿á la Condesa viste?
Dí, ¿cómo la encontraste?

ALEK.

Señor, triste.
Al verme conocí se conmovia:
Apénas al principio proferia,
En llanto prorrumpió: yo, que ignorante
Del secreto me hallé, quedé un instante
Inmóvil, sin saber de qué pendia;
Pero en medio del llanto que vertia,
Su pecho abrió, me reveló el secreto.
Luego que me explicó tu fiero objeto...

ALMANZOR.

¿Qué hiciste, Alek...

ALEK.

Temblar, como temblaba
La amante y madre, la infeliz Doña Ava.

ALMANZOR.

Despues del susto, que á tu edad anciana

Causó mi idea, al parecer tirana,
Como de un Rey prudente consejero...

ALEK.

Prudente sí, mas nada lisongero.

ALMANZOR.

¿No lo apruebas acaso?

ALEK.

¿Hablar me mandas?
¿Pero ha de ser con las palabras blandas
Aun que la adulacion dora el veneno;
O con el firme estilo con que el bueno
Guarda de la verdad las sacras leyes?

ALMANZOR.

Habla como se debe con los reyes.

ALEK.

Un Rey del Ser Supremo es un retrato:
A Dios solo será lenguage grato
La voz de la verdad: así es debido
Que te hable con estilo no fingido.
Adule, finja y mienta, si gustáre,
Quien ménos tu carácter venerare:
Tal vez de sus lisonjas mas gustoso
Oirás el atractivo delicioso,
Que el acento severo que pronuncia
La dura voz que la verdad anuncia.
Yo te diré verdades satisfecho

Quedará con decirlas este pecho,
Como queda tu oido desgraciado
Quando necias lisonjas ha escuchado.

ALMANZOR.

Es áspero el principio, duro y fuerte.

ALEK.

Paso pues, ¡ó mi Rey! á responderte.
Que la Condesa mate al niño tierno,
Objeto digno de su amor materno,
Por tu consejo, es crímen mas tirano
Que si tu le matáras por tu mano.
Y di, señor, ¿tu diestra no temblára
Si al inocente pecho se acercara
Con el hierro, ó veneno, conducido
Solo de tu ambicion? A su gemido
Y blandas manos, que alzaria al Cielo,
Pidiendo al Ser Supremo su consuelo,
¿No tembláras? ¿No temes la venganza
Del pueblo, que en él funda su esperanza?
Y de su misma madre el triste llanto
Al ver su infante muerto; y el quebranto
De toda aquesta Corte conmovida,
¿Tu mano no apartáran atrevida?
Pero supon que el Cielo tolerase
Delito tan atroz, y te dexase
En el trono usurpado castellano:

¿Te gustára ser Rey, siendo tirano?
¡Ay! no señor. La púrpura manchada
Con la inocente sangre derramada,
Fuera carga á tus hombros horrorosa.
Dexa á la fama que coloque ansiosa
Entre los Dioses sacros á los hombres,
Que por el lustre de gloriosos nombres
Roban despojos para adorno infame:
Dèxa que á fieras semejantes llame
Hijos amados la fortuna ciega:
Al darles triunfos, la quietud les niega.
Los prospectos, ya sé, de una conquista
Son agradables á la regia vista;
Y los que la ambicion llenar desean,
No distinguen los medios que se emplean:
Mas no conoces tú del castellano
El invencible amor al Soberano.
Adora á su Monarca. Aunque pudieras
Sus pueblos añadir á tus primeras
Tierras, en que dominas coronado,
Nunca conservarás este Condado.
Soberbio el español su sangre vierte
Defendiendo á su Rey. Gustosa muerte
Se le ofrece en la sangre que derrama,
Donde la guardia de su Rey le llama:
Del padre hereda el hijo la constancia

Este es el alimento de su infancia.
Las madres comunican fortaleza
Con la leche que nutre su terneza.
Al paso que leales son valientes:
En las fatigas duros y pacientes.
En mi jóven edad, señor, mi mano
Mandó tu tropa contra el castellano:
Vencióme, y le vencí, mas siempre fiero
De batallar con pueblo tan guerrero.
Su exército no tiene el aparato,
Superflua compostura y falso ornato
Que otras tropas ostentan en campaña,
Pues solo tiene de marcial la saña.
Le ví descalzo, flaco, pobre, hambriento
Buscar al enemigo, no al sustento.
Si alguna vez murmura un órden dado,
Executa obediente lo mandado;
Y el enemigo paga la imprudencia
Del xefe que mandó sin experiencia.
No es facil que jamas tal pueblo admita
El yugo atroz que tu ambicion medita.
Si quieres dar á siglos venideros
Timbres para tu fama verdaderos,
Imita á los Monarcas virtuosos,
Que se tienen por grandes y gloriosos,
Como sus pueblos venturosos sean.

¡Quán dignamente su vigor emplean
En hacer respetar á la justicia!
En cortar el progreso á la malicia,
Premiar virtudes, castigando vicios,
Y ofrecer á los cielos sacrificios
En tantas aras, como son los pechos
De vasallos que viven satisfechos!
De mi verdad el Cielo me es testigo:
Esto pienso, señor, y esto te digo.

ALMANZOR.

Corta fué mi pregunta; y tu respuesta
No fué ménos osada, que molesta.
Yo pedí pareceres, no consejos.
Desde hoy de mi persona vive léjos,
Y no contristes mas mi augusta mente:
Huye de mi presencia prontamente.

ALEK.

Señor, no extraño la desgracia mia,
Aun antes de empezar ya la sabia:
Mas la veia miéntras mas hablaba.
La verdad contra el riesgo me alentaba:
Si esta te ofende, tu desgracia siento;
Obedezco, mi Rey, de tí me ausento.

ESCENA II.

ALMANZOR *solo.*

¿De qué sirve vasallo que no adula?
¿De qué sirve ser Rey, si se le anula,
Por rigidos consejos de un anciano,
El despotismo que hace al soberano?

ESCENA III.

ALMANZOR Y LA CONDESA.

ALMANZOR.

En tu semblante hermoso, aunque tan triste,
Ya conozco, señora, que leiste
Aquel papel que mis designios muestra.
Alek tambien, aunque su voz siniestra
Solo me vaticina culpa ó muerte,
Me ha dicho que te ha visto: he de deberte
Fineza tal, que si parece odiosa
A tus ojos por madre, es mas gloriosa
Mirada como Reyna, á quien se humilla
Con el noble condado de Castilla
El cordobés Imperio. Le presento
A tus plantas en prueba y monumento

De que sabe Almanzor agradecido
Premiar el beneficio recibido.
Bien se que en la pueril ternura amante
Cuesta resolucion tan arrogante;
Pero espero, que ya considerado
El gran valor de la razon de estado,
Habrás juzgado accion menos impía
Sacrificar la vida de García.
Por si su muerte causa en esta tierra
Alboroto civil é interna guerra,
En Córdoba tendré dispuesta gente,
Que sostenga mi idea. Diligente
A verte volveré, donde tu mano
Me asegure el condado castellano:
Esto pienso, Condesa, y me asegura
Mi amor que me lo aprueba tu hermosura.

CONDESA.

Pues yo pensé, Almanzor, bien al contrario:
Creí, que en tu principio temerario,
La muerte pretendias de García,
Porque obstáculo fuerte parecia
A tu ambicion para obtener ufano
El supremo dominio castellano;
Al conocer el crímen horroroso
Que cruel tu propusiste á mi piadoso
Materno corazon, que siempre viste

Colmado de blandura, te corriste
De idea tan atroz; y que rendido
Me querias pedir diese al olvido
Las líneas, que tu crímen comprehendian,
Y en que á un tiempo ofendidos quedarian
La humildad, el Cielo, la nobleza,
Tu fama, mi virtud y mi terneza.
Creí que un héroe como tú tendria
Por falta de valor la tiranía,
Y por carga insufrible al brio humano
El cetro y el puñal en una mano.

ALMANSOR.

No, Condesa, no pienses que yo pueda
Ceder; tu corazon al mio ceda.
No me puedo apartar de lo propuesto:
Sin este sacrificio me es funesto
Tu amor; con él me fuera delicioso,
Y á mí, y á mis vasallos ventajoso.
El tiempo por instantes va faltando:
Mi genio altivo con el tuyo blando
Lo pasará en superfluas reflexiones.
A la razon de estado no hay razones
Que superiores sean, ni hay ideas
Que pesen mas.

CONDESA.

¡Tirano! porque veas

Quanto anhela mi pecho á complacerte,
Y á costa de un delito obedecerte,
Me resuelvo á que Sancho separado
De mí, y en un castillo aprisionado,
(Diciendo yo que ha muerto) pase triste
La vida, que arrancarle pretendiste.
Así conseguirás tu idea vasta.
¿No te basta este crímen?

ALMANZOR.

No me basta.
No pienses con tal arte entretenerme:
O Sancho ha de morir, ó has de perderme.
Resuelve, y breve, lo que mas te importe,
O dexame ausentarme de tu Corte.

CONDESA.

¿Qué escucho? ¡Qué impiedades me propones!
¿Trataste con humanos corazones,
O solo con las fieras que produce
La adusta tierra, de que se deduce
Tu orígen africano? ¿Al pecho mio
Propone tu ambicion tal desvarío?
¿La pérdida de un hijo ó de un amante!
¡Ay! ¡cómo merecieras que inconstante
Te negase, tirano, mi cariño,
Y le ofreciese entero al regio niño!
Pero tú me conoces dominada

De esta pasion, y mi alma esclavizada.
Bien lo sabes; y abusa tu fiereza
De mi pecho embriagado con terneza;
Pero no apures, no, mi pecho altivo:
Sabré morir si con martirio vivo,
Por no perderte, ni á mi Sancho amado;
(Duda, que tiene al pecho acongojado).
Yo moriré, Almanzor, ¡y con qué gusto!
¿Acaso al inocente imprime susto
El lúgubre aparato de la muerte?

ALMANZOR.

Fuera causa mas breve, y aun mas fuerte
De la muerte de Sancho. Sin respeto
Mi brazo emprenderia tanto objeto.
Esta menor edad de Don García
Disension en Castilla sembraría;
Y con tan favorable coyuntura
Sería su conquista mas segura.
Y pues esa amenaza de matarte
Puede ser en tus labios sutil arte,
Te digo: que bien muerta, ó viva, quiero
Coronarme en Castilla.

CONDESA.

Tan severo,
¿Prosigues con tu intento?

ALMANZOR.

Sí, Condesa.
Yo parto, pues mi ausencia me interesa;
O muera el que se opone á mi fortuna:
Qualquiera dilacion es importuna.
Firma en estos papeles, fementida,
El órden que acompañe mi partida
Hasta llegar al fin de tu frontera;
O toma aqueste acero, con que muera
Sancho. No digo mas. Condesa, advierte
Que mi ausencia decretas, ó su muerte.

ESCENA IV.

CONDESA.

¡Qué es esto, Cielos!, ¡qué fatal conflicto!
Cada mano cargada de un delito,
Y el débil pecho á cada qual propenso,
Mirando á la virtud, queda suspenso!
En tanta confusion, en duda tanta,
Lo que mas me complace, mas me espanta.
Pero ¿qué digo? El pecho acongojado
No caiga baxo el peso del cuidado.
No con vanas fantasmas de terrores
Han de dudar las almas superiores.
En su ignorancia temblará la plebe:

Al noble pecho mas vigor se debe.
Sí, vamos. ¿Pero donde? Yo lo ignoro:
A mi hijo quiero, y á mi amante adoro.
Pero mi amante una maldad me pide:
Merece por su crímen que le olvide.
Mas mi hijo me priva de un amante:
Debe ser inmolado el tierno infante.
Seré, si mato á Sancho, madre impía:
Si se ausenta Almanzor, ¡ay triste dia!
¡Qué pocos seguirán tu luz, ingrata!
Mas ¿qué interior impulso me arrebata?
Sí: ya siento de madre la terneza:
Ya me habla al pecho la naturaleza.
¡Ay, Sancho! vive: sí, vive, y la suerte
Dexe á tu madre que consiga verte
Reynar como tu padre. Quiera el Cielo
Que seas tú de mi vejez consuelo;
Y que despues de verte, ¡ó Sancho amado!
Mandar gloriosamente este condado,
Yo muera entre tus brazos quietamente.
Entónces sí que miraré presente
Del ciego amor el sacrificio que hago:
Entónces sí que me seria aciago
El haberte pospuesto á mis amores.
Dame, virtud, tus fuerzas superiores.
Sí: de Almanzor firmemos la partida.

¿De mi Almanzor? ¿Del dueño de mi vida?
¡Ay, no puede caber accion tan dura,
En quien él mismo halló tanta blandura!
Aparta, pluma, de mi mano impía,
Y no marche Almanzor: muera García.

ESCENA V.

LA CONDESA Y DOÑA ELVIRA.

ELVIRA.

Señora, con cuidado.... ¿Mas qué veo?
Lo que turbada miro apénas creo.
En tu mano un puñal! ¡ay! di: ¿qué es esto?

CONDESA.

Otro tengo en el pecho mas funesto.
Todo mi pecho ocupan los terrores,
Negros remordimientos y rencores.
¡Qué sombras! ¡qué visiones me amedrentan!
¡Qué invisibles verdugos me atormentan!
Conozco el mal horrible, le aborrezco,
Y lo que á otros preparo, yo padezco.

ELVIRA.

¿Y de qué nace tu infeliz estado?

CONDESA.

La muerte de Don Sancho he decretado.

ELVIRA.

¡Qué delito! Señora, ¿no decias
Que á la virtud sacrificar querias
Tan horrenda pasion? ¿Tu pecho mismo
No te mostró de errores un abismo,
Al ver del moro Rey las pretensiones?

CORDUBA.

¡Qué leves sois, humanos corazones!
A un ímpetu de amor, ó de locura
Cedió de justa madre la ternura.
Pintóme amor del moro la partida
Con tan tristes colores, que la vida
Perdiera por no verle ya marchando.
Su bella imágen, su atractivo blando,
Fuéron fuertes motivos que se uniéron,
Y á un crimen suficientes pareciéron.
Con tal resolucion la mano mia
Firmó la injusta muerte de García;
Pero, fuerzas del vicio producidas,
¿Quándo han sido algun tiempo mantenidas?
Desvanece sus sombras el delirio,
Y entónces ¡qué dolores! ¡qué martirio!
Ahora que con justas reflexiones
Exâmino el rigor de mis pasiones,
Ahora que ya veo quán mudado
Está en sensible mi feliz estado:

Al ver que en otros tiempos yo pasaba
Quieta la vida, que feliz lograba,
Y al presente entre sustos comprimida;
Toda muerte es mas dulce que mi vida.
Yo misma me aborrezco, me abomino
Contra mi vida, con rigor camino;
Y no tengo valor para arrancarme
Un corazon, que supo acriminarme?

ELVIRA.

¿Qué intentas, pues, señora?

CONDESA.

Yo lo ignoro:
Solo sé que suspiro, gimo y lloro;
Que cada vez se aumenta mi tormento;
Que temo el crímen, y temerle siento.
Llama á García, y dile... No, detente:
Sigueme; y mira en mi dolor presente
Lo que cuesta el delito mas gustoso:
¡Qué léjos de la culpa está el reposo,
Y que cerca del crímen el castigo!

ELVIRA.

Desgraciada Condesa, ya te sigo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ALEK *solo.*

Inconstante fortuna, aquí me tienes,
(Firme en tus variaciones y vayvenes)
No como en otros tiempos estimado
De mi Rey Almanzor, sino arrojado
De lo alto de la cumbre al precipicio.
¡Hiciste, ó suerte, tu comun oficio!
Feliz aquel que de la humilde vida
Nunca subió: no teme la caida.
Aquel que sube á la mayor privanza
Con susto fuerte y débil esperanza,
Previendo en cada caso de la suerte,
La vida triste, ó la infelice muerte,
Comprando con peligros los favores;
Apura de los hados los rigores.

ESCENA II.

LA CONDESA Y ALEK.

CONDESA.

Ya sé de tu desgracia el fundamento.

ALEK.

Decírtelo no puedo; no me siento
Capaz de revelarte por mis labios
La falta de mi Rey, ni mis agravios.

CONDESA.

Cruel es Almanzor.

ALEK.

Pero es mi dueño.
Con rostro humilde adoraré su ceño;
Y si de Rey pasando á ser tirano,
Me mata, besaré su regia mano:
Estas del buen vasallo son las leyes,
Por mas faltas que se hallen en los Reyes.

CONDESA.

Buen vasallo, ¡y tan mal recompensado!
¿Quién te defiende del rigor del hado?
¿Quién te conserva contra su inclemencia?
¿Quién consuela tu pecho?

ALBK.

La inocencia.

Ella sola me basta, y es sobrada
Contra los golpes de la suerte airada:
El infeliz que en su inocencia piensa,
Encuentra en su virtud su recompensa.
¿Y de qué la virtud nos serviría
Contra el acaso, fraude y tiranía,
Si no hubiese dispuesto el justo Cielo
Que en ella hallemos superior consuelo?
Su hermosa luz mas clara resplandece,
Quanto mas la fortuna se obscurece.
Caí: miéntras mas baxo, mas lo estimo:
Del arte de la Corte así me exîmo.
A Córdoba me vuelvo: humildemente
En mi casa tranquila é inocente
Mi vida pasaré. No es sacrificio
El que hago de la Corte su bullicio,
Qual juguete de niños ignorantes,
Que consume los años como instantes,
Divierte al joven, y al anciano enfada.

CONDESA.

Admiro tu firmeza.

ALBK.

Es dimanada
De que no aspiro mas que á ser honrado.

CONDESA.

¿Contra tu Rey no te hallas irritado?

XLERA.

Abomino á los hombres que se atreven
A dar censura á quien obsequio deben.
El Rey es como Dios: señora, atiende:
Quien mas le estudia, ménos le comprehende.
Yo marcho en fin, y con valor me hallo:
Conocerá Almanzor que un buen vasallo
No se suele encontrar tan fácilmente.
Me llamará, y entónces obediente
Yo volveré á sus plantas: sus enojos
Se borrarán con llanto de mis ojos.
Despues de haber vivido algunos años,
Meditando mis muchos desengaños,
Mas cuerdo volveré desde mas léjos:
Será mejor mi voto en sus consejos:
Mas útil le seré mientras mas sabio:
Con mas servicio pagaré mi agravio;
Y de verme mas apto á su servicio,
Por corto juzgaré mi sacrificio.
Si acaso su rigor fuere tan fuerte
Que me olvide èn destierro, y que la muerte
Me alcance en mi desgracia, ¡quán dichoso
Su momento será! ¡con qué reposo

Alek espirará! ¡con qué sosiego
De no haber sido injusto palaciego!

CONDESA.

Allí viene García, noble moro.
Si recibirle ó despedirle ignoro;
Y con la turbacion de mi semblante
Conocerá tal vez el tierno infante
El riesgo en que le pone su fortuna.
Tu presencia será mas oportuna:
Detenle, no permitas que me vea
Hasta que yo decida, y que mi idea
Acabe de una vez de reducirme.

ALEK.

Señora, en la virtud mantente firme.
Oye á tu corazon: su fortaleza
Es voz con que te habló naturaleza.
Nunca mienta, señora, el pecho nuestro:
Lo recto aprueba, y tacha lo siniestro.
No sofoques su luz con el nublado
Que causa la pasion: el desdichado
Que con disculpa engañarse intenta,
Su castigo en su daño experimenta.

CONDESA.

A Dios, Alek.

ESCENA III.

ALEK *solo.*

El Ente soberano
Dirija tus ideas y tu mano.
¡ O Ser supremo, cuya inmensa ciencia
Demuestra de los hombres la demencia !
Desnuda nuestros flacos corazones,
Del cúmulo horroroso de pasiones,
Que nos convierte en fieras.

ESCENA IV.

ALEK, DON SANCHO, DON GONZALO Y GUARDIAS.

ALEK.

¡ O García,
De Castilla esperanza y alegría!
Llega feliz : y tú, Gonzalo amigo,
El cielo soberano me es testigo
Del gozo que en tu trato he recibido
El tiempo que en Castilla yo he vivido.
Jóven feliz, que al mando destinado
Por ayo tan prudente estás criado...

SANCHO.

Alek, ¡ ó sabio Alek ! mi pecho siente

Tan oculto dolor, y tan vehemente,
Que ni explicarle, ni sufrirle puedo:
A su inmenso dolor por débil cedo.
Mi madre de su vista me separa.
Su vista, ¡ay cielo! ¡su presencia cara
Ha de faltar á tan rendido hijo!
Miéntras mas lo contemplo, mas me aflijo.
¡Si vieras quál mi pecho, acostumbrado
A sus blandas caricias, se ha turbado
Al ver que de su vista me desvia!
Ya para siempre se turbó la mia
Con llanto inagotable.

GONZALO.

¡Si tú vieras
Las duras quejas y amenazas fieras,
Con que Don Sancho arguye, enardecido
Con lo que le parece en mi descuido!
Dice que de su madre habrá llegado
A merecer la suerte de su enfado
Por falta, que él sin culpa ha cometido,
Y de que yo no le haya reprehendido.
Sé las obligaciones con que vive
El que el empleo principal recibe
De maestro de un jóven, que se cria
Para mandar por sí la Monarquía.
Sé que un descuido, aunque paresca leve,

No como corto regular se debe;
Pues trae una horrorosa consecuencia
(Quando llega á mandar) su negligencia.
Tomé temblando cargo tan precioso:
Sigo con zelo: acabaré gustoso.
No creas que yo ceda de mi parte
Por mantenerte grato y adularte.
Mal tu tierno cariño pagaria,
Si excusára tus faltas, ¡ó García!

SANCHO.

¿Pues de dónde procede la tibieza
Que en mi madre...?

GONZALO.

Tal vez es tu terneza
Quien te la representa, sin que sea
Tal como la fingió tu tierna idea.

SANCHO.

No, no, que el pecho me lo dice.
¡Ay madre!

ESCENA V.

Los de la anterior, LA CONDESA, DOÑA ELVIRA, DAMAS Y GUARDIAS.

SANCHO.

Aquí está Sancho el infelice.

CONDESA.

En vano, Elvira, quise no mirarle:

A Elvira.

Mi corazon me arrastra por hablarle.
¡Hijo querido infante! mi García,
Llega á mis brazos, llega.

SANCHO.

Madre mia!
Dexa bañar tus plantas con mi llanto;

Se arroja á los pies de su madre.

Dexa que desahogue mi quebranto
En la ternura de tu amor materno,
En la dulzura de tu pecho tierno:
Pues hijo me llamáron esos labios,
Respondan con cariño á mis agravios.
Sí, madre, agravios grandes tú me hiciste,
A mí, á tu hijo, sin delito, triste.
¿Por qué no me admitiste en tu presencia?
¿En qué pudo ofenderte mi inocencia?
Si alguna leve culpa he cometido,
¿Por qué no me la dices? Con gemido
Tristísimo y continuo, madre mia,
En ese corazon lo borraria:
Merezca al ménos...

CONDESA.

¡Ay! ¡qué pecho fiero

Se puede resistir ? Sancho, te quiero :

Alzándole á sus brazos.

No dudes de mi amor. En tí, bien mio,
Contemplo una virtud, admiro un brio
Superior á tus años. En tí veo
(¡O si será verdad, ó si deseo!)
De tu padre y mi esposo un fiel retrato,
Tan dulce á mis sentidos y tan grato,
Que adoro tu presencia ¡ Ay! no: te pido
No creas que mi amor hayas perdido.
Los negocios de estado me llamaban :
De mí misma, y de tí, me separaban;
Y aun ahora me llaman, hijo mio :
No temas, aunque veas mi desvío.
Con Alek y tu ayo te retira.

SANCHO.

Obedezco, y salgamos.

ESCENA VI.

LA CONDESA Y ELVIRA. LA CONDESA *hace una seña para que los* GUARDIAS Y DAMAS *se retiren.*

CONDESA.

¡Oh, mi Elvira!
¡Qué vil me ha parecido el artificio!

¡Qué pena me ha costado el sacrificio!
¿No notaste mi pecho quál temblaba,
Y el labio quán violento se explicaba?
¿No viste de mis ojos la porfia
Contradecir quanto mi voz decia?
Si dura mas, martirio tan violento,
Hubiera fallecido en el tormento.
Cediendo mi interés á mi cariño,
Me hubiera declarado al tierno niño.
Con su vista mi pecho se ha trocado:
Contra el mismo Almanzor le hubiera armado.

ESCENA VII.

Los de la anterior y ALMANZOR.

ALMANZOR.

Conozco que en tu pecho aun permanece
Tanto cariño, que pueril parece.
Aun no conoce su interes: y necio,
Trata su bien y el mio con desprecio.
Dime, de Elvira al mugeril secreto,
¿Por qué fiaste tan sublime objeto?

ELVIRA.

Porque sabe de mi alma la nobleza.

CONDESA.

Conozco de su pecho la entereza.

Desde niña en palacio se ha criado
En negocios muy graves á mi lado.
No menos que de mí, de Elvira fio:
Su pecho es uno con el pecho mio.
¡Así lo fuera el tuyo! de otra suerte...

ALMANZOR.

Ya parece imposible resolverte;
Y pues guardar á Sancho es despedirme,
Y no ceder, yo quiero ser tan firme
En mi resolucion: queda en la tuya:
Será razon que de tu corte huya.
Ya será peligrosa su morada
A mi persona, á riesgos entregada.
Ya pierdes á Almanzor. Desde hoy perdiste
(Porque tú conservarle no quisiste)
A un amante que fino idolatraba
La imágen de tu rostro: que aspiraba
A poner á tus plantas su corona:
Que por verte exponia su persona
En medio de Castilla, tierra ingrata,
Que siempre fiera al africano trata.
Pierdes á quien juraba (y lo cumpliera)
Serte constante el tiempo que viviera.
¿Es esta aquella fé que prometiste
Guardarme para siempre? ¡Ay de mi triste!
Condesa, si matarme pretendia

Tu amor, ya convertido en tiranía;
Si ya cansado de mi amor desea
Frustrar tu pecho mi constante idea;
No me lo digan tus ingratos labios.
Completa con mi muerte tus agravios:
Toma el puñal, que para Don García
En tu mano dexó la mano mia:
Dirige contra mí su punta: hiere:
Este es mi pecho. Si piedad hubiere
En ese corazon: si he de deberte
Algun corto favor; mi sangre vierte.
Si de constante la apreciable fama
Alguna vez tu corazon inflama,
Tu brazo, no tu boca fementida,
Me quite el grave peso de mi vida.
¿Ni gusto ni rigor de tí merezco?

CONDESA.

Solo tu vida y gustos apetezco.
¿Hice poco en decirte que á García
Mi mano en una torre ocultaria?

ALMANZOR.

Preciso es que matarle determines.
Esa excusa que opones á mis fines,
No la ideaste tú: será expediente
Del desleal Alek, cuyo insolente
Orgullo, con la capa de entereza,

Apellida virtud á tu flaqueza.
Su vida pagará su desacato.

CONDESA.

No creas, no, que Alek te sea ingrato:
Tu nombre adora, tu delirio siente.
Aquí estuvo: postrado y reverente
Habló de tu persona: tus pasiones
Hallaban en su boca reflexiones,
Que de excusa servian. Yo te juro
Que no tienes vasallo mas seguro.
Solo mi amor á un hijo desgraciado,
Que ha nacido de mí, que yo he criado
Al pecho mio, que mi amor merece,
Por quien su madre tu rigor padece;
Solo este amor tan eficaz y justo
Hace què mire tu rigor con susto:
Hace que la pasion que te he tenido,
Y á mis ojos tan suave ha parecido,
Se represente en este infausto dia
Como objeto de horror y tiranía.
¡Necia de mí, que de imprudencia llena
Oprimí el debil hombro con tal pena!

ALMANZOR.

¡Necio de mí (con mas razon lo digo);
Y el Cielo, el sabio Cielo me es testigo
Que fuí mas necio, no sabiendo osado,

En tu pasion inmensa confiado,
Valerme de tu amor para mi intento.
Te acuerdas, no lo dudo, del momento
Que en el jardin ameno de esta casa,
Por donde el Tajo entre laureles pasa,
(Perdona si en contártelo prosigo)
Al pie de un mirto, solos, sin testigo,
Léjos del fausto de la corte y fiesta,
Léjos de aquel bullicio que molesta,
Oyendo desde léjos la armonía
De una música suave, que aplaudia
La dicha de un amor correspondido;
Depuesto aquel respeto, que es debido
Entre regias personas, me dixiste
Con rostro amante, y con acento triste:
¡Oh mi Almanzor! ¡oh quán dichosa fuera
Si diferente ley tu fe tuviera!
Si, como hermoso, fueras tú christiano,
Yo ligara mi mano con tu mano.
Feliz union por siempre juntaria
Tu amable vida con la vida mia.
Pero pues no es posible esta alianza,
Y sin ella no es justa la venganza,
Pide Almanzor quanto deseas:
Castilla está á tus pies; y porque veas
Mi sincera pasion, pronuncia, manda.

Esto dixiste; y tu dulzura blanda
Tanto fuego á tus ojos infundia,
Que pasaban del labio la energía:
Entónces yo pudiera, y aun debiera
Valerme de ocasion tan lisongera.
Yo tímido no quise con tal arte
A mi justa ambicion determinarte.
Solo dixe: Condesa, si te espanta
Entre las leyes diferencia tanta:
Si el no ser mora tú, ni yo cristiano,
Me quita el enlazar tu hermosa mano;
Mira como la yedra, aunque distante,
Se abraza tierna con el olmo amante.
Si entónces Almanzor, ménos turbado,
Hubiera aquel momento aprovechado,
Tu hijo en sacrificio le ofrecieras,
Y qual me pierdes tú, no me perdieras.
A Dios te queda.

ESCENA VIII.

LA CONDESA Y DOÑA ELVIRA.

CONDESA.

Elvira, sigue al moro:
Dile que le amo, dile que le adoro,
Y que á su voz mi corazon se humilla:

Que reynará en mi pecho y en Castilla:
Que Sancho morirá.

ELVIRA.

Qué, ¿por tu mano?

CONDESA.

No será mi rigor tan inhúmano.
No con tanta crueldad: con artificio
He de hacer tan horrendo sacrificio.
Fingiré que Almanzor, la paz firmada,
De su regreso emprende la jornada:
Que en su obsequio un festin está dispuesto.
A Sancho un vaso con licor funesto
Un criado dará; cuya bebida
Acabe con mis sustos y su vida.
Corre, y dile á mi hijo que aquí venga,
Miéntras mando que al punto se prevenga
El banquete funesto á Don García.
Se ha llenado de fuerza el alma mia.

ELVIRA.

¿Mi boca ha de llevarle su sentencia?
Don Sancho es mi Señor, y en su presencia
Se partirá mi pecho noble.

CONDESA.

Calla.
¡Plausible excusa tienes de vasalla!
Mas no te necesito: ven conmigo.

¡O Cielo airado! tu furor consigo.
¿Ni un cómplice me dexas? ¿ni siquiera
Quien me obedezca? Pero, mas entera
He de ser, miéntras mas esté frustrada.
Ya está tu muerte, Sancho, decretada.

ELVIRA.

Confio, ¡ó Dios! en tus perpetuas leyes,
Que guardan las personas de los Reyes;

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO Y ELVIRA.

ELVIRA.

¿ Estamos solos ?

GONZALO.

Sí : solos estamos.

ELVIRA.

¿ De nobles castellanos nos preciamos ?

GONZALO.

Si me precio, y te precias justamente.
De nuestra sangre la ínclita corriente
Desciende de la mas noble montaña
De Asturias, venerada en toda España.
Nuestros abuelos fuéron nobles godos,
Todos leales, y guerreros todos.
Tu abuelo me crió : yo jóven era :
De su escuela aprendí la vez primera
El modo de empuñar la espada y lanza.
Tu padre, primo mio, y esperanza
De tu familia, fué mi compañero :
Sabio en la paz, en la campaña fiero.
Seguíle en diez batallas : á mi lado

Murió de un dardo el pecho atravesado:
Su sangre me bañó. Muriendo estaba,
Quando con voz, que débil le faltaba,
Me dixo: yo me muero: ya mi aliento
Faltó, no mi valor: muero, y contento.
De mi muerte feliz me aplaudo ufano,
Pues muero por mi patria y Soberano.
Mi cuna el campo fué: mi tumba sea:
Solo te pido que mi hija vea
En tí todo el cariño de mi pecho:
Si tal prometes, muero satisfecho.
Esto dixo, y murió. Desde aquel punto
De mi cuidado ha sido digno asunto
Tu bien. Pero si premias la ternura
Con que crié tu joven hermosura,
Te ruego no me ocultes las razones
De tu interior, cuidado y aflicciones.

ELVIRA.

De un secreto fatal turbada vivo.

GONZALO.

Desahoga conmigo el pecho altivo.

ELVIRA.

Ni puedo descubrirte, ni ocultarte
Asunto tan atroz: diréte parte:
Mas no, aunque si te oculto parte alguna,
La otra será á tu enojo importuna.

Dudosa en tal conflicto yo me hallo:
Si te hablo, infiel; y cómplice, si callo:
Pero por otra parte se interesa
Toda Castilla.

GONZALO.

Si de la Condesa
No fuera confidente, yo sabria
El secreto indagarte, Elvira mia;
Pero no me parece justo ahora.

ELVIRA.

Venero á la Condesa: es mi señora;
Pero el Conde en peligro tal se halla,
Que morirá, si Elvira te lo calla.

GONZALO.

Sobrina, me confundes. ¿Qué me dices?
Me llenas de sospechas infelices.
¿En qué peligro se halla el tierno Infante?
¿Por qué en decirlo tardas un instante?
Si yo puedo impedirlo, dilo presto.

ELVIRA.

Escucha, pues, el lance mas funesto,
Y prepara el remedio. Ya tú sabes
Que de Córdoba vino con los graves
Motivos de una tregua, que importaba
Al moro, y á la Corte de Doña Ava,
El tirano Almanzor. Formó ambicioso

El proyecto mas alto y monstruoso:
Rey de Castilla coronarse quiso;
¿Mas de qué modo? Aquí será preciso
Aumentes la atencion, porque no creas,
Que ayudando el valor á sus ideas,
Encomendase al brazo de la guerra
La baxa astucia que en su pecho encierra.
Cobarde es el traidor; solo es valiente
Quien lleva nobles fines en su mente.
Bien conoció Almanzor que Don García,
Aun jóven, duro obstáculo sería:
Determinó matarle; mas para esto
Aun meditó otro crímen mas funesto.

GONZALO.

¿Quál fué? ¿Quál pudo ser? No lo concibo.

ELVIRA.

Escucha, y tiembla. Su rigor altivo
Un tiempo se humilló: fingiéndose amante:
Duro en su pecho, y tierno en su semblante.
A la Condesa, madre de García,
Tutora suya, en quien Castilla fia,
Declaró su pasion, sirvio rendido:
Fingió: gustó el amor, aunque fingido.
La Condesa le oyó; por verdadero
Tomó el amor del moro lisongero:
Faltando la virtud, faltóle el brio,

Entregando al amante el alvedrío.
Luego que el moro vió que dominaba
Al engañado pecho de Doña Ava,
Su idea declaró, diciendo ufano,
Que no queria, sin reynar, su mano:
Que la razón de estado y el provecho
De su pueblo ocupaba mas su pecho,
Que su bien personal; y así pedia
Que si ella á su pasion correspondia,
Matase á Sancho, porque de este modo
En su mano cayese el mando todo
De Córdoba y Castilla.

GONZALO.

No me espanta
En el moro Almanzor codicia tanta.
No tiene la ambicion límite alguno:
Qualquier medio á su vista es opórtuno.
No dudo que el delito propondria.

ELVIRA.

Atérrete de amor la tiranía.
En vano la Condesa horrorizada
Se resistió: por fin cayó espantada
De la amenaza de perder su amante.
La muerte decretó del tierno Infante.

GONZALO.

Elvira, tente. ¡ Cielos ! ¡ santos Cielos !
¿ Qué escucho ?

ELVIRA.

Con congojas y rezelos
Me dixo sus intentos : mis oidos,
De tan fatal proyecto estremecidos,
Oyéron y dudáron lo que oyéron.
En vano mis afectos, pretendiéron
Oponerse á la muerte de García
Con justas voces á su madre impía:
Inútil todo fué. Gonzalo atiende:
En esta misma noche (¡ ay Dios !) pretende
Con un veneno atroz...

GONZALO.

¡ O Cielo santo !
No sufra tu bondad delito tanto.
Le impediré, te juro : ya me siento
Del Cielo vengador noble instrumento
Para impedir el crimen meditado.
¡ Mi Soberano ! (¡ ay Dios !) mi brazo armado
Le apartará del fiero precipicio:
Será mi vida justo sacrificio
Que le liberte : yo, yo mismo quiero
Ser víctima feliz del moro fiero.
De la copa en que beba Sancho, Elvira...

ELVIRA.

Señor, tu lealtad de amor delira.
¿No encuentras otro modo que lo impida?

GONZALO.

El modo mas feliz será mi vida.
Declarar al Infante lo ideado,
Es decir el delito que ha pensado
Doña Ava; y ésta no, por ser traidora,
Dexa de ser su madre, acreedora
A la veneracion. Pero allí viene
El moro. ¡Qué arrogante se mantiene!
Está pronta, y avisame el instante
Destinado al delirio del amante.
Bien puede de Almanzor la tiranía
Añadir contra el pecho de García
Del infierno el furor á sus furores:
Gonzalo soy: desecha los terrores.
Mira como se acerca placentero,
¡Sereno rostro y corazon severo!
¡Qué quieto en el peligro! Héroe parece,
Si un malhechor tal nombre se merece.
Con García se acerca discurriendo.

ELVIRA.

Tu vida y la de Sancho te encomiendo.

ESCENA II.

DON GONZALO, ALMANZOR, DON SANCHO, *guardia de moros y castellanos.*

ALMANZOR.

¿Quién tales sentimientos te ha inspirado?
Tan noble corazon ¿quién te ha formado?

SANCHO.

El hidalgo que ves, su noble zelo
Me cria.

GONZALO.

¡Ah, señor! el alto Cielo,
Que guia las acciones de García,
Le inspira elevacion y valentía.
Su persona, señor, de Dios recibe
Las altas prendas con que sabio vive.
Yo solo he cultivado la semilla,
que el Cielo derramó sobre Castilla.

ALMANZOR.

Mi marcha he de empezar.

SANCHO.

¿Quándo?

ALMANZOR.

Mañana.

Y dispone tu madre y soberana
Se celebre la tregua concluida
Por víspera feliz de mi partida.
Convidando al banquete á su grandeza
Me obsequia con primor y con nobleza.
Conoce el interes de mi alianza:
Y fundando en las paces su esperanza,
Con Córdoba á Castilla ha reunido.
Tú, Sancho, por los Cielos escogido
Para ocupar el trono castellano,
Tu tierna mano enlaza con mi mano.

Dándole la mano.

Y ofrece mantener...

SANCHO.

Yo te prometo
Que será tu amistad mi digno objeto.
Miéntras convenga al bien del pueblo mio,
La guardaré con fe; pero con brio
La romperé, si veo no conviene.
Ya ves que el Cielo confiado tiene
La suerte de su pueblo al Soberano;
Y que éste de humilde, ni de ufano
No debe mantener la paz, ni guerra,
Si el bien del pueblo su tenor no encierra.

ALMANZOR.

Me importa mucho el lazo tan estrecho

De Córdoba y Castilla. De tu pecho
Lo mismo espero. Al puesto señalado
Vamos. En él dispone justo el hado
Se confirme mi anhelo y esperanza.
Acude, Sancho, con la confianza
De que tu madre espera tu presencia.

SANCHO.

Lleguemos, pues, con viva diligencia.
Y tú, Gonzalo, pues tu noble cuna
Te eleva á lo mayor de la fortuna,
A mi lado estarás. Si la Condesa
Manda que ocupen puestos en la mesa
Todos los Grandes, pocos lo merecen
Como tú, mi Gonzalo.

GONZALO.

No parecen
Tan dignos de este honor los que opulentos,
En medio de delicias y contentos,
Su vida pasan en descanso ocioso,
Como los que en esmero mas glorioso,
Defendiendo la patria y Soberano,
Las armas llevan en su egregia mano;
O asisten al consejo con la ciencia,
Que naçe del estudio y la experiencia.
No fuí yo de los nobles embriagados
De su luxo, su fausto y sus estados:

De aquellos necios, que en el ocio blando
Sus inútiles dias van pasando
Sin servir á su patria, ni á su dueño:
Siempre su vanidad miré con ceño.
Nietos indignos de predecesores,
A mejor descendencia acreedores.
Solo me acuerdo yo del padre mio
Para imitar sus prendas con mi brio:
Si al acordarme de él no le imitára,
El corazon del pecho me arrancára.
De mi niñez apénas yo salia
Al mando del abuelo de García,
Mi tierno brazo con la lanza armado,
La dureza adquirió de buen soldado.
Jóven mandé pequeños cuerpos sueltos:
Guiélos entre polvo y sangre envueltos.
No el número, mi exemplo los guiaba
Al templo de la gloria, que asaltaba.
Vencia con su fuerza mi presencia.
Despues, quando mas lleno de experiencia
Cumplí mayor edad, señor, mi mano
Las banderas mandó del castellano:
Si con acierto, dígalo la gloria:
Aun conservan las tropas la memoria.
Llegada mi vejez, en tu crianza
Fundé yo mi deber, y su esperanza

Tu Corte: de este modo te he servido:
Feliz de haber tal lauro conseguido.
Me distingues, señor, y yo he logrado
Merecer un reposo no envidiado.
La distincion que un Soberano hace
Entre sus nobles, tanto satisface
Al que por sus servicios la recibe,
Como estimula al que en el ocio vive.
Vamos, señor.

ALMANZOR.

¡Soberbia castellana!

GONZALO.

Y la experiencia prueba que no es vana.

ALMANZOR.

Parece que tu madre, Sancho, viene

SANCHO.

El semblante turbado y triste tiene.

ALMANZOR.

No lo creas, García; antes debiera,
Si alguna pesadumbre padeciera,
Desecharla en el dia que el tratado
Queda con tanto gusto confirmado.
Mas te equivocas. En su rostro miro
No sé qué nuevo lustre, qué yo admiro:
En sus ojos ¡qué fuego! ¡y qué viveza!
En su semblante augusto ¡qué nobleza!

¿No ves en medio de su Corte hermosa
Quál viene, mas que todas, magestuosa?
¿No ves como al acento de su boca,
Que al pecho limpio de sus nobles toca,
Todos suspensos van envanecidos
De estar á tal señora sometidos?
Mira ¡con qué dulzura! ¡con qué agrado
A sus vasallos habla! ¿Lo has notado?

ESCENA III.

Los de la anterior y la CONDESA, CON ELVIRA, *y damas castellanas.*

CONDESA.

Corónese, Almanzor, ya tu deseo.
Pocos instantes faltan... ¿mas qué veo?
¡Sancho!

SANCHO.

Señora, ya me referia
Que debia sus gustos á este dia
El Rey, y que contigo ya ha pactado
Treguas entre su Reyno y mi Condado.
¡Mas pareces turbada y distraida!
¿Qué es esto, madre?

ALMANZOR.

Si de mi partida...

CONDESA.

El tiempo no se pierda, al punto vamos:
A las mesas dispuestas acudamos.
Sigue, García, á tu leal amigo.
Al uno y otro con presteza sigo.
Atravesad la pompa con que ostenta
Mi palacio las paces, que presenta
Al valiente Almanzor.

ALMANZOR.

Ven, pues, García.

SANCHO.

Vamos. Ya te obedezco, madre mia.

ESCENA IV.

LA CONDESA, ELVIRA *sin guardias.*

CONDESA.

¿Qué te suspende el corazon, Elvira?

ELVIRA.

Su suerte, el Cielo y tu rigor me admira.
Quando miro á Don Sancho, y considero
Llegar al sacrificio este cordero:
Quando contemplo al Cielo tolerarlo,
Y tu pecho, señora, proyectarlo;
Dudo si fuiste origen de su vida:

Y pregunto : ¿por qué el mortal sugeto
Es del ciego destino triste objeto?

CONDESA.

No pretenda indagar tu necia idea
Quál de los Cielos el decreto sea.
Cumple el mortal con solo venerarle:
Le debe obedecer, no investigarle.
Es un enigma al necio pecho humano:
Ni aspires á saber del Soberano
Las máximas, porque secretos tales
Piden solo obediencia á los mortales;
Sin que sin ser culpado el hombre quiera
Tan no accesible penetrar esfera.
Sígueme, y calla.

ELVIRA.

¿A dónde?

CONDESA.

Ven conmigo.

ELVIRA.

Perdóname, señora, no te sigo.
¿Cómo quieres que yo la vista aguante
Del moro audaz y el infeliz infante!
Y mas la vista de una madre aleve,
Que le engendró, y á tal rigor se atreve.
Contra mi pecho armára yo mi mano,
Señora, si no fuera mas humano:

Si el tuyo en su pasion se determina
A ser del tierno fruto la ruina,
Yo tiemblo.

CONDESA.

Tiembla, pues, cobarde Elvira:
Quédate, y piensa que mereces mi ira.

ESCENA V.

ELVIRA *sola.*

¡Oh Dios, inmenso Sér, por cuyas leyes
Se juzgan las personas de los Reyes!
Tú, que solo conservas en tus manos
Las causas de los sacros Soberanos,
No permitas que sea profanada
Tu imágen en los Reyes estampada.
Ostenta tu poder, guarda á García.
Lo pide por mi voz la patria mia.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

ALEK.

¿A dónde marcho con destino incierto?
¿Qué turbacion en el palacio advierto?
No ha mucho que en placeres abundaba:
El dia tras la noche se pasaba,
Tras la noche llegaba el claro dia,
Y duraba continua la alegría.
Mezclábase en las galas y en las flores
La púrpura y el oro y los olores.
Los juegos, fiestas, brillos y hermosura
Embriagaban el alma con ternura:
Hasta los elementos parecian
Que al obsequio del arte concurrian.
Mas hoy, que con esmero extraordinario
Se dispuso lo hermoso con lo vario:
Hoy que con pompa singular se viste
La Corte castellana; he visto triste
Alguno de los hombres principales.
¡Qué mezclados de sustos, ó mortales,
Los gustos recibís!... Pero ya advierto

De tantos sustos el motivo cierto:
Amor aquí introduxo sus rigores.
¿Y puede haber quietud donde hay amores?
Quien busca paz donde hay amor, delira.

ESCENA II.

ALEK Y ELVIRA.

ELVIRA.

¡Alek, Alek!

ALEK.

¿Qué te amedrenta, Elvira?
¿Qué gritos? ¿qué rumor es el que siento,
Que parece venir del aposento
En que el banquete regio se dispuso?
Al parecer se aumenta, aunque confuso,
No obstante se distingue el golpe fiero,
Mezclándose el rumor con el acero:
Y aunque lejos está de aquí la pieza,
Se percibe del lance la fiereza.
Y tú tambien tan pálida y turbada,
¿Sales de aquella sala?

ELVIRA.

Desdichada,
¡Para ver tal estrago habré vivido!

ALEK.

¿Qué estrago viste? ¿qué? ¿qué ha sucedido?

ELVIRA.

El lance te contára, anciano sabio,
Si fuerzas en mi pecho y en mi labio
Hallára; mas no puedo.

ALEK.

Habla con brio.
¿Qué se hizo tu Señora, y el Rey mio?

ELVIRA.

Ambos en gran peligro.

ALEK.

¡Ay Dios! ¿Qué dices?

ELVIRA.

Pagáron sus delitos infelices.

ALEK.

¿Y cómo? ¿quándo? dí: cuéntalo todo.

ELVIRA.

Alek (escucha y tiembla) de este modo.
Tu Rey, tu fiero Rey, tu Rey tirano...

ALEK.

Muda de estilo, que es mi Soberano,
Y no debo sufrir que así le nombres.

ELVIRA.

Pues escucha su horror, porque te asombres,
Y me digas qué nombre se merece

Quien con las fieras competir parece.
Viendo Almanzor que al pecho dominaba
De la infeliz bellísima Doña Ava,
Llegó por fin á persuadirla al fuerte
Crímen de dar á Sancho indigna muerte.
No me explayo en contarte cada lance
Que hubo hasta el fin del horroroso trance:
El tiempo y aun mi aliento me faltára,
Si contártelos todos intentára.
Ella tomó el puñal; y vió su mano
Endeble para crímen tan tirano:
Al veneno apeló: con fraude impía
Un banquete dispuso, en que á García
Un criado el veneno administrase,
Y de tal calidad, que lento obrase,
Como débil insulto de un desmayo.
Lo supe yo: contélo todo al ayo
Del regio infante, para que prudente
Evitase un peligro tan urgente.
Díxele el nombre del fatal criado
(Que le supe despues): horrorizado
Oyóme sin hablar; y del secreto
Usó Gonzalo qual varon discreto.
Dispuso que al criado detuviesen
Con no sé qué motivo, hasta que viesen
Acabado el festin; y así evitaba

• • •

La muerte á Sancho, el crimen á Doña Ava.
Llegáron al festin la madre impia,
El feroz Almanzor y Don García.
La Corte de Castilla el aposento
Llenó de su belleza y lucimiento:
¡Mas qué pronto por lutos se trocáron
Las galas y las joyas que brilláron!
La música empezó su melodía,
Que luego se trocó en melancolía.
Sentáronse en la mesa: yo temblaba:
A Sancho, á la Condesa, al Rey miraba.
Miré al Cielo tambien con osadía,
Porque iba á permitir tal tiranía.
¿Cómo te explicaré? ¿con qué tormento
En tales pechos ví tal fingimiento?
Cansóse el Cielo ya de crimen tanto:
Escucha sus venganzas con espanto:
¡Mira si al bien del bueno se interesa!
Quando pidió la copa la Condesa,
El oficial, á quien correspondia,
Ignorando que aquella que veia
Con tan nuevos primores adornada,
Estaba para Sancho destinada,
Se la traxo; mas ella distraida
Llegó á sus rasos labios la bebida.
Bebió porcion, y al conocer su engaño,

...

Y vuelto contra sí su mismo daño,
Con ímpetu quitando el vaso aleve,
A Sancho dixo: de mi vaso bebe.
El responde inocente: no apetezco
Ahora la bebida, ni merezco
Tan alto honor. Doña Ava, sospechando
Que se va su artificio declarando,
Se turba: Sancho nótalo que mira;
La Corte entera su temblor admira;
El Rey tambien con pálido semblante
La turbacion aumenta de su amante;
Hasta que con rigor, desesperada
De verse por su mano declarada,
Todo el veneno apura. Este desecho
Con el que tiene en su inhumano pecho,
Aumenta su vigor, y se adelanta
El plazo de su muerte, que la espanta.
Entre rencor y furia la Condesa
Dice su crímen, y su amor confiesa.
Al escucharlo el moro, quiso ufano
Con rostro fiero, y con acero en mano
Los suyos convocar, y ellos vinieron;
Pero los castellanos se opusiéron,
Y en campo de batalla fué trocado
El salon á las fiestas destinado.
Huyéron los sequaces de tu dueño:

Con sus desgracias aumentó su ceño:
La desesperacion le hizo valiente;
Mas nada le valió. De nuestra gente
Gonzalo se apartó por mas osado,
Y él solo sobre el Rey se echó arrojado.
La espada le arrancó del fuerte brazo,
Para imponerle el afrentoso lazo
De una cadena; mientras Sancho dice
Qué castigo prescribe al infelice.
La confusion que escuchas será parte
De la que acabo, Alek, de relatarte.

ALEK.

¡Mi Rey peligra, y tardo en su socorro!
Cruel me fué; pero á su auxilio corro.
¡Mas qué veo! ¡Almanzor encadenado!
¡El rostro de mi Rey desfigurado!
¡Rendido viene con destino incierto!
¡O quién por libertarle hubiera muerto!

ESCENA III.

Los de la anterior, y ALMANZOR *desarmado y guardado por tropa de castellanos.*

ALMANZOR.

Del castellano vengador seguido,
Cargado de cadenas y vencido,
Abandonado de mi misma gente,

Mi corazon sin su vigor se siente.
Del inmenso peligro en que me hallo,
¿Quién me defenderá?

ALEK.

Tu buen vasallo:
Aquel Alek, aquel honrado y triste:
Aquel que por leal aborreciste:
Aquel, cuyo consejo si siguieras,
En tan funesto lance no te vieras.

ALMAZOR.

¡Qué oigo! ¡qué miro¡ ¡tú! ¿tú me defiendes?

ALEK.

¿Pues quién sino un leal? ¿Pues qué, pretendes
Te sirvan en los lances peligrosos
Los viles lisongeros, los medrosos,
Que en tiempos mas felices te siguiéron,
Quando solos placeres advirtiéron?
No, no señor. Los hombres semejantes
No sirven en los lances importantes:
Tu fausto, tus mercedes deseaban,
Quando en delicias suaves se embriagaban.

De rodillas.

Aquí estoy yo: te bastará mi mano
Contra todo el esfuerzo castellano.
Ven conmigo, señor: me determino
A abrir por entre todos un camino.

ALMANZOR.

Levanta, Alek, vasallo verdadero.
¡Qué tarde te conozco! Ten el fiero
Inútil brazo: ya no vale el brio,
Deten el tuyo, pues detengo el mio.
En vano Sancho castigarme intenta:
Ninguna de sus furias me amedrenta.
Llegue, convoque todo su despecho:
De todo triunfará mi regio pecho.

ALEK.

¿Cómo, señor? la Corte castellana
Ardiendo en iras, y en venganza ufana,
En favor de Don Sancho enardecida;
¿Qué estrella librará tu augusta vida?

ALMANZOR.

No imploro yo el favor de las estrellas:
Mi pecho es superior á todas ellas.
No temas que me acabe en sacrificio
La cárcel, el veneno ó el suplicio:
Yo me libertaré.

ESCENA IV.

Los de la anterior: la CONDESA *entre sus damas que la sientan en una silla, y* DON SANCHO *conteniendo á los castellanos.*

SANCHO.

Callad, teneos:
Suspended el rigor: con golpes feos
No se manchen aceros tan gloriosos:
Huyéron ya los moros tan medrosos,
Que solo está Almanzor.

UN CASTELLANO.

El moro huya;
Pero pague su error la madre tuya.

SANCHO.

Si vuestro amor merezco, si el Condado
En Sancho tiene un Soberano amado,
Si en mí fundais vuestra esperanza y gloria;
Nunca podreis echar de la memoria
Que su pecho me dió tierno alimento.
Si esto no basta, y vuestro atrevimiento
Los límites pasare que prescribo,
El primero de quien el brazo altivo
Abance con la espada, considere
Que no la ha de tocar, si ántes no hiere

A su señor y dueño: á Don García.
¿Qué mano habrá en Castilla tan impía?
¿Qué castellano habrá, como lo sea,
A quien no espante tan atroz idea?
Si sois vasallos mios, desechadla.
Esta es mi madre: aun vive, respetadla.
Yo de Almanzor ordenaré el castigo.
La ingratitud con que, fingido amigo,
Quiso abusar de mi amigable trato,
(Lo aleve olvido, pero no lo ingrato!)
Es delito mayor que la malicia
Que fomentó en su pecho la codicia.
Pero á mi madre....

CONDESA.

No, ya no es posible
Que tal nombre merezca: fiera horrible
Seré á tus ojos, y á Castilla entera.

SANCHO.

Tu hijo soy: tu hijo te venera.
Quando te miro, solamente veo
Tu carácter, y no tu crímen feo;
Y si á vengarme fuera inexôrable,
Sin remediar tu error, fuera culpable.
Tu culpa y mi venganza será justo
Que pague el moro aleve.

ALMANZOR.

No con susto
Escucho tu amenaza; pero advierte
Que tu madre te quiso dar la muerte:
Ella merece tu rigor, García.

CONDESA.

No son las ansias de la muerte mia,
No son mis sustos y remordimientos
Los que llenan de horror estos momentos.
Tu ingratitud horrenda y tiranía,
Que procura irritar á mi García,
Es mi mayor tormento: es quien osado
Me arranca y rompe el corazon rasgado.
El crímen que insensata he cometido,
¿De quién sino de tí fué persuadido?
¿Por quién sino de tí, ¡ó monstruo ingrato!
Falté yo á mi virtud y mi recato?
¿Al vínculo sagrado, quanto tierno,
Que á Sancho unia con mi amor materno?
De todos mis delitos fuente ha sido
Tu amor con mi pasion correspondido.

ALMANZOR.

Nunca te amé: tu amor solicitaba,
Porque al supremo mando conspiraba.
Si al verte me prendé de tu hermosura,
Poco duró, porque el amor no dura

En leves contingencias cimentado.
El tiempo, que con brio denodado,
A mi ambicioso intento resististe
Contra la vida de García triste,
Digna te hallé de amor y de respeto;
Mas luego que cediste, fuiste objeto
De mi desprecio: muere.

CONDESA.

Sí, ya muero:
La muerte me adelanta ese severo
Lenguage horrendo del infame moro.
Al Cielo vengador conozco, adoro.
Y pido no detenga sus rigores
Contra quien me inspiró tantos horrores.
Abrase ¡ó Dios! un rayo de tu mano
Al infame Almanzor; pague el tirano
Mi culpa, los peligros de García,
Y el susto general. Su casta impía
Perezca, y se aniquile en toda España.
Ayuda, ¡ó cielo! la guerrera saña
De Sancho y sus gloriosos descendientes
Contra Africa felices y valientes.
Y tú, sin que mi culpa mas te irrite,
Permite, Sancho mio, sí, permite
Que hijo mio al espirar te llame.
Yo quisiera lavar mi culpa infame

Con sangre de mis venas. No me basta
Del llanto mio la corriente vasta.
Dexa, García, que mi voz turbada...
Pero siento mi fuerza ya acabada.
La del veneno crece. ¡Ay mi García!
¿Me perdonas?

SANCHO.

¡Ay madre! ¡madre mia!
La duda me avergüenza. Mas me aflijo.
Si fuiste mala madre, soy buen hijo.
Tu mano, que el veneno ha preparado,
Rendido beso, y á tus pies postrado...
¿Pero qué miro? ¡mi mano armada!
¡A los pies de mi madre con la espada!
Toma mi acero tú: ya me ha servido.

GONZALO.

Eso es, señor, á tu virtud debido.
Olvida que tu madre fué tirana:
Acuérdate que es madre y Soberana,
Y dale ése consuelo. Acude presto.

CONDESA.

Ya llega de mi vida el fin funesto.
Escarmienta de amor su curso aciago:
Con gusto empieza, acaba con estrago.
Reyna feliz, tú, Sancho. El cielo cuida
Para lauros los dias de tu vida.

A Dios, mi Sancho! à Dios! en este instante
Mi corazon, al crímen arrogante,
Cobarde tiembla en este pecho mio:
En miedo vil se convirtió mi brio.
Un negro horror, rencor y cruda muerte
Me quitan el hablarte, y aun el verte.
Muero entre tantos y tan graves males
Como pueden las furias infernales....
Mas ya... No puedo articular razones
En medio de horrorosas confusiones.
Espiro...

SANCHO.

Ya murió, ¡Cielo divino!

A Almanzor.

En tí vengar mi ofensa determino:
En un suplicio acabarás la vida.

ALEK.

¡O Sancho! tu virtud esclarecida
Venere en él aquel carácter regio
Que logra en todo crímen privilegio.

ALMANZOR.

Dexa, mi Alek, que Sancho me amenace:
Así su débil pecho satisface.
Y porque el mio altivo nunca pueda
Temblar, ni á sus rigores fieros ceda;
Este puñal me librará de todo.

SANCHO.

¿Cómo Almanzor?

ALMANZOR.

García, de este modo:
No creas que en los brazos de la muerte
Me espante, ni me ablande, ó Sancho, el verte.
Me aplaudo en el delito cometido:
Solo siento el mirar no se ha cumplido
Mi idea contra tí; pero pues muero,
Ya que no te inmolé con este acero,
Por dura suerte del injusto hado,
En mi pecho estará bien empleado.
¡Oh, si mi sangre al acabar mi vida
Produxera torrentes de la herida,
Que anegaran tu Corte y tu Condado!
Pero muero. Los cielos te han vengado.

Espira en manos de Alek.

GARCIA.

¿Qué es esto?

GONZALO.

Tu inocencia ya guardada:
Tu madre por los cielos castigada:
Castilla preparada contra el moro;
Y yo, señor, que tu virtud adoro,
Dando mil gracias al divino Cielo,
Porque ayudó mi siempre firme zelo.

SANCHO.

Le premiaré. Tu cuida por ahora
Del cuerpo de mi madre y mi señora:
Y que Alek á su patria conducido,
Logre el premio á su mérito debido.
Venérese en castigo tan severo
El brazo de los cielos justiciero.

NOCHES LUGUBRES,

IMITANDO EL ESTILO DE LAS QUE ESCRIBIÓ EN INGLES EL DOCTOR YOUNG.

. . . . *Crudelis ubique*
Luctus, ubique pavor, et plurima noctis imago.
Virgil. En. 2. v. 368.

NOTA DEL EDITOR.

Aun quando no nos hubiese quedado otro monumento del célebre Cadahalso *que el de las* Noches lúgubres, *bastaba para acreditar su singular talento, y por lo mismo creo se le haria un agravio manifiesto si se las privase de la luz pública. Animado de estas reflexîones, las presento en el estado que las dexó, persuadido de que, concluidas, hubieran excedido á las demas obras que produxo su claro ingenio; porque la sublimidad de la invencion, lo patético de las exprêsiones y lo enérgico de su estilo, interesa á todos: solo el haber imitado al famoso*

Young *le corona de elogios. La lectura de las mismas noches acreditará mi ingenuidad y deseo de servir al Público; de quien espero reciba con agrado mis tareas, dirigidas principalmente á complacer á los hombres de letra, y de buen gusto.*

NOCHE PRIMERA.

TEDIATO Y UN SEPULTURERO.

DIALOGO.

TEDIATO.

¡Qué noche! La obscuridad, el silencio pavoroso interrumpido por los lamentos que se oyen en la vecina cárcel, completan la tristeza de mi corazon: el Cielo tambien se conjura contra mi quietud, si alguna me quedára: el nublado crece: la luz de esos relámpagos.... ¡qué horrorosa! Ya truena: cada trueno es mayor que el que le antecede, y parece producir otro mas cruel. El sueño, dulce intervalo en las fatigas de los hombres, se turba: el lecho conyugal, teatro de delicias; la cuna en que se cria la esperanza de las casas; la descansada cama de los ancianos venerables, todo se inunda en llanto... todo tiembla. No hay hombre que no se crea mortal en este instante.... Ay si fuese el último de mi

vida, ¡quán grato sería para mí! ¡quán horrible ahora! ¡quán horrible! Mas lo fué el dia, el triste dia que fué causa de la escena en que ahora me hallo.

Lorenzo no viene: ¿vendrá acaso? ¡cobarde! ¿Le espantará este aparato que naturaleza le ofrece? No vé lo interior de mi corazon... ¡quánto mas se horrorizaria! ¿Si la esperanza del premio le traerá? sin duda... el dinero... ¡ay dinero, lo que puedes! Un pecho solo se te ha resistido... ya no existe... ya tu dominio es absoluto... ya no existe el solo pecho que se te ha resistido. Las dos estan al caer... esta es la hora de cita para Lorenzo... ¡Memoria! ¡triste memoria! ¡cruel memoria! mas tempestades formas en mi alma que esas nubes en el ayre. Tambien esta es la hora en que yo solia pisar estas mismas calles en otros tiempos muy diferentes de estos. ¡Quán diferentes! desde aquella á estos todo ha mudado en el mundo; todo menos yo.

¿Si será de Lorenzo aquella luz trémula y triste que descubro? suya será. ¿Quien sino él, y en este lance, y por tal premio, saldria de su casa? él es. El rostro pálido, flaco, sucio, barbado y temeroso; el hazadon y pi-

eo que trae al hombro; el vestido lúgubre; las piernas desnudas; los pies descalzos, que pisan con turbacion; todo me indica ser Lorenzo, el sepulturero del templo, aquel bulto cuyo encuentro horrorizaria á quien le viese. El es, sin duda: se acerca: desembózome, y le enseño mi luz. Ya llega. ¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

LORENZO.

Yo soy: cumplí mi palabra: cumple ahora tú la tuya: ¿el dinero que me prometiste?

TEDIATO.

Aquí está... ¿tendrás valor para proseguir la empresa como me lo has ofrecido?

LORENZO.

Sí; porque tú tambien pagas el trabajo.

TEDIATO.

Interés, ¡único móvil del corazon humano! Aquí tienes el dinero que te prometí. ¡Todo se hace fácil quando el premio es seguro! pero el premio es justo una vez ofrecido.

LORENZO.

¡Quán pobre seré, quando me atreví á prometerte lo que voy á cumplir! ¡quánta miseria me oprime! piénsalo tú: y yo... harto haré en llorarla... Vamos.

TEDIATO.

¿Traes la llave del templo?

LORENZO.

Sí, esta es.

TEDIATO.

La noche es tan obscura y espantosa...

LORENZO.

Y tanto que tiemblo, y no veo.

TEDIATO.

Pues dame la mano, y sigue: te guiaré y te esforzaré.

LORENZO.

En treinta y cinco años que soy sepulturero, sin dexar un solo dia de enterrar alguno ú algunos cadáveres, nunca he trabajado en mi oficio hasta ahora con horror.

TEDIATO.

Es que en ella me vas á ser útil: por eso te quita el Cielo la fuerza del cuerpo y del ánimo. Esta es la puerta.

LORENZO.

¡Que tiemble yo!

TEDIATO.

Anímate... imítame.

LORENZO.

¿Qué interes tan grande te mueve á tanto.

atrevimiento? Paréceme cosa dificil de entender.

TEDIATO.

Suéltame el brazo.. Como me le tienes asido con tanta fuerza, no me dexas abrir con esta llave... Ella parece tambien resistirse á mi deseo... Ya abre... entremos.

LORENZO.

Sí, entrémos: ¿He de cerrar por dentro?

TEDIATO.

No: es tiempo perdido, y nos pudieran oir. Entorna solamente la puerta, porque la luz no se vea desde afuera si acaso pasa alguno... tan infeliz como yo; pues de otro modo no puede ser.

LORENZO.

He enterrado por mis manos tiernos niños; delicias de sus madres; mozos robustos, descanso de sus padres ancianos; doncellas hermosas, y envidiadas de las que quedaban vivas; hombres en lo fuerte de su edad, y colocados en altos empleos; viejos venerables, apoyos del estado... nunca temblé. Puse sus cadáveres entre otros muchos ya corruptos: rasgué sus vestiduras en busca de alguna alhaja de valor: apisoné con fuerza y sin asco sus frios miembros: rompíles las cabezas y hue-

sos: cubrílos de polvo, ceniza, gusanos y podre, sin que mi corazon palpitase... y ahora al pisar estos umbrales, me caigo... al ver el reflexo de esa lámpara, me deslumbro... al tocar esos mármoles, me yelo..... me avergüenzo de mi flaqueza: nó la refieras á mis compañeros: si lo supieran, harian mofa de mi cobardía!

TEDIATO.

Mas harian de mí los mios al ver mi arrojo. Insensatos, ¡qué poco saben!... ¡Ah, me serian tan odiosos por su dureza, como yo seria necio en su concepto por mi pasion!

LORENZO.

Tu valor me alienta. ¿Mas ay, nuevo espanto! ¿Qué es aquello? presencia humana tiene. Crece conforme nos acercamos. otro fantasma mas le sigue. ¿Qué será? volvamos miéntras podemos... no desperdiciemos las pocas fuerzas que aun nos quedan... Si aun conservamos algun valor, válganos para huir.

TEDIATO.

¡Necio! Lo que te espanta es tu misma sombra con la mia, que nacen de la postura de nuestros cuerpos respecto de aquella lámpara. Si el otro mundo abortase esos pro-

digiosos entes á quienes nadie ha visto, y de quienes todos hablan, sería el bien ó el mal que nos traerian siempre inevitable. Nunca los he hallado: los he buscado.

LORENZO.

¡Si los vieras!

TEDIATO.

Aun no creeria á mis ojos: juzgára tales fantasmas monstruos producidos por una fantasía llena de tristeza: ¡fantasía humana, fecunda solo en quimeras, ilusiones y objetos de terror! La mia me los ofrece tremendos en estas circunstancias... Casi bastan á apartarme de mi empresa.

LORENZO.

Eso dices, porque no los has visto; si los vieras, tembláras aun mas que yo.

TEDIATO.

Tal vez en aquel instante; pero en el de la reflexion me aquietára. Si no tuviese miedo de malgastar estas pocas horas, las mas preciosas de mi vida, y tal vez las últimas de ella, te contára con gusto cosas capaces de sosegarte... pero dan las dos... ¡Qué sonido tan triste el de esa campana! El tiempo urge. Vamos, Lorenzo.

LORENZO.

¿ Adónde ?

TEDIATO.

A aquella sepultura : sí ; á abrirla.

LORENZO.

¿ A quál ?

TEDIATO.

A aquella.

LORENZO.

¿ A quál ? ¿ á aquella humilde y baxa ? Pensé que querias abrir aquel monumento alto y ostentoso , donde enterré pocos dias ha al Duque de Tausto , timbrado , que habia sido muy hombre de palacio , y segun sus criados me dixéron , habia tenido en vida el manejo de cosas grandes : figuróseme que la curiosidad ó interes te llevaba á ver si encontrabas algunos papeles ocultos , que tal vez se enterrasen con su cuerpo. He oido , no sé donde , que ni aun los muertos estan libres de las sospechas y aun envidias de los cortesanos.

TEDIATO.

Tan despreciables son para mí muertos como vivos ; en el sepulcro , como en el mundo ; podridos , como triunfantes ; llenos de gusanos , como rodeados de aduladores..

No me distraigas... vamos, te digo otra vez, á nuestra empresa.

LORENZO.

No: pues al túmulo inmediato á ese, y donde yace el famoso indiano, tampoco tienes que ir, porque aunque en su muerte no se le halló la menor parte del caudal que se le suponia, me consta que no enterró nada consigo, porque registré su cadáver: no se halló siquiera un doblon en su mortaja.

TEDIATO.

Tampoco vendria yo de mi casa á su tumba por todo el oro que él traxo de la infeliz América á la tirana Europa.

LORENZO.

Sí será; pero no extrañaria yo que vinieses en busca de su dinero. Es tan útil en el mundo...

TEDIATO.

Poca cantidad, sí, es útil, pues nos alimenta, nos viste y nos da las pocas cosas necesarias á la breve y mísera vida del hombre; pero mucha es dañosa.

LORENZO.

¡Ola! ¿y por qué?

TEDIATO.

Porque fomenta las pasiones, engendra nuevos vicios, y á fuerza de multiplicar delitos, invierte todo el órden de la naturaleza; y lo bueno se substrae de su dominio sin el fin dichoso... con él no pudiéron arrancarme mi dicha: ¡ay! vamos.

LORENZO.

Sí, pero antes de llegar allá, hemos de tropezar en aquella otra sepultura, y se me eriza el pelo quando paso junto á ella.

TEDIATO.

¿Por qué te espanta esa mas que qualquiera de las otras?

LORENZO.

Porque murió de repente el sugeto que en ella se enterró. Estas muertes repentinas me asombran.

TEDIATO.

Debiera asombrarte el poco número de ellas. Un cuerpo tan débil como el nuestro, agitado por tantos humores, compuesto de tantas partes invisibles, sujeto á tan frecuentes movimientos, lleno de tantas inmundicias, dañado por nuestros desórdenes, y lo que es mas, movido por un alma ambiciosa, envidio-

sa, vengativa, iracunda, cobarde y esclava de tantos tiranos... ¿qué puede durar? ¿cómo puede durar? No sé como vivimos. No suena campana que no me parezca tocar á muerto. A ser yo ciego, creeria que el color negro era el único de que se visten... ¿Quántas veces muere un hombre de un ayre que no ha movido la trémula llama de una lámpara? ¿quántas de un agua que no ha mojado la superficie de la tierra? ¿quántas de un sol que no ha entibiado una fuente? ¡Entre quántos peligros camina el hombre el corto trecho que hay de la cuna al sepulcro! Cada vez que siento el pie, me parece hundirse el suelo, preparándome una sepultura... Conozco dos ó tres yerbas saludables... las venenosas no tienen número. Si; sí.. el perro me acompaña, el caballo me obedece, el jumento lleva la carga... ¿y qué? El leon, el tigre, el leopardo, el oso, el lobo é inumerables otras fieras nos prueban nuestra flaqueza deplorable.

LORENZO.

Ya estamos donde deseas.

TEDIATO.

Mejor que tu boca me lo dice mi corazon. Ya piso la losa que he regado tantas

veces con mi llanto , y besado tantas veces con mis labios. Esta es. ¡Ay Lorenzo! hasta que me ofreciste lo que ahora me cumples , ¡quántas tardes he pasado junto á esta piedra , tan inmóvil , como si parte de ella fuesen mis entrañas! Mas que sugeto sensible, parecia yo estatua , emblema del dolor. Entre otros dias uno se me pasó sobre ese banco. Los que cuidan de este templo , varias veces me habian sacado del letargo , avisándome ser la hora en que se cerraban las puertas. Aquel dia olvidáron su obligacion y mi delirio : fuéronse , y me dexáron. Quedé en aquellas sombras rodeado de sepulcros , tocando imágenes de muerte , envuelto en tinieblas , y sin respirar apenas sino los cortos ratos que la congoja me permitia , cubierta mi fantasía qual si fuera con un negro manto de densísima tristeza. En uno de estos amargos intervalos, yo ví , no lo dudes , yo ví salir de un hoyo inmediato á ese , un ente que se movia ; resplandecian sus ojos con el reflexo de esa lámpara , que ya iba á extinguirse. Su color era blanco , aunque algo ceniciento : sus pasos eran pocos , pausados y dirigidos á mí. . . Dudé. . . me llamé cobarde. . . me levanté. . .

y fuí á encontrarle... el bulto proseguia, y al ir á tocarle yo, él á mí: óyeme....

LORENZO.

¿Qué hubo pues?

TEDIATO.

Óyeme... al ir á tocarle yo, y el horroroso bulto á mí, en aquel lance de tanta confusion... apagóse del todo la luz.

LORENZO.

¿Qué dices? ¿y aun vives?

TEDIATO.

Sí: y con grande atencion...

LORENZO.

En aquel apuro ¿qué hiciste? ¿qué pudiste hacer?

TEDIATO.

Me mantuve en pie, sin querer perder el terreno que habia ganado á costa de tanto arrojo y valentía: era invierno. Las doce serian quando se esparció la obscuridad por el templo: oí la una...., las dos... las tres... las quatro... siempre haciendo el oido el mismo oficio de la vista.

LORENZO.

¿Qué oiste? acaba, que me extremeces.

TEDIATO.

Una especie de resuello no muy libre

Procurando tentar, conocí que el cuerpo del bulto huia de mi tacto: mis dedos parecian mojados en sudor frio y asqueroso; y no hay especie de monstruo por horrendo, extravagante é inexplicable que sea, que no se me presentase. Pero ¿qué es la razon humana, si no sirve para vencer á todos los objetos, y aun á sus mismas flaquezas? Vencí todos estos espantos; pero la primera impresion que hiciéron; el llanto derramado ántes de la aparicion; la falta de alimento; la frialdad de la noche, y el dolor que tantos dias ántes rasgaba mi corazon, me pusiéron en tal estado de debilidad, que caí desmayado en el mismo hoyo de donde habia salido el objeto terrible. Allí me hallé por la mañana en brazos de muchos concurrentes piadosos que habian acudido á dar al Criador las alabanzas, y cantar los himnos acostumbrados. Lleváronme á mi casa, de donde volví en breve al mismo puesto. Aquella misma tarde hice conocimiento contigo, y me prometiste lo que ahora vas á finalizar.

LORENZO.

Pues esa misma tarde eché ménos en casa (poco te importará lo que voy á decirte;

pero para mí es el asunto de mas importancia) eché ménos un mastin que suele acompañarme, y no pareció hasta el dia siguiente. ¡Si vieras qué ley me tiene! Suele entrarse conmigo en el templo, y miéntras hago la sepultura, ni se aparta un instante de mí. Mil veces, tardando en venir los entierros, le he solido dexar echado sobre mi capa, guardando la pala, el hazadon y demas trastos de mi oficio.

TEDIATO.

No prosigas: me basta lo dicho: aquella tarde no se hizo el entierro; te fuiste; el perro se durmió dentro del hoyo mismo. Entrada ya la noche se despertó, nos encontramos solos él y yo en la Iglesia (¡mira qué causa tan trivial para un miedo tan fundado al parecer!) no pudo salir entónces, y lo executaria al abrir las puertas y salir el sol, lo que yo no pude ver por causa de mi desmayo.

LORENZO.

Ya he empezado á alzar la losa de la tumba: pesa infinito. ¡Si verás en ella á tu padre! mucho cariño le tienes quando por verle pasas una noche tan dura... ¡Pero el amor

de hijo! mucho merece un padre...

TEDIATO.

¡Un padre! ¿por qué? nos engendran por su gusto; nos crian por obligacion; nos educan para que los sirvamos; nos casan para perpetuar sus nombres; nos corrigen por caprichos; nos desheredan por injusticia; nos abandonan por vicios suyos (*).

LORENZO.

Será tu madre.... mucho nos debe una madre.

TEDIATO.

Aun ménos que el padre. Nos engendran tambien por su gusto: tal vez por su incontinencia: nos niegan el alimento de la leche que naturaleza las dió para este único y sagrado fin: nos vician con su mal exemplo: nos sacrifican á sus intereses: nos hurtan las caricias que nos deben, y las depositan en un perro ó en un páxaro.

LORENZO.

¿Algun hermano tuyo te fué tan unido

(*) *Esta moralidad se ha de entender de los malos padres, y del mismo modo las siguientes.*

...

que vienes á visitar sus huesos?

TEDIATO.

¿Qué hermano conocerá la fuerza de esta voz? Un año mas de edad; algunas letras de diferencia en el nombre; igual esperanza de gozar un bien de dudoso derecho, y otras cosas semejantes, imprimen tal odio en los hermanos, que parecen fieras de distintas especies, y no frutos de un vientre mismo.

LORENZO.

Ya caigo en lo que puede ser: aquí yace sin duda algun hijo que se te moriria en lo mas tierno de su edad.

TEDIATO.

¡Hijos! ¡sucesion! Este, que ántes era un tesoro con que naturaleza regalaba á sus favorecidos, es hoy un azote con que no debiera castigar sino á los malvados.

¿Qué es un hijo? Sus primeros años... un retrato horrendo de la miseria humana. Enfermedad, flaqueza, estupidez, molestia y asco.... Los siguientes años... un dechado de los vicios de los brutos, poseidos en alto grado... luxuria, gula, inobediencia... mas adelante un pozo de horrores infernales..... ambicion, soberbia, envidia, codicia, venganza,

traicion y malignidad; pasando de ahí... ya no se mira el hombre como hermano de los otros, sino como un ente supernumerario en el mundo. Creeme, Lorenzo, creeme. Tú sabrás como son los muertos, pues son el objeto de tu trato... yo sé lo que son los vivos... Entre ellos me hallo con demasiada frecuencia... Estos son... no... no hay otros.... todos á qual peor.... yo sería peor que todos ellos si me hubiera dexado arrastrar de sus exemplos.

LORENZO.

¡Qué quadro el que pintas!

TEDIATO.

La naturaleza es el original: no adulo; pero tampoco la agravio. No te canses, Lorenzo; nada significan esas voces que oyes de padre, madre, hermano, hijo y otras tales; y si significan el carácter que vemos en los que así llaman, no quiero ser, ni tener hijo, hermano, padre, madre, ni me quiero á mí mismo, pues algo he de ser de todo esto.

LORENZO.

No me queda que preguntarte mas que una cosa, y es á saber, si buscas el cadaver de algun amigo.

TEDIATO.

¿Amigo? ¿He, amigo? ¡Qué necio eres!

LORENZO.

¿Por qué?

TEDIATO.

Sí, necio eres; y mereces compasion, si crees que esa voz tenga el menor sentido. ¡Amigos! ¡amistad! Esa virtud sola haria feliz á todo el género humano. Desdichados son los hombres desde el dia que la desterraron, ó que ella les abandonó. Su falta es el orígen de todas las turbulencias de la sociedad. Todos quieren parecer amigos; nadie lo es. En los hombres la apariencia de la amistad es lo que en las mugeres el afeyte y compostura. Belleza fingida y engañosa... nieve que cubre un muladar... Darse las manos y rasgarse los corazones, esta es la amistad que reyna. No te canses; no busco el cadáver de persona alguna de las que puedes juzgar. Ya no es cadáver.

LORENZO.

Pues si no es cadáver, ¿qué buscas? Acaso tu intento sería hurtar las alhajas del templo, que se guardan en algun subterráneo,

cuya puerta te se figura ser la losa que empieza á levantar.

TEDIATO.

Tu inocencia te sirva de excusa. Queden en buen hora esas alhajas consagradas á la piedad, y trabaja con mas brio.

LORENZO.

Ayúdame: mete esotro pico por allí, y haz fuerza conmigo.

TEDIATO.

¿Así?

LORENZO.

Sí; de este modo: ya va en buen estado.

TEDIATO.

¡Quién me diria dos meses ha que me habia de ver en este oficio! Pasáronse mas aprisa que el sueño, dexándome tormento al despertar; desaparecieronse como humo que dexa las llamas abaxo y se pierde en el ayre. ¿Qué haces, Lorenzo?

LORENZO.

¡Qué olor! ¡qué peste sale de la tumba! No puedo mas.

TEDIATO.

No me dexes, no me dexes, amigo. Yo solo no soy capaz de mantener esta piedra.

LORENZO.

La abertura que forma, ya da lugar para que salgan esos gusanos que se ven con la luz de mi farol.

TEDIATO.

¡Ay! ¡qué veo! Todo mi pie derecho está cubierto de ellos. ¡Quanta miseria me anuncian! en estos, ¡ay! ¡en estos se ha convertido tu carne! ¡de tus hermosos ojos se han engendrado estos vivientes asquerosos! tu pelo, que en lo fuerte de mi pasion llamé mil veces no solo mas rubio, sino mas precioso que el oro, ha producido esta podre! tus blancas manos, tus labios amorosos se han vuelto materia y corrupcion! ¡En qué estado estarán las tristes reliquias de tu cadáver! ¡á qué sentido no ofenderá la misma que fué el hechizo de todos ellos!

LORENZO.

Vuelvo á ayudarte; pero me vuelca ese vapor. Ahora empieza. Mas, mas, mas: ¿qué, lloras? No pueden ser sino lágrimas tuyas las gotas que caen en las manos... ¡Sollozas! ¡no hablas! respóndeme.

TEDIATO.

¡Ay! ¡ay!

LORENZO.

¿Qué tienes? ¿te desmayas?

TEDIATO.

No, Lorenzo.

LORENZO.

Pues habla. Ahora caigo en quién es la persona que se enterró aquí... ¿Eres pariente suyo? No dexes de trabajar por eso. La losa está casi vencida, y con poco que ayudes la volcaremos segun vemos. Ahora, ahora: ¡ay!

TEDIATO.

Las fuerzas me faltan.

LORENZO.

Perdimos lo adelantado...

TEDIATO.

Ha vuelto á caer....

LORENZO.

Y el sol va saliendo, de modo que estamos en peligro de que vayan viniendo las gentes y nos vean...

TEDIATO.

Ya han saludado al Criador algunas campanas de los vecinos templos en el toque matutino. Sin duda lo habrán ya executado los páxaros en los árboles con música mas natural y mas inocente, y por tanto mas digna.

En fin, ya se habrá desvanecido la noche. Solo mi corazon aun permanece cubierto de densas y espantosas tinieblas. Para mí nunca sale el sol. Las horas todas se pasan en igual obscuridad para mí. Quantos objetos veo en lo que llaman dia, son á mi vista fantasmas, visiones y sombras quando ménos.... algunos son furias infernales.

Razon tienes, podrán sorprehendernos. Esconde ese pico y ese hazadon: no me faltes mañana á la misma hora y en el propio puesto. Tendrás ménos miedo, ménos tiempo se perderá. Vete, te voy siguiendo.

¡Objeto antiguo de mis delicias!.. hoy objeto de horror para quantos te vean! ¡monton de huesos asquerosos!... en otros tiempos conjunto de gracias! ¡ó tu, ahora imágen de lo que yo seré en breve!.. ¡pronto volveré á mi casa, descansarás en un lecho junto al mio: morirá mi cuerpo junto á tí, cadáver adorado; y espirando, incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volverémos ceniza enmedio de las de la casa.



NOCHE SEGUNDA.

TEDIATO, LA JUSTICIA, Y DESPUES UN CARCELERO.

DIÁLOGO.

TEDIATO.

¡Qué triste me ha sido este dia! igual á la noche mas espantosa, me ha llenado de pavor, tedio, afliccion y pesadumbre. ¡Con qué dolor han visto mis ojos la luz del astro á quien llaman benigno los que tienen el pecho ménos oprimido que yo! El sol, la criatura que dicen ménos imperfecta, imágen del Criador, ha sido objeto de mi melancolia. El tiempo que ha tardado en llevar sus luces á otros climas, me ha parecido tormento de duracion eterna... ¡Triste de mí! Soy el solo viviente á quien sus rayos no consuelan. Aun la noche, cuya tardanza me hacia tan insufrible la presencia del sol, es ménos gustosa, porque en algo se parece al dia. ¡No está tan obscura como yo quisiera la luna: ¡ah luna! Escóndete: no mires en este puesto al mas infeliz mortal.

¡Qué no se hayan pasado mas que diez y seis horas desde que dexé á Lorenzo! ¡Quién lo creyera! ¡Tales han sido para mí! Llorar, gemir, delirar... los ojos fixos en su retrato, las mexillas bañadas en lágrimas, las manos juntas pidiendo mi muerte al Cielo, las rodillas flaqueando baxo el peso de mi cuerpo; así desmayado, solo un corto resuello me distinguia de un cadáver. ¡Qué asustado quedó Virtelio, mi amigo, al entrar en mi quarto, y hallarme de esta manera! ¡Pobre Virtelio! ¡quánto trabajaste para hacerme tomar algun alimento! Ni fuerza en mis manos para tomar el pan, ni en mis brazos para llevarle á la boca si alguna vez llegaba. ¡Quán amargos son bocados mojados con lágrimas... Instante... me mantuve inmóvil. Se fué sin duda cansado... ¿Quién no se cansa de un amigo como yo, triste, enfermo, apartado del mundo, objeto de la lástima de algunos, del menosprecio de otros, de la burla de muchos? ¡Qué mucho me dexase! Lo extraño es que me mirase alguna vez. ¡Ah Virtelio, Virtelio! pocos instantes mas que hubieses permanecido mio, te hubieran dado fama de amigo verdadero. ¿Pero de qué te serviria? hiciste bien

en dexarme: tambien te hubiera herido la mofa de los hombres. Dexar á un amigo infeliz, conjurarte con la suerte contra un triste, aplaudir la constancia del mundo, imitar lo duro de las entrañas comunes, acompañar con tu risa la risa universal, que es eco de los llantos de un mísero.... sigue: sigue.... este es el camino de la fortuna... adelantate á los otros... admirarán tu talento. Yo le ví salir... murmuraba de la flaqueza de mi ánimo. La naturaleza sin duda murmuraba de la dureza del suyo. Este es el ménos pérfido de todos mis amigos... otros ni aun eso hiciéron. Tediato se muere, dirian unos; otros repetirian, se muere Tediato. De mi vida y de mi muerte hablarian como del tiempo bueno ó malo suelen hablar los poderosos, no como los pobres á quienes tanto importa el tiempo. La luz del sol que iba faltando, me sacó del letargo cruel. La tiniebla me traia el consuelo que arrebata á todo el mundo. Todo el consuelo que siente toda la naturaleza al parecer el sol, le sentí todo junto al ponerse. Dixe mil veces preparándome á salir, bien venida seas, noche, madre de delitos, destructora de la hermosura, imágen del caos de que salimos: du-

plica tus horrores; miéntras mas densas, mas gustosas me serán tus tinieblas. No tomé alimento: no enxugué las lágrimas: púseme el vestido mas lúgubre: tomé este acero, que será, ¡ay! sí, será quien consuele de una vez todas mis cuitas. Vine á este puesto: espero á Lorenzo.

Desengañado de las visiones y fantasmas, duendes, espíritus y sombras, me ayudará con firmeza á levantar la losa: haré el robo... el robo! ¡ay! era mia: sí, mia; yo suyo. No, no la agravio: me agravio: éramos uno. Su alma, ¿qué era sino la mia? la mia, ¿qué era sino la suya?... ¿Pero qué voces se oyen? *muere*: *muere*, dice una de ellas. ¡*Que me matan*! dice otra voz Hácia mí vienen corriendo varios hombres. ¿Qué haré? ¿qué veo? El uno cae herido al parecer... los otros huyen retrocediendo por donde han venido: hasta mis plantas viene batallando con las ansias de la muerte. ¿Quién eres? ¿quién eres? ¿quienes son los que te siguen? ¿no respondes? ¡El torrente de sangre que arroja por boca y por herida me mancha todo... es muerto: ha espirado asido de mi pierna. Siento pasos á este otro lado. Mucha gente llega: el aparato

os de ser comitiva de la justicia.

JUSTICIA.

Pues aquí está el cadáver, y ese hombre está ensangrentado, tiene la espada en la mano, y con la otra procura desasirse del muerto, parece indicar no ser otro el asesino: prended á ese malvado. Ya sabeis lo importante de este caso. El muerto es un personage, cuyas calidades no permiten el menor descuido de nuestra parte. Sabeis los antecedentes de este asesinato que se proponian. Atadle: desde esta noche te puedes contar por muerto, infame. Sí, ese rostro, lo pálido de su semblante, su turbacion, todo indica ó aumenta los indicios que ya tenemos... En breve tendrás muerte ignominiosa y cruel.

TEDIATO.

Tanto mas gustosa... por extraño camino me concede el Cielo lo que le pedí dias ha con todas mis veras...

JUSTICIA.

¡Quál se complace con su delito!

TEDIATO.

¡Delito! jamas le tuve. Si le hubiera tenido, él mismo hubiera sido mi primer verdugo, lejos de complacerme en él. Lo que me

es gustosa es la muerte.... Dádmela quanto antes, si os merezco alguna misericordia. Si no sois tan benigno, dexadme vivir; ese será mi mayor tormento. No obstante, si alguna caridad merece un hombre que la pide á otro hombre, dexadme un rato llegar mas cerca de ese templo, no por valerme de su asilo, sino por ofrecer mi corazon á...

JUSTICIA.

¡Tu corazon en que engendras maldades!

TEDIATO.

No injuries á un infeliz: matadme sin afrentarme. Atormenta mi cuerpo, en quien tienes dominio: no insultes un alma que tengo mas noble... un corazon mas puro... sí, mas puro, mas digna habitacion del Ser supremo, que el mismo templo en que yo queria... ya nada quiero... haz lo que quieras de mí... no me preguntes quién soy... cómo vine aquí, qué hacia, qué intentaba hacer; y apuren los verdugos sus crueldades en mí, las verás todas vencidas por mi fineza.

JUSTICIA.

Llevadle aprisa, no salgan al encuentro sus compañeros.

TEDIATO.

Jamas los tuve : ni en la maldad, porque jamas fuí malo ; ni en la bondad, porque ninguno me ha igualado en lo bueno. Por eso soy el mas infeliz de los hombres. Cargad mas prisiones sobre mí. Ministros feroces, ligad mas esos cordeles con que me arrastrais qual víctima inocente. Y tú, que en ese templo quedas, únete á tu espíritu inmortal, que exhalaste entre mis brazos, si lo permite quien puede, y ven á consolarme en la cárcel, ó á desengañar á mis jueces. Salga yo valeroso al suplicio, ó inocente al mundo. Pero no ; agraviado ó vindicado muera yo ; ¡ y en breve !

JUSTICIA.

Su delito le turba los sentidos ; andemos, andemos.

TEDIATO.

¿ Estamos ya en la cárcel ?

JUSTICIA.

Poco falta.

TEDIATO.

Quien encuentre la comitiva de la justicia, llevando á un preso ensangrentado, pálido, mal vestido, cargado de cadenas que le han puesto, y de oprobios que le dicen, ¿qué dirá ?

Allá va un delincuente. Pronto le veremos en el patíbulo: su muerte será horrorosa; pero saludable espectáculo. Viva la justicia: castíguense los delitos: arránquense de la sociedad los que turban su quietud: de la muerte de un malvado se asegura la vida de muchos buenos. Así irán diciendo de mí; así irán diciendo. En vano les diria mi inocencia. No me creerian; si la jurára, me llamáran perjuro sobre malvado. Tomaria por testigos de mi virtud á esos astros; darian su giro sin cuidarse del virtuoso que padece, ni del inicuo que triunfa.

JUSTICIA.

Ya estamos en la cárcel.

TEDIATO.

Sepulcro de vivos, morada de horror, triste descanso en el camino del suplicio, depósito de malhechores, abre tus puertas, recibe á este infeliz.

JUSTICIA.

Este hombre quede asegurado: nadie le hable: ponedle en el calabozo mas apartado y seguro: doblad el número y peso de los grillos acostumbrados. Los indicios que hay contra él son casi evidentes. Mañana se le

exâminará. Prepáresele el tormento, por si es tan obstinado como inicuo. Eres responsable de este preso, tú, carcelero: te aconsejo que no le pierdas de vista: mira que la menor compasion que para con él puedas tener, es tu perdicion.

CARCELERO.

¿Compasion yo? ¿de quién? ¿de un preso que se me encarga? No me conoceis: Años ha que soy carcelero, y en el discurso de este tiempo he guardado los presos que he tenido, como si guardára fieras en las jaulas. Pocas palabras, menos alimento, ninguna lástima, mucha dureza, mayor castigo y continua amenaza. Así me temen. Mi voz entre las paredes de esta cárcel es como el trueno entre montes: asombra á quantos la oyen. He visto llegar facinerosos de todas las provincias, hombres á quienes los dientes y las canas habian salido entre muertes y robos ... Los soldados al entregármelos se aplaudian mas que de una batalla que hubiesen ganado. Se alegraban de dexarlos en mis manos, mas que si de ellas sacaran el mas precioso saqueo de una plaza sitiada muchos meses; y todo esto no obstante, á pocas horas de estar baxo

mi dominio; han temblado los hombres mas atroces.

JUSTICIA.

Pues ya queda asegurado, á Dios otra vez.

CARCELERO.

Sí, sí; grillos, cadenas, esposas, cepo, argolla, todo os sujetará.

TEDIATO.

Y mas que todo mi inocencia.

CARCELERO.

Delante de mí no se habla; y si el castigo no basta á cerrarte la boca, mordazas hay.

TEDIATO.

Haz lo que quieras; no abriré mis labios... Pero la voz de mi corazon... aquella voz que penetra el firmamento, ¿cómo me privarás de ella?

CARCELERO.

Este es el calabozo destinado para tí. En breve volveré.

TEDIATO.

No me espantan sus tinieblas, su frio, su humedad, su hediondez; no el ruido que han hecho los cerrojos de esa puerta; no el peso de mis cadenas. Peor ocupacion me ocupa ahora. ¡Ay Lorenzo! ¡Habrás ido al señalado

puesto : no me habrás hallado ; ¡ qué habrás juzgado de mí ! acaso creerás que miedo, inconstancia. . . ¡ Ay ! no, Lorenzo ; nada de este mundo ni del otro me parece espantoso, y constancia no me puede faltar, quando no me ha faltado ya sobre la muerte de quien vimos ayer cadáver medio corrompido. Si me acometiéron mil desdichas, ingratitud de mis amigos, enfermedad, pobreza, ódio de poderosos, envidia de iguales, mofa de parte de mis inferiores. . . La primera vez que dormí, figuróseme que veia el fantasma que llaman fortuna. Qual suele pintarse la muerte con una guadaña que despuebla el universo, tenia la fortuna una vara con que volvia á todo el globo. Tenia levantado el brazo contra mí. Alcé la frente, la miré. Ella se irritó : yo me sonreí, y me dormí : segunda vez se venga de mi desprecio. Me pone, siendo yo justo y bueno, entre facinerosos hoy, y mañana tal vez entre las manos del verdugo : éste me dexará entre los brazos de la muerte. ¡O muerte ! ¿por qué dexas que te llamen daño, el mayor de ellos, el último de todos ? ¡ Tú, daño ! quien así lo diga no ha pasado lo que yo. . .

¡ Qué voces oigo ! (ruido) en el calabozo

inmediato! Sin duda hablan de morir. ¡Llo-
ran! ¡van á morir y lloran! ¡qué delirio!
Digamos lo que dice el mísero insensato que
teme burlar de una vez todas sus miserias.
No, no escuchemos. Indignas voces de oir-
se son las que articula el miedo al aparato de
la muerte.

Ánimo, ánimo, compañero: si mueres
dentro del breve espàcio que te señalan, poco
tiempo estarás expuesto á la tiranía, envidia,
orgullo, venganza, desprecio, traicion, in-
gratitud... Esto es lo que dexas en el mun-
do: envidiables delicias dexas por cierto á los
que se quedan en él; te envidio el tiempo
que me ganas; el tiempo que tardaré en se-
guirte.

Ha callado el que sollozaba, y tambien
dos voces que le acompañaban, una hablán-
dole de... sin duda fué execucion secreta.
¿Si se llegarán ahora los executores á mí? ¡Qué
gozo! Ya se disipan todas las tinieblas de mi
alma. Ven, muerte, con todo tu séquito: sí:
ábrase esa puerta; entren los verdugos fero-
ces, manchados aun con la sangre que acaban
de derramar á una vara de mí. Si el ser in-
feliz es culpa, ninguno mas reo que yo. ¡Qué

silencio tan espantoso ha sucedido á los suspiros del moribundo! Las pisadas de los que salen de su calabozo; las voces baxas con que se hablan; el ruido de las cadenas que sin duda han quitado al cadáver; el ruido de la puerta, estremece lo sensible de mi corazon, no obstante lo fuerte de mi espíritu. Frágil habitacion de un alma, superior á todo lo que naturaleza puede ofrecer, ¿por qué tiemblas? ¿ha de horrorizarme lo que desprecio? ¡Si será sueño esta debilidad que siento! Los ojos se me cierran, no obstante la debilidad que en ellos ha dexado el llanto: sí; reclínome. Agradable concurso, música deliciosa, expléndida mesa, delicado lecho, gustoso sueño encantarán á estas horas á alguno en el tropel del mundo. No se envanezca; lo mismo tuve yo; y ahora.... una piedra es mi cabecera, una tabla mi cama, insectos mi compañía. Durmamos: quizá me despertará una voz que me diga, ven al tormento, ven al suplicio. Durmamos. ¡Cielos! si el sueño es imagen de la muerte!.. ¡Ay! durmamos.

¡Qué pasos siento! Una corta luz parece que entra por los resquicios de la puerta. La abren; es el carcelero, y le siguen dos hom-

bres. ¿Qué quereis? ¿Llegó por fin la hora inmediata á la de mi muerte? ¿me la vais á anunciar con semblante de debilidad y compasion, ó con rostro de entereza y dominio?

CARCELERO.

Muy diferente es el objeto de nuestra venida. Quando me aparté de tí, juzgué que á mi vuelta te llevarian al tormento, para que en él declarases los cómplices del asesinato que que se te atribuia; pero se han descubierto los autores y executores de aquel delito. Vengo con órden de soltarte. Ea, quitenle las cadenas y grillos: libre estás.

TEDIATO.

. . . Ni aun en la cárcel puedo gozar del reposo que ella me ofrece en medio de sus horrores. Ya iba yo acomodando los cansados miembros de mi cuerpo sobre esta tarima, ya iba tolerando mi cabeza lo duro de esa piedra, y me vienes á despertar; ¿y para qué? para decirme que no he de morir. Ahora sí que turbas mi reposo. . . . me vuelves á arrojar otra vez al mundo, al mundo, de donde se ausentó lo poco bueno que habia en él. ¡Ay! decidme, ¿es de dia?

CARCELERO.

Aun faltará una hora de noche.

TEDIATO.

Pues vóyme: con tantas contingencias como ofrece la suerte, ¿qué sé yo si mañana nos volverémos á ver?

CARCELERO.

A Dios.

TEDIATO.

A Dios. ¡Una hora de noche aun falta! ¡Ay! Si Lorenzo estuviese en el parage de la cita, tendriamos tiempo para concluir nuestra empresa: se habrá cansado de esperarme.

Mañana ¿dónde le hallaré? No sé su casa. Acudir al templo parece mas seguro. Pasaréme ahora por el atrio. Noche, dilata tu duracion; importa poco que te esperen con impaciencia el caminante para continuar su viage, y el labrador para seguir su tarea. Domina, noche, domina mas y mas sobre un mundo, que por sus delitos se ha hecho indigno del sol. Quede aquel astro alumbrando á hombres mejores que los de estos climas. Miéntras mas dure tu obscuridad, mas tiempo tendré de cumplir la promesa que hice al ca-

dáver encima de su tumba, en medio de otros sepulcros, al pie de los altares y baxo la bóveda sagrada del templo. Si hay alguna cosa mas santa en la tierra, por ella juro no apartarme de mi intento: si á ello faltase yo, si á ello faltase... ¿cómo habia de faltar?

Aquella luz que descubro será... será acaso la que arde alumbrando á una imágen que está fixa en la pared exterior del templo. Adelantemos el paso. Corazon, esfuérzate; ó saldrás en breve victorioso de tanto susto, cansancio, terror, espanto y dolor; ó en breve dexarás de palpitar en este miserable pecho. Sí, aquella es la luz; el ayre la hace temblar; de modo, que tal vez se apagará antes que yo llegue á ella. ¿Pero por eso he de temer la obscuridad? antes debe serme mas gustosa. Las tinieblas son mi alimento. El pie siente algun obstáculo... ¿qué será? tentemos. Un bulto, y bulto de hombre. ¿Quién es? Parece como que sale de un sueño. Amigo, ¿quién es? Si eres algun mendigo necesitado, que de flaqueza has caido, y duermes en la calle por faltarte casa en que recogerte, y fuerzas para llegarte á un hospital; sígueme; mi casa será tuya; no te espanten tus desdichas; mu-

chas y grandes serán ; pero te habla quien las pasa mayores. Respóndeme , amigo...... desahóguese en mi pecho el tuyo ; tristes como tú busco yo ; solo me conviene la compañía de los míseros ; harto tiempo viví con los felices. Tratar con el hombre en la prosperidad , es tratarle fuera del mismo. Quando está cargado de penas , entónces está qual es , qual naturaleza le entrega á la vida , y qual la vida le entregará á la muerte , quales fueron sus padres , y quales serán sus hijos. Amigo , ¿no respondes? Parece jóven de corta edad. Niño , ¿quién eres? ¿cómo has venido aquí?

NIÑO.

¡Ay!.. ¡ay! ¡ay!

TEDIATO.

No llores ; no quiero hacerte mal. Dime ¿quién eres? ¿dónde viven tus padres? ¿sabes tu nombre , y el de la calle en que vives?

NIÑO.

Yo soy... mire vmd. ... vivo.... venga vmd. conmigo para que mi padre no me castigue. Me mandó quedar aquí hasta las dos , y ver si pasaba alguno por aquí muchas veces , y que fuera á llamarle. Me he quedado dormido.

TEDIATO.

Pues no temas : dame la manita : tome ese pedazo de pan que me he hallado no sé cómo en el bolsillo, y llévame á casa de tu padre.

NIÑO.

No está lejos.

TEDIATO.

¿Cómo se llama tu padre? ¿qué oficio tiene? ¿tienes madre y hermanos? ¿quántos años tienes tú? ¿y cómo te llamas?

NIÑO.

Me llamo Lorenzo como mi padre ; mi abuelo murio esta mañana ; tengo ocho años, y seis hermanos mas chicos que yo. Mi madre acaba de morir de sobreparto : dos hermanos tengo muy malos con viruelas, otro está en el hospital, mi hermana se desapareció desde ayer de casa ; mi padre no ha comido en todo hoy un bocado de la pesadumbre.

TEDIATO.

¿Lorenzo dices que se llama tu pádre?

NIÑO.

Sí, señor.

TEDIATO.

¿Y qué oficio tiene?

NIÑO.

No sé cómo se llama.

TEDIATO.

Explícame lo que es.

NIÑO.

Quando uno se muere, y le llevan á la Iglesia, mi padre es quien...

TEDIATO.

Ya te entiendo: sepulturero, ¿no es verdad?

NIÑO.

Creo que sí: pero aquí estamos ya en casa.

TEDIATO.

Pues llama, y recio.

LORENZO.

¿Quién es?

NIÑO.

Abra vmd. padre: soy yo, y un señor.

LORENZO.

¿Quién viene contigo?

TEDIATO.

Abre, que soy yo.

LORENZO.

Ya conozco la voz: ahora baxaré á abrir.

TEDIATO.

¡Qué poco me esperabas aquí! Tu hijo te dirá dónde le he hallado: me há contado el estado de tu familia. Mañana nos veremos en el mismo puesto para proseguir nuestro intento, y te diré por qué no nos hemos visto esta noche hasta ahora. Te compadezco tanto como á mí mismo, Lorenzo, pues la suerte te ha dado tanta miseria, y te las multiplica en tus deplorables hijos... Eres sepulturero... haz un hoyo muy grande, y entiérralos todos ellos vivos, y sepúltate con ellos. Sobre tu losa me mataré, y moriré diciendo; aquí yacen unos niños tan felices ahora, como eran infelices poco há, y dos hombres los mas míseros del mundo.

NOCHE TERCERA.

TEDIATO Y UN SEPULTURERO.

DIÁLOGO.

TEDIATO.

Aquí me tienes, fortuna, tercera vez expuesto á tus caprichos: ¿pero quién no lo está? ¿dónde, quándo, cómo sale el hombre de tu imperio? Virtud, valor, prudencia, todo lo atropellas: no está mas seguro de tu rigor el poderoso en su trono, el sabio en su estudio, que el mendígo en su muladar, que yo en esta esquina lleno de aflicciones, privado de bienes, con mil enemigos por fuera, y un tormento interior, capaz por sí solo de llenarme de horrores, aunque todo el orbe procurase mi felicidad.

¿Si será esta noche la que ponga fin á mis males? la primera ¿de qué me sirvió? Truenos, relámpagos, conversacion con un ente que apénas tenia la figura humana, sepulcros,

gusanos, y motivos de cebar mi tristeza en los delitos y flaqueza de los hombres. Si mas hubiera sido mi mansion al pie de la sepultura, ¿quál seria el éxito de mi temeridad? Al acudir al templo el concurso religioso, y hallarme en aquel estado creyendo que.... ¿qué hubiera creido? gritarian: muera ese bárbaro que viene á profanar el templo con molestia de los difuntos, y desacato á quien los crió.

La segunda noche.... ¡ay! vuelve á correr mi sangre por las venas con la misma turbacion que anoche. Si no has de volver á mi memoria para mi total aniquilacion, huye de ella: ¡ó noche infausta! Asesinato, calumnia, oprobios, cárcel, grillos, cadenas, verdugos, muerte y gemidos... por no sentir mi último aliento huía de mí un instante la tristeza; pero apénas se me concede gozar el ayre que está libre para las aves y brutos, quando me vuelve á cubrir con su velo la desesperacion. ¿Que vi? un padre de familias, pobre, con su muger moribunda, hijos parvulillos y enfermos, uno perdido, otro muerto aun ántes de nacer, y que mata á su madre aun ántes de que ésta le acabe de producir. ¿Qué mas vi? ¡Qué corazon el mio! ¡qué inhumano si

no se partió al ver tal espectáculo!... Excusa tiene... mayores son sus propios males, y aun subsiste. ¡Oh Lorenzo! ¡oh! vuélveme á la cárcel, Ser Supremo, si solo me sacaste de ella para que viese tal miseria en las criaturas.

Esta noche, ¿quál será? ¡Lorenzo, Lorenzo infeliz! ven, si ya no te detiene la muerte de tu padre, la de tu muger, la enfermedad de tus hijos, la pérdida de tu hija, tu misma flaqueza: ven, hallarás en mí un desdichado, que padece no solo sus infortunios propios, sino los de todos los infelices á quienes conoce, mirándolos á todos como hermanos: ninguno lo es mas que tú. ¿Qué importa que tú nacieras en la mayor miseria, y yo en cuna mas delicada? Hermanos nos hace un superior destino, corrigiendo los caprichos de la suerte, que divide en arbitrarias clases á los que somos de una misma especie: todos lloramos.... todos enfermamos.... todos morimos.

El mismo horroroso conjunto de cosas de la noche antepasada vuelve á herir mi vista con aquella dulce melancolía... Aquel que allí viene es Lorenzo... Sí, Lorenzo. ¡Qué ros-

tro! Siglos parece haber envejecido en pocas horas; tal es el objeto del pesar semejante al que produce la alegria, ó destruye nuestra débil máquina en el momento que la hiere ó la debilita para siempre al herirnos en un instante.

LORENZO.

¿ Quién eres ?

TEDIATO.

Soy el mismo á quien buscas: el cielo te guarde.

LORENZO.

¿Para qué? para pasar cincuenta años de vida como la que he pasado llena de infortunios... y quando apénas tengo fuerzas para ganar un triste alimento... hallarme con tantas nuevas desgracias en mi mísera familia, expuesta toda á morir con su padre en las mas espantosas infelicidades? Amigo: si para eso deseas que me guarde el Cielo, ¡ah! pídele que me destruya.

TEDIATO.

El gusto de favorecer á un amigo debe hacerte la vida apreciable, si se conjuráran en hacértela odiosa todas las calamidades que pasas. Nadie es infeliz, si puede hacer á otro di-

choso. Y amigo, mas bienes dependen de tu mano, que de la magnificencia de todos los reyes. Si fueras emperador de medio mundo... con el imperio de todo el universo, ¿qué podrias darme que me hiciese feliz? Empleos, dignidades, rentas? otros tantos motivos para mi propia inquietud, y para la malicia agena. Sembrarias en mi pecho zozobras, rezelos, cuidados, tal vez ambicion y codicia... y en los de mis amigos... envidia. No te deseo con corona y cetro para mi bien... mas contribuirás á mi dicha con ese pico, ese azadon... viles instrumentos á otros ojos... venerables á los mios... Andemos, amigo, andemos...

LORENZO.

Vamos, que ya estamos inmediatos al templo.

TEDIATO.

Lóbrega habitacion del alma mia, muchas veces templo por lo que en tí ocultas. ¡Ay de mí! noche tenebrosa, no me prohibas la execucion de mi intento; y tú, ó fortuna, no envidiosa me estorbes mi único consuelo: aquí me tienes tercera vez esperanzado de tu inconstancia: vuelve, vuelve á serme propicia esta sola vez en que colmarás mi felicidad...

. . .

Y tú... mas, Lorenzo, ¿ qué te detiene tanto en abrir el templo?

LORENZO.

Un nuevo inconveniente causa mi detencion: no es posible ajustar la llave: mucho temo...

TEDIATO.

Tu miedo y turbacion és el estorbo: no temas ningun infortunio; ¿ puede ser mayor que los que experimentas? No, Lorenzo. Desecha este temor: desprecia una vida que ella sola te obliga á vivir entre los hombres, depósito de maldades: abre, abre esa puerta; entremos á buscar quien únicamente pudo hacer soportables las miserias de mi subsistencia; sí; únicamente: y tú, constante memoria mia, ayuda mi sentimiento: tú, tú sola puedes alentar á mi caido espíritu.

LORENZO.

No... no te acongojes: ya conseguimos vencer el inconveniente. Entremos; pero que melancólico nos recibe el templo! parece que siente nuestra demasía.

TEDIATO.

Cierra, y no perdamos tiempo. ¡ Ay! ¡ qué espectáculo tan triste! ¡ á los horrores de la

sombras se agregan los de aquella espantosa luz, que solo alumbra para manifestar escasamente tan horrible obscuridad! En este espantoso sitio descansa tanta hermosura; no, no..... mucho dudo que haya donde tú estés tanta melancolía; pero ¿cómo lo extraño, si mi corazon está lo mismo? Ea, Lorenzo amigo, acaba de hacerme dichoso... aumenta tu valor: sírvante de aliento mis suspiros, nacidos de un corazon tan sufrido: introduce por esa parte el hazadon ínterin lo executo yo por ésta con el pico, instrumentos ámbos de mi desgracia, y hoy de mi dicha.

LORENZO.

Ya lo executo; ¿pero no me dirás qué inconveniente pudo anoche imposibilitar tu venida? mas de quatro horas te estuve esperando; y viendo malogrado mi cuidado, por atender á otros, me retiré substituyendo mi vigilancia en el solo hijo que la suerte me ha dexado.

TEDIATO.

Por éste supe todas tus desgracias; pero mi detencion consistió en que la justicia apresó mi inocencia, y á no haberse descubierto con presteza los autores de un asesinato que me

acumulaban, hubiera llenado mi complacencia la muerte á que estaba sentenciado, justa á los ojos del mundo, y aun á los mismos que me condenaban: ¡considera la maldad de un mundo semejante! mi impía estrella no me permitió el consuelo de concluir con tantos males.

LORENZO.

¡O Dios! qué injusticia... pero todo me estremezco al mirar nuestra situacion: á los escasos rayos de esa moribunda luz advierto unas sombras que cruzan las altas y sombrías paredes del templo.... ¡ay! ¡Qué horror! qué...

TEDIATO.

No prosigas ni te amedrentes: estas sombras que tanto te asustan, no son otra cosa que aves nocturnas que habitan este parage, y salen á buscar el alimento. Las visiones de las sombras, el melancólico canto, y el contínuo ruido de su vuelo, contristáron tu corazon sin motivo: todo contribuye á mi agradecimiento... si supieras, ó Lorenzo, con quánta satisfaccion complaces mi alma, te lisonjearias de este beneficio: procuremos vencer la losa: ya, ya lo está: ¡ah Lorenzo! por momen-

tos voy consiguiendo mi deseado martirio: no; no son ya los fúnebres asombros los que me contristan; una dulce inquietud, ¡ah!...

LORENZO.

¿En qué piensas? ¿ahora lloras? ¿te afliges?

TEDIATO.

No, Lorenzo; no, no es ya afliccion la que me oprime; el quebrantado pecho mio es... Pero si acaso el interés te predomina, dueño serás de quanto poseo. Si eres de aquellos únicos pechos que solo aspiran á la gloria de la accion, jamás puede presentársete mejor ocasion para egercer tu generosidad; de uno ú otro modo, cierra la losa... luego que esté dentro, déxame esperar la muerte en los brazos que mas amo: sí, Lorenzo, yo seré dichoso: me desprenderé de una vida que me separa de mi dueño; acaba ya, ¡ah dolor!... pero....

LORENZO.

Tente; yo imagino que en este instante acabas de perder el sentido: ¿puedes pretender semejante absurdo?

TEDIATO.

No tengas por demasía la heroicidad; no la conoces, por lo poco que acostumbran los hombres á obrar bien; pero acaba ya: retardas

mi consuelo, no adquieras el nombre de tirano... pero no escuchas un ruido hacia la puerta?

LORENZO.

No solo oigo ruido, sino que siento empezar á abrir; solo mi compañero tiene llaves iguales á las mias... ¡Ay Tediato, mucho temo un infortunio!

TEDIATO.

Dexa, Lorenzo, dexa que entren y acaben con el mas mísero de los nacidos: cruel estrella, ¿hasta dónde perseguirás este infeliz? Acaba ya mi fatigado aliento, y este beneficio recompensará mis infortunios.

LORENZO.

Ya vienen: ¡Oh infelíz! ¡quántos se conjuran contra tu vida! ah interes, á qué fin me has conducido... ¡pero qué infaustos son los paraderos de la codicia!

JUSTICIA.

¿Qué motivos causan desórdenes de semejante naturaleza? ¿qué puede dar lugar á profanar el divino culto y templo? pero sin réplica daos á prision... y tú, mal hombre, cierra esa bóveda, y síguenos.

TEDIATO.

Si en el corazon de la justicia cabe digna piedad; y si acaso puede haber misericordia entre vosotros, dexadme, dexadme dentro de la tumba... El hambre, la sed, la fatiga acabarán mi enfadosa vida, y lograré unir mis cenizas con las mas apreciables reliquias: muevaos á piedad mi...

JUSTICIA.

Sacrílego, ¿aun piensas executar tus abominables intentos? llevadle pronto, no escucharle.

TEDIATO.

Pues, consentidos usurpadores de la equidad, ya que me negais todo consuelo, no podreis estorbar á mi efecto su quebranto. A Dios, dueño mio, recibe por ofrenda de tu hermosura una vida que tan fino te consagro: acabadme ya, ministros del intéres; pero mi dolor lo executará; ya me da este consuelo, ya fallezco, ya por ti, bien mio...

JUSTICIA.

Vamos, llevadle; y vos sin réplica obedeced.

TEDIATO.

¿Yo no podre saber dónde me llevais?

¿á qué parage conducis este desdichado?

JUSTICIA.

La misma experiencia sírvate de respuesta; á esta casa del Juez has de subir.

TEDIATO.

¿A esta casa?... Corazon, prevente á un nuevo sentimiento: ¿va á ser mi Juez mi protector? ¡tormento duplicado! ¡ó muerte! qué tardía te encuentra quien te apetece...

JUSTICIA.

A este Juez que se acerca debes presentarte.

JUEZ.

Vuestra preocupacion ya hace dias que me tiene con cuidado: no puedo acomodarme á que en quien tanto mandó la razon, obedezcan de tal modo los sentidos: ya sabeis que os amo, y así procuro vuestro destierro, tibio castigo para semejante absurdo, pero suficiente para que el entendimiento conozca vuestro delito, obre la razon, y ayudada de la reflexion, borre con la enmienda pasion tan desordenada: la sentencia no admite dilacion; y así cumplidla, advirtiendo que enmendado, es vuestro servidor y afecto quien os castiga con tanta benignidad. A Dios...

ANALES DE CINCO DIAS:

Ó CARTA

DE UN AMIGO Á OTRO.

ES UNA INVECTIVA CONTRA EL LUXO, MODAS Y USOS DEL SIGLO ILUSTRADO.

1 Mi caro amigo: eres amigo caro, aunque no italiano: amigo de modas aunque no frances; y amigo de hacer preguntas, aunque no señorito español. ¿A tí te parece que cuesta poco escribir cartas á quien no firma, como en barbecho las que le ponen? Pues á mí me cuesta mas caro responderlas, que pagar el porte de las que recibo; y así te llamo amigo *caro*, porque no tengo secretario, ni aun escribiente; gasto papel y tiempo, que, como otros muchos de los que se llaman escritores, pudiera emplear con mas utilidad propia y agena en cabar los campos, y en arar las tierras, ó en meterme á caballero (para lo que no es menester saber leer ni escribir), y pasar una vida como un Patriarca, segun se dice vulgarmente; pues no hablo de aquellos antiguos, ni de los fundadores Santos de las Ordenes Regulares, que pasáron tantos trabajos porque sus hijos gocen el fruto de sus sudores.

2 Dirás que mi escrito se parece á los pleytos que se usan, en los que se escribe

mucho, siendo inconexo del asunto sobre que es el pleyto (tambien suele serlo en algunos la resolucion), ó á los capítulos de los frayles, en los que resulta no hacerse lo que ántes de hacerlos se prometia; pero en tu lugar no se sabe de estilos de córte, en donde nada se dice sin preámbulo, y con preámbulo todo suele no decirse nada despues de haberse hablado mucho.

3 En tu lugar se sabe de usos hilanderos; y tal vez hilar delgado, y por el hilo sacar el ovillo. Hoy se usa poco ir por el camino recto, y se usa mucho para todas cosas, ir por rodeos, y que no sepan por donde, ni cómo andan las cosas; pues ha llegado la política á lo que puede llegar: es tan fina y tan incomprehensible, que son pocos los que la ven y comprehenden; y así se llama este siglo *el siglo ilustrado*, y con razon; porque no merecen descalzarle los diez y siete siglos que han precedido desde el nacimiento de Cristo señor nuestro; y Machiabelo, con todo su saber, es político de teta para ciertos políticos que se han civilizado en lo que llaman *gran mundo*.

4 Ya se desterró la indecente antigualla de

patentizar la verdad desnuda; y así se usa que la verdad salga á la calle medio vestida, y las mugeres medio desnudas, con lo que se crian mas robustas, á fuerza de resfriados y apretones de garganta, y evitan el riesgo de enlodarse los *guardarodillas*, que aun conservan el antiguo nombre de *guardapies*.

5 Me parece que te veo impaciente de que no entramos en Madrid, ni en los asuntos á que debo responderte; pero ya vamos á entrar en uno y otros.

6 La mañana del dia tantos, de las calendas de no me acuerdo (porque esto de cronologías no es para mí, ni para otros que se meten á cronologistas, y de qualquiera cosa hacen *época*, como de la tarde que la primera vez salió á luz el gran lazo llamado *caramba*, en honor de su inventora, llevando las atenciones de todos los atentos), llegué á la imperial y coronada Villa, *que solo ella es corte*, segun dice un autor de nota, que así lo denota, y se le nota.

7 Era mi conocida antigua; pero la desconocí, no por mas vieja, como era natural pasando años, sino por mas nueva, y dudé si era verdad que estaba en Madrid, porque ví

mudados los montes de como los habia dexado: pero reflexioné que un gran Rey como el nuestro (Dios nos le guarde) sabe hacer de los montes ásperos y estériles, llanos deliciosos, y tierras útiles y agradables (*).

8 Vi la ermita de nuestra Señora del Puerto metida en una ensenada, y que el camino iba de texas arriba de esta ermita. En el rio (que siempre me rio de que le den este nombre) no hallé novedad. Como no ha entrado en el *gremio* de los rios grandes, no ha aumentado su caudal. Tambien me rio de que quiera hacer figura, y parecer mas de lo que es, no teniendo caudal, por la vanidad de que su nacimiento es claro, y su orígen puro y antiguo; pero llegó el *siglo ilustrado*, donde oro es lo que oro vale, y se pesan las gentes por el peso de lo que tienen, no por lo que merecen sus méritos, desde que Astréa se llevó al otro mundo su balanza.

9 Vi, al llegar á la puerta de San Vicente, que la puerta antigua se habia metido en la tierra, y el Santo se habia ido al cielo, y que no se hacia tan cuesta arriba el entrar en

(*) *Alude á los de Sierramorena.*

Madrid por un camino tan ancho.

10 En él me salió al encuentro un amigo mio llamado Juan de las Viñas, que tiene de todo, ubas, pámpanos y agraz. Salia á recibirme en un coche, que dixo era de un tal *Don Simon*. Metíme en él, y despues de los primeros cumplidos de abrazos y besos (uso de este *siglo ilustrado*, aunque tambien lo fué en el de Judas), y de preguntar por la salud y por las *obligaciones*, aunque á esta pregunta siendo como suena, no se suele dar respuesta que sea satisfactoria; me dixo: estarás pasmado de lo que ves, y te pasmarás mas de lo que verás. Estamos en el *siglo ilustrado*: yo te iré orientando y disipando las densas nieblas que ofuscan tu *glándula pineal*, y (*) seré *Descartes* á tus dudas.

11 Me conformo, respondí: y pues quien pregunta no yerra, aunque sea herrador, y pare el martillo para preguntar, te haré mas preguntas que un catecismo; pues para entender lo que veo y pienso ver, necesito una nueva doctrina, porque la que tengo vieja, no

(*) *Sienta* Descartes *el raciocinio en la glándula pineal.*

me puede orientar de la nueva que anda, y que ha petado tanto, ni pasar sin ella por hombre civilizado, como el *Marcial*, dexando á un lado el *Caton*.

12 Al llegar á Leganitos, pregunté á mi Juan por la alcantarilla, y me dixo: amigo, ha tenido *buena ventura*: se la llevó una avenida, y quedamos sin su mal olor; y de esto verás lo que puede el que puede, y quiere hacer bien al público con obras tan útiles y necesarias.

13 Seguimos por las calles de los Reyes (que si no está grandemente empedrada, lo está con piedras muy grandes) y dixo Juan: te llevo á comer á casa de un amigo que come muy bien; y en esto, en el juego, y en la posada, se conoce que es caballero: tiene buena renta, pero todo lo *debe*.

14 Ir yo á comer, le dixe, donde ni me conocen, ni me convidan, es reparable. Eso lo era antaño, respondió Juan; pero no ahora que estamos *en el siglo ilustrado*. Hoy los que acompañan á las grandes mesas se componen de tres diferencias: unos convidados por el señor de la casa; otros, sin conocerlos éste, por la señora; y otros que, sin conocimien-

to ni convite del señor ni de la señora, se convidan por sí con gran marcialidad; y les estiman la confianza, si son hombres que saben jugar, cortejar y hablar de modas: y como hayan estado en alguna taberna de Lóndres, en algun bodegon de París, ó en algun meson de Nápoles; entónces, mas que si hubieran pasado el golfo de Leon, tienen facultad y gracia para tener á las mugeres que están de parto, sostenerlas el pie para que las sangren, ponerlas unturas contra los cólicos, remediarlas en sus vapores, y ayudarlas con otras medicinas.

15 Pues, amigo, le respondí, yo no sé de modas, tabernas, ni bodegones, ni he comido en ninguno: el que tenia le eché por la ventana en un convite en casa, y así yo no voy á esa. Sí irás, me replicó, luego que sepas de quien es. Es de un conocido tuyo muy antiguo; y te está aguardando, porque se lo he dicho yo, y lo mismo á su muger, la que, aunque dicen que es sosa, á mí me parece que tiene bastante sal y adobo desde que salió al gran mundo, y está mejorada en su trato, aunque no *en el tercio y quinto* de su esencia. Su marido... No me digas mas, re-

pliqué, ya sé de quien hablas: ha comido conmigo por esos mundos algunas veces, y no debo tener reparo en ir á comer con él. Conozco mucho á Perico, que no es el de los palotes, ni tan chico como Perico urdemalas, ni tan grande como el Czar Pedro: aborrece las cosas del tiempo del Rey Perico, las crueldades del Rey Don Pedro, y las ceremonias de Don Pedro el ceremonioso; pero no es tiempo en que nos metamos en razones de historia, que hoy son lo mismo que tú las tienes. Pedro: y pues está nuestro mozo Pedro en casa, vamos á ella.

16 Llegamos; y el portero me habló en cerrado frances. Dixe á Juan que habiamos equivocado la casa, pues allí viviria algun embaxador ó ministro extrangero. Me respondió que no, que uno de los buenos *muebles* que habia traido Perico de mas allá de los Pirineos era el portero furiosamente frances.

17 Subimos la escalera, entramos en el quarto de Perico, que, aunque eran mas de las doce del dia, estaba en ropa de *chambre*. Me dió un abrazo y dos besos, uno en cada carrillo: me hizo varias ofertas y preguntas: llamó á un *doméstico*, y le dixo me llevase

con mi compañero al *apartamento* de su muger : iba á decir de su *fama*, porque la tienen entre *muchos de bello mundo*, las mugeres que galican los nombres castellanos. Me guió el criado, y al llegar á una pieza, sala ó quarto, me dixo : esta es la *cámara* de mi señora. Yo que oí cámara, y olí que todo aquello apestaba como los gatos de Algalia, y peor que antes las calles de Madrid, le pregunté : ¿está la señora en el retrete? Señor, no, me respondió ; lo está en la *toaleta*. Ya, dixe yo : estará adornándose, peynándose y tocándose al espejo de su tocador. Señor, sí, me respondió.

18 Entramos sin llamar ni decir Ave María purísima, ni Deo Gracias, porque ya no cae en *gracia* de la moda esta salutacion. Hice mi arenga á la señora, que me dixo me besaba las manos, y que me sentase. Lo estaban ya, y medio recostados, dos petimetres tan bien peynados, que sería obra de muchas horas. Las bolsas del pelo eran semejantes á como dicen que son las armas de los vizcaínos : traian vueltas de encaxes, harto mas finos que los que con este nombre venden los catalanes : cubrian con sortijones la longitud

de los dedos de sus manos, y hasta en los de los pies llevaban unos hebillones perdurables, al modo de los que ponen en las sopandas de los coches, las que comenzaban á caminar desde mas abaxo del empeyne con tanta carga de piedras, que les haria su peso sentar bien el pie, y dexarian muy apurada la cantera de que se sacaron. Lo mismo sucederia á la de talco en todos los cintillos de los sombreros y pomos de las espadas. El uno vestia una casaca ó sobretodo, *sortú* ó *cabriolé*, de color obscuro, forro amarillo, y guarnicion de plata. A esta cubierta, funda ó vestido, llamaban *pequés*; y el otro, otra encarnada y oro, que nombráron *circasiana*, con pasamanos de cadenillas y borlitas, por *quid pro quo* de ojales y botones. Me baxáron la cabeza (sin ademan de levantarse) les respondí con la misma accion, y me senté. Ellos continuáron callados, jugando el uno con una borlita de la *circasiana*, y el otro con dar vueltas á una caxa de tabaco *rapé*, que tenia el retrato de una madama con uno de los peynados de moda. Poco despues habláron algunas palabras de aquellas que no dicen nada en substancia, en un español chapurrado; por-

que habia estado el uno casi mes y medio, y el otro cerca de dos meses, en París y sus cafées, visto tragedias en sus teatros, y oido sus conciertos, no espirituales, y paseádose en sus Tullerías; de manera, que para ser franceses (si hubieran nacido y criádose allá) no les faltaba mas que aprender la lengua, y mudar de apellidos, pues los modales, y todo lo demas, lo habian mudado y trocado, hasta el Don por el turuleque del *Monsieur*. El peluquero era francés (*de Picardía*), y las dos criadas que servian los alfileres, españolas.

19 La señora que no encontraba de que hablarme, y se hubo de acordar de que era forastero, me preguntó, despues de tanto tiempo de visita y de silencio, si estaba bueno; y sin duda me tuvo por huérfano, pues no me preguntó por ninguno de mi familia. Díxela que me dolia la cabeza (y era desde que entré en su casa). Al instante, ó al momento, el adoptivo *Monsieur* de las borlitas sacó dos pañuelos blancos; y me dixo: huela vmd. éste que está con agua de la *bànda*, ó éste que tiene la de *champarell*. El de la caxa sacó otro de vinagrillo, y *parló*:

tome vmd. un poco de esta tabaquera, y se le refrescará la testa. Yo les di las gracias, y les dixe: que esperaba que mi mal se le llevaria el ayre luego que me diera en la cabeza, y que no estaba acostumbrado á olores, aunque tenia grandes narices. A este tiempo entró un criado con un papel de otra señora, en que la decia, que no podia ir á cierta visita, porque estaba con la *dormilona*. Yo dixe aparte á mi Juan: pues que la dexe dormir, y que se vaya. Hombre, me dixo al oido, la *dormilona* es la gran cofia que se ponen las señoras (en que se las divisa la cara entre dos conchas á manera de almejas á medio abrir), quando el peluquero falta á peynarlas; y esa señora falta muchos dias á Misa por las faltas que la hace el peluquero extrangero, no obstante que le da (ó le ofrece) diez reales diarios porque no le haga falta: y la servirian por mucho menos, y sin tantas faltas, peluqueros españoles; bien que sería mejor y mas decente que fuesen sus criadas. Pero el que sean españoles es la falta mayor que pueden tener para dicha señora, no pudiendo decir entónces en las visitas que la habia peynado un *Monsieur Leblané*, ó un *Monsieur Lebrum*.

20 Entróse, y como por su casa con mantilla de muselina (gusta mucho de lo privado), y basquiña de terciopelo rizo de moda, una muger á quien trató con grande agasajo, y la llamó *Madama* la señora. Pregunté á Juan, ¿quién es esta? Y me respondió: una modista que ayer tomó una letra de mil luises para su tierra. Sacó madama de una gran caxa, que traia un mozo de carga, un empinadísimo sombrero (que subia al modo de los cucuruchos de los nazarenos, ó del árbol mayor de un navío empavesado con muchos gallardetes), guarnecido con cintas, cada una de dos colores, y con borlas y gasas á modo de los turbantes; y otro promontorio que parecia coroza con sus llamas, sin faltarle lo emplumado, con hilos de perlas gordas, que, despues de mil vueltas y rodeos, remataban en una cosa del mismo color de perla esmaltado; cuya figura semejaba á la de las campanillas de las mulas de colleras. Diéron á este promontorio el nombre de *escofieta*. En el anverso del centro habia un gran circo, y hácia el punto céntrico una naumaquia, en donde se registraba una nave del tamaño de los modelos que tienen los que aprenden la náutica:

en el reverso muchas varas de cinta de agua y vino (era de dos colores) y del ancho de las del órden del baño.

21 Yo me embobaba, viendo éstas, á mi parecer, bobadas; pero como no entendia de ellas, ni las podia remediar, veía, oía y callaba.

22 Dixo la señora: estas cintas del sombrero no me gustan; y respondió el soplado *Monsieur* de las borlitas: madama, perdóneme vmd. ¿Pues en qué la ha ofendido? decia yo entre mí; pero ví que prosiguió: y permitame tenga el honor de decirla, que estas cintas son de la gran moda, y mas en Madrid, que tienen el nombre de la *union.* Los *ayrones* ó plumas de esta escofieta me parecen pequeños, dixo la señora. No, madama; respondió el *Monsieurado* señor de las caxas, y el *Pequés*: acabo de recibir una *letra* por la mala de Francia (mala obra nos suelen hacer las letras que de allá nos giran, dixe á mi capote), en que me *parlan*, que la mensura de los ayrones y plumas á la *dernier*, debe ser de un pie (se entiende de los franceses, que estan en tan gran pie, que todo se mide por el suyo; no de los romanos antiguos, ni de

los españoles), tres pulgadas y cinco líneas. Y efectivamente los tiene esta pluma de color de lila, que hace juego con la roxa, y de color de canario. Y mejor triunvirato que el romano, dixe al oido de Juan; pues estamos en el *siglo ilustrado*. A propósito, añadió el *Monsieurísimo* señor: tambien me dice esta carta (con la prisa se le olvidó decir *parla*, ó se acordo que habia nacido cerca del lugar de este nombre) que se ha inventado en *Marli* un nuevo género de *caprichos*, de bravo gusto, para las cabezas de las señoras mugeres. Bastantes caprichos, dixe á Juan, tienen por sí ellas; y lo peor es, que por conseguir los de moda, suelen amansar á los maridos. El deseo de parecer bien, me dixo Juan, que es el mayor enemigo del alma de las mugeres, tiene la culpa; y no habria tantas, sino parecieran bien á los hombres las modas del luxo, á que dan elogios en lugar de vituperios. Esta es la razon de que hay tan pocas mugeres varoniles, desde que hay tantos hombres afeminados.

23 Entró un criado á saber á que hora queria la señora que estuviese puesto el coche, y ella le preguntó, ¿han traido ya el *frances*?

No señora, respondió, porque el maestro nó le ha acabado. Fuerte desgracia es, dixo la señora, dando una palmada, que no ha de haber en Madrid mas que un maestro extrangero, al que acudimos todas las gentes del *bello gusto*, y así no puede cumplir con todos, aunque se le pagára lo que quiere. Pues el Rey, no pude menos de decirla, ¿no tiene reales y verdaderos maestros de coches? Los del Rey, me respondió, hacen los coches á la española, muy fuertes y duros, con las varas derechas, y al hilo la caxa: va muy alta, y el coche sonando como tambor. Los franceses hacen un ruido agradable; suenan, porque tienen muchos mas yerros, como si lleváran sonajas, y con las varas tumbadas; vé una mejor las gentes por ir mas cerca del suelo; el pesebron es mas hondo, el asiento mas baxo, y se evita ir encogida, dando con la escofieta en el cielo. Pues echarla á tierra, decia yo para mi capote, ó cortarla las tres partes, que con la quarta aun les sobra á esas corozas mucho *gilado*. En el coche que tengo, prosiguió la señora, aun sin llevar almohadon, lo que hace al asiento incomoda: voy encogida, y para salir, necesito hincar la rodilla en el pese-

bron, baxar la cabeza é irla sacando por la tronera de la puerta; y luego que está fuera, extender la otra pierna para coger el estrivo, lo que me trae con muchísimo cuidado, por evitar la grandísima desazon que me ocasionaria, si se me descompusiera la escofieta ó el peynado. ¿Qué pareceria yo entónces, yendo cada cabello por su lado? Es cierto, dixe yo, que vmd. y todas las señoras deben cuidar de no parecer *descabelladas*.

24 Una de las dos asistentas ó criadas (que yo no sé si son damas ó doncellas, ó como deben llamarse) preguntó á su ama, qué bata queria; y respondió: me enfadan las batas, porque ha mucho tiempo que se usan: quizá me ponga *deshabillé*, con un *capricho*, ó *polonesa* con manteleta; pero no: trae con la *parlamentaria* la *bostonesa* de color de pulga á medio morir, con la guarnicion de color de cabellos. Yo que oí aquella algaravía, y la union que queria hacer de lo que suena *parlamento* con lo que suena *bostonesa*, á pesar de *Mr. Washington*, pregunté á mi compañero: ¿á dónde estamos? Y me respondió: *en el siglo ilustrado*.

25 Entró un criado con una vandeja, y

dixo : señora , aquí vienen los zapatos de tres colores , con cintas en lugar de hebillas : los broches de muñeca ó pulseras puestas en sortijas , y los dos abanicos , el uno de los colores de moda , y el otro con los volatines pintados.

26 ¡Hombre! dixe á Juan : zapatos con cinta en lugar de hebillas , serán antiguos ; y broches por sortijas , serán rodelas. ¿Y qué tienen que ver los volatines con los abanicos? Mucho , me respondió Juan : tú no estás ilustrado *en el ayre de la gran moda*. No has visto los volatines de este año ; pero mañana irémos allá , que han de correr toros en el teatro , ponerles vanderillas , y estoquearlos. ¡Toros en quaresma! repliqué. Sí , toros , respondió Juan ; pero estos los han de figurar hombres con unas banastas sobre las cabezas , y parte de las espaldas , que será un hechizo verlos tan propios. Las luces de los italianos nos dan en el otro corral unas sombras , que es un *asombro* ; y yo doy de muy buena gana , y ellos lo reciben de mejor , el *quatrini* por *pantomimas*. Pues yo no , le respondí ; porque me enfada todo lo que se llama engaña muchachos y saca dineros ; y que siendo tan fe-

liz la suerte de los que por dar *saltos* se han puesto sobre la *maroma*, no cuiden mas del *equilibrio*, aunque cuidan bien de no caerse; pero como tienen que dar el salto que llaman *mortal*, tropiezan, y caen en la tentacion. . .

27 Las cintas en lugar de hebillas, dixe, me parece buena moda, que yo tambien soy amigo de modas quando tienen una de dos razones, ó ambas: esto es, que sean económicas ó acomodadas. Esto tiene lo primero; pues se ahorran sin hebillas piedras de Francia, inga de Inglaterra, topacios de Portugal, &c. y se gasta en las cintas un género que tenemos, como es la seda; aunque para mí no me acomoda en lo que es vestir mas de dos géneros; el lino para el verano, y la lana para el invierno. Los sortijones grandes pueden servir para varios usos; como tapar de pronto una gatera, la cara del fuego de la chimenea, y la cabeza del calor del sol; pero callemos, porque reparan que hablamos mucho en secreto, y es mala crianza. En las visitas, me respondió Juan, no se repara nada, y en esto de crianza cada uno hace *sanfason* lo que le acomoda. El demostrar respeto y compostura en presencia de las señoras, fué un tiempo que

llaba mas cansado que del viage, de ver, oir y oler lo que me repugnaba, y no gustaba de tocar, y estaba *sentido* con todos los mios, y mis tres potencias. Díxome Perico, te llamo porque hace frio: á esta chimenea inglesa hay *comodidad* para hacer tiempo hasta la hora de comer, ó si quieres echar una *partida* ó registrar mi estante de libros, á que sé eres aficionado. Es cierto, dixe, que esa es mi comidilla; pero si ahora entro al registro, no comeré, y lo necesito mas, por ver si con esto se desahoga mi cabeza que la tengo bien cargada, y si leyera ahora, la cargaria mas. Dime por mayor de qué obras se compone tu librería. No merece ese nombre, me respondió: se reduce á algunos diccionarios y traducciones modernas del frances y del italiano. Hombre, respondí, un punto has tocado, que si dixera lo que siento, estaria hablando muchas horas sin hacer punto. ¡Traducciones modernas del frances y del italiano! ¿Pues qué, dixo Perico, no han enriquecido nuestra lengua con nuevos términos? Y tantos, respondí, que es una *barbaridad* los que han introducido estas vastas obras; y baste, porque quiero poner punto en boca ántes de [illegible]

carme. Dime, ¿qué obras tienes españolas? Pocas, dixo, pero buenas y divertidas: la Floresta, el Florilegio, que ya es libro raro... Y siempre lo ha sido, dixe yo. Dichos y hechos de Felipe II.°, continuó Perico: el Deleyte de la discrecion, cuyo autor ó recogedor dicen que es excelentísimo, y las descripciones tienen poco de *frias*, y el papel nuevo *sobre ser mas perjudicial el tener en las casas gatos que ratones.*

32 Iba á soltar la maldita, quando entró un criado, y le dixo: vmd. está servido. No entendí á lo que aludia esto; pero me sacó de la confusion Perico, expresando: pues el *Metredotell* avisa que está la sopa en la mesa, *alon.* Vamos, dixe yo, de buena gana; porque tenia mucha de comer, y poca de hablar.

33 Nos sentamos Pedro, Juan y Diego, Fulano y Zutano. Madama con sus alfileres y con sus adornos se sentó en medio de los aprendices de monsieures. Estos levantaron las tapas á unos grandes tazones de plata, mas largos que anchos, sobre quatro pies (cuya hechura semejaba á la de las urnas sepulcrales) que llamáron *Tarrinas.* Me dixó uno si gustaba de *macarrones.* Nada *macarrónico* me

gusto, le respondí; lo que yo quiero es sopa. Al *uñon* ó á la *rén* dixo el otro. Yo (repliqué) quiero cebolla claro, y quiero pan empapado en caldo en substancia de la olla; cuya substancia no sé en substancia como la llaman en estos bullones.

34 La mesa estaba llena de platos (que llamaban *trincheros*) puestos simétricamente, al modo de líneas de tropa, que guardan las distancias de frente á fondo, y servian de pared, ó ballado á una figura de jardin, que ocupaba el centro, con paseos, estatuas, fuentes, flores, &c. Llamáronla *sortú*, y no podia ménos de dexar de ser *ramillete* agradable á la vista; pero al paladar no le servia, porque no habia en él que comer, ni que beber: todo esto estaba en *flor*, y nada en *fruto*.

35 Reparé que aquella mesa, aunque tan adornada y vestida, estaba *desollada*. Por mas que la busqué, no pude encontrar la olla, siendo mi quotidiano alimento, y la que prefiero despues de Dios, á la casa de *Quirós*. Fué de mucha mortificacion para mí la abstinencia de olla en un dia, que por ser Domingo no era dia de ayuno, y así no fué para mí dia de *fiesta*. ¿Quiere vmd., me dixo un comensal,

Bufaladob ? ¿qué es? pregunté á Juan: estofado, ó baca adobada, me respondió. Dixe que sí, y tambien comí de un plato de ternera mechada ó claveteada con tocino, al que llamáron *fricandó*, y de una pepitoria, que nombráron *fricasé*.

36 ¿Gusta vmd. (me dixo el otro Monsieur) de huevo á la *ubonata*? Nada á la *ubonata* me gusta, le respondí; y esos nombres me desbautizan. ¿Quiere vmd. *maleta*? Dele vmd. de esa tortilla, que es lo mismo, dixo Juan; pero para mí no es lo propio, le respondí. Tambien otro me ofreció *pulpiton*, y dixe, que no era predicador, ni rompia cátedras; y así no necesitaba *púlpito* grande ni chico. Se rió de esto, porque le parecia rústica ignorancia, y me hizo la caridad de enseñarme, que el *pulpiton* (término que entre otros ha enriquecido nuestra pobre lengua la *çbaçbarona* italiana) era carne picada, picadillo ó gigote, del que se hacen almondiguillas; pero con la singularidad de no pluralizarlas, reduciéndolas á una grande, como si dixèramos almondigon. Con esto me enteré de que los acabados en *ton* todos los modistas los aprecian mas, y el *tonton* que usan á *tuntum*

les agrada mas al oido que el *gongon* (como *rodrigon*) y el *run run*.

37 Aquí hay *madera*, dixo Perico. ¿Pues qué, dixe á Juan, es esta comida de carpinteros? No es eso, me respondió, es convidar con vino de *Canarias*. ¡Válgate Dios, que aun siendo cosa de España, fué á buscarla Perico fuera de la península! ¿Quiere vmd., me dixo el Metredotell, vino *del Rhin*, de *Burdeos*, de *Fontiñan*, ó de *Champaña*? ¿Hay de Valdepeñas? le pregunté. Sí señor, me respondió. Pues ese quiero; los demas ni de *valde*, excepto un poco del de Málaga al acabar de comer. Por fin y por postre me dixo Juan, si queria *compota*. ¿Qué es compota? le pregunté. Dulce á medio hacer, que no está en su punto el almivar, me respondió. No, le dixe; yo quiero las cosas en su punto, y que no estén fuera de su lugar. Pues vuélvete al tuyo, replicó. Tienes razon, le contesté. ¿Quiere vmd., dixo un Monsieur, *diabolines italianos*? Ni italianos, ni diabolines, que para mí todo es uno: ese alimento es demonio, que tienta al mundo y á la carne.

38 La señora, con el monsieur del *Pequés* á su lado, estuvo hablando (no entendí de qué)

todo el tiempo de la mesa. Llegó el de que sin hablar nadie, ni dar gracias á Dios de que nos habia dado de comer sin merecerlo, ni ganarlo con el sudor del rostro; pues aunque el Rey y el Príncipe las dan; en esto y otras virtudes no es moda el *Exemplum Regis*: repito sin ser predicador, que llegó el tiempo de que, sin hablar nadie, todos los sentados se levantáron, é hicieron una evolucion de táctica, semejante á la que se hacia en el exercicio del año de veinte y ocho. Echáron á un tiempo la mano derecha á la servilleta, la levantaron y se levantaron. Al mismo tiempo retiráron con la izquierda la silla; y diéron media vuelta. En esto no hubo igualdad, porque unos la diéron como los milicianos sobre la derecha, y otros sobre la izquierda. Estaban detrás varios criados con vasos de agua caliente, y se laváron muchos las manos. Necesitaban aquel aseo todos los que con los manjares se habian manchado los dedos. Yo hice tambien el mismo manejo servilletíno por aquel consejo, de que *donde fueres haz como vieres*; pero se entiende, que si fuere razon ó indiferente.

39 Fuimos á otra sala, donde sobre me-

sitas de juegos habia vandejas con platillos y tazas de porcelana llenas de café, y en medio un tazon con almendrucos de figura irregular de azucar de Holanda.

40 Tomamos café como unos turcos: se llegó un criado con una salvilla de copitas, y un frasquito, y me dixo si queria *perfecto amor*. El perfecto amor (le dixe) no he tenido la fortuna de conocer; es muy bueno: el imperfecto, que he tenido la desgracia de tratar, es muy malo; y así no le quiero ya. El criado, que no estaba hecho á oir este lenguage, se fué sin entenderlo.

41 *Alon á las partidas*, dixo Perico á todos; y á mí, tú harás una de *rocambor*. Yo no sé lo que es *partida de rocambor*, le respondí. Es, me dixo, jugar con platillo al tresillo, al hombre ó al renegado. Reniego de tu lenguage, le dixe entónces; pues si tenemos tres equivalentes para nombrar este juego, ¿qué necesidad hay de mendigar este nombre extraño? Vaya, dixo Perico, que eres español de quatro suelas. Lo soy, le respondi, de quatro costados, como tú.

42 Nos pusimos á jugar, y á poco rato se llegó á mí uno de los comensales, y me pre-

gunté: ¿*Guadaña* vmd.? no señor, le respondí, no soy guadañero, y aunque en mi tierra se guadañan algunos prados, van de otra parte á hacer este trabajo. No pregunto eso, dixo, sino ¿si vmd. aumenta con el juego el fondo de su caudal? si no pierde, ó si gana? Pues si sabe vmd. (le dixe) esos modos de explicarse, ¿á qué viéne esa gana de parecer italiano, que para mí es una muerte con su *guadaña*?

43 Al mismo tiempo que entró un criado á decir á la señora que estaba puesto el coche, me dixo el que daba las cartas, *cupé*. Coche le repliqué. No digo eso, respondió, sino que vmd. corte, alce ó divida en dos mitades la varaja. Fuerte cosa es, dixe, que teniendo tantas maneras de explicarnos, hayamos de tomar otra para no entendernos.

44 Se acabó con aquella mano el juego, y sin despedirme (segun uso) me fuí con Juan á la posada donde estaba mi familia, que ni aquella, ni ésta (que dexé en la puerta de San Vicente) habia visto en tantas horas como estaba en Madrid. Te he tomado casa, dixo en el camino Juan, junto á Santa Bárbara, porque sé no te gustan los barrios del bullicio. Es

cierto le respondí, que no gusto de meterme en estos *bullones* y caldos (ya te acordarás de lo que dixe en la mesa), que soy devoto de Santa Bárbara por lo que puede *tronar*; y que pienso vivir retirado, quando pienso en querer *vivir*. He vivido en Madrid en muchas calles, en la de *Preciados*, *Majaderitos*, en la de la *Cruz* y *Humilladero*, y en la del *Desengaño*, adonde tambien ahora pienso mudarme.

45 Al llegar al barrio, pregunté á Juan, ¿qué palacio es aquel? No es palacio, me respondió, es el saladero de los cochinos. Válgame Dios, dixe, lo que vale, *lo que vale* y lo que vale haber llegado al tiempo del *siglo ilustrado*.

46 Al entrar en casa, dixe: esta casa está mal junto á las de Embaxadores, por el riesgo del fuego de sus cocinas. Hay poco riesgo, dixo Juan, porque lo mas del año están en los sitios reales con toda su familia, como es de su obligacion. Pues siendo así, le respondí, estoy contento."

47 Me dixo mi ayuda de cámara, (que tambien soy hombre que le gasto por no aguardar al peluquero y barbero) aqui ha estado en coche una señora grande *de edad* á dar á vmd.

la bien venida. Hombre, le respondí, y ántes que yo llegase? no puedo caer en quien sea por esas señas. Dióme las de la librea, y caí en quien era. Esta señora tiene para divertirse gran tertulia: mañana á las once (dixe á Juan) la irémos á ver.

48 Fuimos, y estaba con muchas gentes de forma, y toda forma de gentes á su lado, sentada en cuerpo (y al frente algunos del Diplomático) una muger con muchos guapos. Yo no la conocia ni sabia qué tratamiento darla. Pregunté, que ¿quién era? y me respondiéron que madama Likertuf, modista única en su habilidad. Dixe entre mí: vaya, esto será estilo del *siglo ilustrado*. Hice mi cumplimiento, y me salí con mi compañero.

49 En el portal me pidió limosna un hombre andrajoso y descalzo. Preguntele ¿qué oficio tenia? Y me respondió que el de zapatero: ¿ pues cómo, repliqué, no trabaja vmd. en su oficio para mantenerse? Ay señor, me dixo, estoy perdido porque aquella señora que va en aquel coche guapo (pasaba al mismo tiempo) me debe seis mil reales de zapatos; no he encontrado modo para que me los pague, y porque yo debia mil reales á mis acree-

dores, me echaron la justicia, me lleváron á la cárcel, vendiéron todos mis trastos para pagarlos, y pagarse de las costas, y me quedé en la calle, en la que me hallo con mi muger y dos hijos pequeños. Esta misma desgracia pasa por otros menestrales de otros oficios. Me dió lástima, le socorrí con lo que pude, y dixe: válgame Dios, ¡qué esto se consienta en un *siglo ilustrado*!

50. Aquella tarde fui con mi compañero á los bolatines: no se cabia de gentes en el corral (por mí mas que se llamase coliseo) y calles adyacentes (me gusta este terminillo) con la novedad de los toros. Llegamos quando acababa de suponer el primero que habia muerto. Dieron fé de ello muchos espectadores, y otros alegáron, que segun la ley de toro, habia sucedido en todos sus derechos y acciones el toro que iba á salir, y que se le debia dar la posesion real corporal *vel quasi*. Con efecto se descubrió otro toro atado á una maroma. No podia jugar puntas, porque estaba embolado: le corriéron, le matáron y saliéron con esto de la oferta de los carteles; y Juan y yo del corral, habiendo visto una cosa que solo se ha visto en el *siglo ilustrado*.

51 La mañana siguiente fuimos á ver á una señora moza, que estaba muy mala. Haciánla compañía un inglés, y un ruso, que la cogiéron por la mano para incorporarla en la cama. Habia reliquias de santos sobre una mesa, y yo las tapé con una toalla. ¿Qué haces, me dixo Juan? Quitar la ocasion, le respondí, de que este herege y este cismático hagan burla. Dixo la señora que habia ofrecido vestir un hábito: y los acompañantes replicáron: el hábito de la diversion es necesario á los enfermos: pondrémos una banquita ó burlote; jugará vmd. desde la cama, y esfuércese á levantar para ir á la primera fiesta de toros. Quedó la señora en poner ambas cosas en execucion, convencida de que para su mal el juego y toros era lo mismo que el de la música y bayle para el de la tarántula, y yo me vine admirado de lo que pasa en el *siglo ilustrado.*

52 Fuí con Juan aquella tarde al paseo del prado. Habia muchos coches y gentes de á pie. Pregunté, ¿quién es esa petimetra que va en ese coche, con un galan á la derecha, haciendo tantos besamanos con cara de risa? Tendrán mucha renta sus padres ó marido para poder,

mantener tanto boato y tren. Es, me respondió, una dama muy *cortesana* y atenta con todo el mundo, como ves por los besamanos y cortesías que hace. Es muger conocida, amiga de ponerse guapa y servir y dar gusto á todos. Esto es lo que es; pero no sé lo que será, ni si posee mayorazgos; solo sé que no tiene padre ni madre, *sí perrito que la ladre*; tertulia de muchos concurrentes en su casa, y que es muger de empeño. Aquella que va hácia el *Retiro*, se ha *retirado* del *mundo*; pero no se ha *recogido*: se divierte, y está bien mantenida. Es por naturaleza Navarra, por arte Gascona. Aquella que ocupa mas coche la escofieta que la persona, es muger de un escritorio ó contador de una casa, que tiene pocos cuentos que contar, aunque de esta casa se cuentan muchos. Yo no sé si los contadores deben llamarse escritorios; sólo sé que muchas *navetas* ó gavetas de estos se desocupan para lo que llaman gasto de escritorio, con ruina de los estados de los grandes, y de los grandes estados, despoblándose tanto los campos y oficios mecánicos, por tanto como se pueblan las oficinas para el oficio de escribir, que suelen olvidar por la falta de uso.

53 ¿De quién es aquel coche de mulas tan arrogantes? De la hija de un platero, respondió Juan: el que se sigue de la muger de un relator: el que va detrás de éste, de la de un abogado: el otro de la de un escribano; y el otro de la de un agente. Aquella berlina que se hizo para un Duque, es de un dentista: y no me preguntes mas de coches, porque sería un nunca acabar. Jesus, (dixe echando mano á la nariz) esta viuda (segun el luto) que ha pasado junto á mí, apesta á azufre. Ya no guardan las mas el año en casa. Ni aun el mes, dixo Juan: es viuda reciente de un asentista de hospital de tropa, y aun no ha evaporado el olor que dexó su marido en el quarto, quando se fué al otro mundo. ¿Quién será aquel majo, que con tanto ayre de taco viene por la carrera de San Gerónimo? Quien, dixo Juan, no sigue el camino del Santo, aunque tiene dolor de sus pecados. Es un tronera *carambolista*. Quiso hacer una carambola por señalada tablilla; la erró de taco, pegó en un azar, y perdió el juego. La causa de que antes se le caía la baba, lo fué despues de que *babease*, y le chasqueasen dándole una manta.

54 ¿Quién es aquel de capa encarnada con

semblante tan adusto carrasqueño? Quien, aunque es blanco, dixo Juan, nunca se pone colorado. Su padre tenia gracia para criar melones; pero este mal hijo salió perjudicial calabaza, que da calentura al vecino de por cima, y al de por baxo. El que está con el tambien es lobo de una camada; Dios los cria, y ellos se juntan. Y aquel que se pasea solo con sus dos tordas ó charreteras de plata sin hacer caso de nadie? Aquel, respondió, muda cada dia de uniforme; en esta semana le he visto tres, y no sé si es oficial, de verdad ó de vestido; solo sé que es siempre de los introducidos, y nunca de los llamados.

55 ¿Quién es este buen mozo con vestido de paisano á lo militar, con espada y baston? Ese es abogado de mucho mérito, y es un gran caballero, muy cabal en todas sus cosas. Sabe quantas son cinco: hace versos dulces, castizos y llenos de todo el ardor poético. Muchos le emulan por que sabe; pero él ignora el arte de vengarse de sus enemigos; ó los desprecia, ó los perdona. Siendo su cuna capaz de producirle elevados asientos, mas que ella se los facilitara su sabiduría: y es cosa rara, que siendo tan literato, sea al mismo tiempo

tan afable con todos ; porque en el *siglo ilustrado* la gran ciencia consiste principalmente en despreciar á todos , y no mostrar afabilidad á ninguno.

56 Dió la oracion , rezamos , y dixo Juan: vamos á una de tantas botillerías (que son tan innumerables como las tiendas de mercaderes); y despues iremos á la academia. Pues qué , le repliqué , ¿puedo yo ir á la academia de que no soy académico? A ésta sí (me respondió) porque es de música. ¿Y qué pito , dixe , toco yo en Madrid para eso? El que tocan otros , respondió. Harás como ellos acompañamiento solo , y no á solo.

57 Fuimos ; habia señores que era un horror ; una vandada de músicos y aficionados compuesta de todo género de pájaros , y una plaga de acompañantes. No se cabia de pies, y si la sala no fuera tan alta de techo , tampoco de cabeza con las escofietas. Cantó una señora una aria en falsete con mucha afectacion italiana. Llevaba por fuera del escote una guarnicion de castañuelas y borlas , semejantes á las de los estandartes de procesiones. Acabada la *fermata* oí ruido , y la voz de *bravo , bravo*. Discurrimos habia seguido el toco

• • •

de los bolatines que le dexé vivo; pero luego entendí que aquella voz se habia introducido para vitorear ó aplaudir á la señora cantatriz.

58 Levantóse otra señora moza con mucha priesa y despatpajo, y sin hacer caso de nadie echó á correr. ¿Qué le habrá dado á esta señora, pregunté á Juan, que la pobre debe tener zaratan segun lo levantado del pecho? No hay nada de eso, me respondió: esas cotillas de ángulo saliente se usan para demostrar lo que no hay. Por mas que opriman la cintura, no puede subir materia suficiente á ocupar el gran hueco que demuestra el exterior. Es amiga de cantar y de baylar, y va á hacer lo primero. Así fué. Cantó una *cavatina*, y acabada hubo palmoteo, y volvió á su silla.

59 Levantóse otra señora que tenia la fortuna de ser bien parecida; y por ser bien parecida, habia tenido la fortuna de casarse con quien tenia facultades para mantenerla un coche, y todo lo correspondiente á él. Llevaba dos cosas negras que se movian por baxo del pico de la cotilla. ¿Qué es aquello? pregunté á Juan. Es pelo con liendres, me respondió. Dixe admirado, ¿qué dices? ¿pelo

...

con liendres? Hombre, no te alborotes, dixo riéndose: es querer parecer á los hombres en llevar pendiente de las bolsas las cadenas de los reloxes. El que sean de pelo y con liendres es la gran moda; y se han desterrado las cadenas de gancho, en que el relox demostraba á vista de todos si le daban cuerda (que este nombre, y el de traer las cosas arregladas, suele en algunas señoras tener poco uso) la hora que era. Cantó con mucha gracia su recitado y aria, y acabada hubo la de *perfectamente*, *de viva* y los *bravos*.

60 Unos extrangeros estuviéron jugando el tiempo de la academia; y unos petimetres de cuchichéo con unas señoritas, que no cantáron ni jugáron, aunque parecian bastante juguetonas; pero no perdiéron el asiento, y lo mismo hiciéron los petimetres que tenian al lado.

61 Yo que no cantaba, ni tocaba, ni jugaba, ni hablaba sino es con Juan, dexé la academia en esta disposicion, y sin hablar á nadie tomé la puerta.

62 Vino la semana santa, y con ella se acabáron las diversiones como tiempo santo. Solamente hubo muchos juegos, muchos saraos y banquetes. Se hablaba del mal arreglo

de las compañías de cómicos, de si no representaria cierta primera dama, y de los petos guarnecidos que otras primeras damas (que no son cómicas, aunque representan mucho) habian mandado hacer para salir con ellos á visitar los altares. Yo, que nada de esto me gustaba, decia entre mí: ¡quánto se ha adelantado en el *siglo ilustrado*!

63 Llegó el tiempo de pascua y comedias; fui á la luneta, me senté á la izquierda de un abate, y á la mia Juan. Principióse la comedia, y se concluyó la primera jornada. El abate me dixo que habia viajado (si no lo hubiera dicho, por lo que era su conversacion, no lo hubiera creido), y estado en Roma. Comenzó á inquietarse de las impropiedades de la comedia española; y dixo, que estaba con la falta de unidades muy atrasado nuestro teatro. Pues adelántelo la claridad del ingenio de vmd., le respondí: y no quise contestar en mas; porque era un punto en que tenia yo mucho que predicar, y sería en desierto.

64 Al mismo tiempo que el saynete, veia en varias partes del coliseo los originales; de cuyos hechos habia copiado el autor lo que

remedaban los cómicos; quiero decir, los autores. Si el autor ha de ridiculizar el vicio, asunto tiene todos los dias para saynete nuevo. Siguió una tonadilla de maja; me disgustó la poca crianza de la letra, y me fuí antes de oir los *bravos* y las seguidillas, que discurrí serian de la misma estofa. Juan se quedó, y quedó en enviarme á casa quien me ajustára las medidas de vestido y zapatos.

65 Un domingo al estarme vistiendo entró un criado (tengo mas de uno), y me dixo: ahí está un caballero que pregunta por vmd. Dile que entre, le respondí; y entró un hombre mozo, picoso de viruelas, bien peynado y empolvado. Traia vestido nuevo de color de pulga (muerta del todo) con un ligero *frac* (que así le llaman los del siglo ilustrado) bordado de oro. Caballero, le dixe, siéntese vmd., y diga lo que se le ofrece. Soy el zapatero extrangero, me respondió, que me envia el señor Don Juan á tomar á vmd. medida. Yo que me acordé del zapatero español, á quien habia dado limosna, quedé pasmado de ver estos extremos del *siglo ilustrado*.

66 Tomó sus medidas, y se fué. Me aca-

bé de vestir, y al salir ví que en la antesala se estaba paseando uno con un vestido muy galoneado de oro. Le dixe: caballero... Soy sastre, dixo: pues no puede ser, dixe yo, y lo despaché como al zapatero.

67 Al salir llegó Juan, hablamos del luxo del zapatero y sastre, y quedamos en que es gran caballero *Don Dinero*, á quien permite el *siglo ilustrado* confundir las clases y estados, y nos fuimos á una Iglesia á Misa.

68 Entramos: habia muchas gentes; pero la atencion y vista de todos estaba fixada en la luz de la cerilla, con que el sacristan iba encendiendo muchas velas del altar mayor, hasta que acabó de encenderlas todas.

69 Poco despues oí por todas partes *chi, chi*. Pregunté á Juan ¿qué es esto? y me dixo: mira, todos los sacristanes quando piden se llaman *chi*, y todos los pages quando dan refresco, *oye vmd.* A aquellos se lo dicen los que quieren dar limosna para la cera; y á estos los que quieren recibir vizcochos para el chocolate. Ni verás ninguno tan mesurado y serio como un page quando trae al estrado una xícara de chocolate.

70 Acabada la Misa, nos dividimos cada

uno á sus asuntos, y quedamos en ir al dia siguiente Lúnes á ver la primera fiesta de toros. Entramos en la plaza, y nos sentamos en la varandilla. Todo estaba lleno de gentes de condicion, y de todos géneros, y yo de consideraciones con el mio. Válgame Dios, decia entre mí, ¡quántos perjuicios traen estas fiestas! ¡Quántos bueyes se pierden para el asunto mas importante á todos los estados, qual es la agricultura! ¡Quántos hombres y caballos se matan! quántos jornales se pierden, quántos hijos de familia hacen novillos, y quántas mugeres abandonan su familia por verlos!

71 El ser fiesta característica de la nacion y espíritu; hacerse para fines piadosos; divertir la perjudicial ociosidad de un pueblo grande; y otras muchas razones habrá, quando se permiten. A mí no me toca indagar, ni remediar, sino divertirme, como lo hago, quando puedo; y si se queme la casa, calentémonos todos.

72 ¿Quién es, pregunté á Juan, aquella buena moza, bien parecida, y de buena traza, que está sentada en lo último del tabloncillo con aquel *Baxá de tres colas*, ó coro-

nel, segun la vuelta de la casaca? Es una señora muy amiga de Marte, y de sus hijos. ¿Quién, proseguí, aquella muger sentada en el mismo tabloncillo, que parece *coca*, y *descocada*; tiene parches en las sienes, y traza de dar parchazo, y al lado tiene otro coronel blanco, gordo y colorado, con sus tres galones? Esa es hermana de una cómica. ¡Caramba para ella! dixe yo entónces.

73 ¿Quién es aquel mono del anteojo? Hombre, dixo Juan, que me matas; pues va á salir el primer toro de mala muerte: no me preguntes mas. Así lo ofrecí, y cumplí; que no todos cumplen lo que ofrecen.

74 Salió el toro; hizo lo acostumbrado; tocáron á matarle; tomó Romero la espada, y acercándose á Costillares, se quitó el sombrero, se la entregó, y Costillares correspondiendo á la cortesía, que llevó las atenciones, la recibió: sonó un ruido en la plaza; semejante al que se hace al acabar las tinieblas, pero mucho mayor y mas duradero.

75 El abate de la comedia, que tambien estaba junto á mí en los toros, celebró mucho la unidad del lugar, tiempo y accion con que hiciéron las cortesías.

76 Como no se ha decidido el gran problema (indicado en la Gazeta de Holanda) de quál de las dos espadas (de las que matan á los cornudos de los toros) pincha y corta mejor, y como todo ha de ser (dice el Séneca antiguo) á tiempo, menos la prevencion, uno de los sénecas modernos dispuso, y asentó, que antes del tiempo de salir á la plaza, habian sorteado con formalidad y pureza, á quál de los dos espadachines tocaba matar el primer toro: que tocó á Romero, y que hizo donacion *inter vivos* á Costillares públicamente, como ya he dicho, para que por este medio lo supiesen quantos estaban en la plaza, y por ellos viniese á noticia de todos los ausentes.

77 Para matar al segundo toro que tocó por suerte á Costillares, pagó éste á Romero en la misma flor (parece comedia, pero fué entremes, y en el de abril, que es de las flores) donacion, cortesía &c. y repitió el terremoto con tal ruido y trepidacion, que yo creí se venia abaxo el edificio de la plaza; pero fué terror de aquel trompetero, no el que toca á salga el toro, sino el que los mitológicos llaman *pan*.

78 Estaban viendo los toros desde el bal-

çon (que es como se ven bien los toros) las mugeres de Romero y Costillares, aquella á la derecha; pero no guardó la ceremonia que yo aguardaba de ceder la derecha á la de Costillares al mismo tiempo que el marido la espada, y al segundo toro volver á mudar de puestos.

79 En fin, salió el embolado, y Juan y yo escurrimos la bola; volvimos á la tarde, en que se repitió la misma comedia. Personas que hablan: *música* y *acompañamiento*, con los propios saynetes de cestones, y las propias tonadillas de *palmadas*, *chillidos*, *silvos &c.* Salió el segundo embolado, y nos salimos.

80 Estaba la calle de Alcalá llena de gentes, estantes y volantes, porque como la principal diversion de todas partes es el verse unos á otros, iban á ver venir las gentes que andaban, otras que estaban paradas: aquellas veian á éstas, y todas se divertian.

81 Ví en la puerta de una casa una gran celosía amarilla, y mas adelante en otra otra verde; y pregunté á Juan, ¿qué significa esto? Esto es, me respondió, una de las producciones del *siglo ilustrado*, en que tanto se

distingue de colores , como que distinguen quál es de pulga muerta ó á medio morir los microscópicos ojos de algunos que se tienen por linces.

82 Como hay muchos topos que no saben leer , y otros que tienen las letras gordas, aunque con letras gordas está puesto sobre la celosía amarilla *cirujano y sangrador* sobre la verde, ha sutilizado el discurso de los que discurren con tanta sutileza , que se distingan con estos colores , y no se equivoquen las gentes , creyendo que son barberos , si da la casualidad que detras de la celosía oyen tocar la guitarra.

83 Con esto , amigo , se me acabó en Madrid la paciencia y el dinero ; y viendo que malgastaba el tiempo , estuve poco , dexé aquel alegre cielo , y me volví á mi triste tierra.

84 Será tonto el que se dé por entendido, creyendo habla con él esta carta , ó segun el número de sus capítulos , centon epistolario, como el de otro Bachiller : mi ánimo fué divertirme conmigo mismo (lo que me sucede muchas veces) respondiendo á un amigo de confianza , á quien pido quéme mi escrito, para no ofender á nadie. Tengo , como todos , mi

poco de músico, poeta y loco. Soy algo pendolista, escribo veloz, y es mas veloz la imaginacion, por lo que sin querer me suele hacer resbalar la pluma; pero es buena doctrina la de que todos suframos con paciencia las flaquezas de nuestros próximos, y yo he sufrido no pocas.

85 En derechura no hablo sino es con alguna señora que se llama *moda*, y contra un señor que se llama *luxo*; porque á estos dos personages los considero como causa de la ruina de los mas poderosos imperios, aunque sean romanos.

86 Si parece que por mi estilo me rio de lo que se estila, interiormente lo lloro: estoy sujeto á las mismas pasiones que Demócrito y Heráclito sin ser tan filósofo, y siento mucho tengan mi nacion y mis parientes deudas.

87 Amigo caro, principié á responderte á la carta (confidencial y privada) con ánimo de que no pasára la mia (por la veneracion que tengo al señor Licurgo) de dos pliegos, y por poco no pasa á ser libro (y así acabo de hacerle merced de título de anales de cinco dias) de tomo y lomo; pero es de los que pueden salir á luz: esto sucede con las mas de mis

obras, que estan ocultas como un ingenio.

88 El penetrante tuyo quedará orientado, sino segun deseabas, será segun me ha ocurrido del *siglo ilustrado* en occidente de la vida de algunos del norte, de lo que pasa en las mesas del gran mundo á mediodia, en las tablas ó teatros y paseos por la tarde, en los peynados y visitas por la mañana, en los juegos y academias de música por la noche, y en las corridas y paradas de los toros dentro de la plaza de Alcalá. Acabo, como vulgar, y bascongadamente se despiden en Madrid, diciendo Agur.

FIN.

INDICE.

A la Nave en que se embarcó Ortelio en Bilbao para Inglaterra.

ODA.

SÁFICOS-ADÓNICOS.

Ya dexa Ortelio la paterna casa,
Ya le recibes, navecilla humilde,
Ya queda lejos la jamas domada
Cántabra gente.
Nave que llevas tan amable vida,
Zéfiro grato llévete sereno,
Hasta que pongas á la amiga costa
Ancora firme.
Alce Neptuno el húmido tridente,
Abra las ondas para darte paso,
Salgan en coros Ninfas y Tritones,
Para guiarte.
Ni toques costa, ni movible arena,
Ni sople hinchado contra tu velámen,
Gúmena, y jarcia desde el alto polo
Hórrido Norte.
Las naves altas de cañon tremendo,
Con la bandera del amado Carlos,

No te abandonen al atroz pirata,
Que Africa cria.
Ni temas golpes de la suerte aleve:
Yo pido al cielo para tí bonanza,
Y al que le ruega por su dulce amigo,
Júpiter oye.

